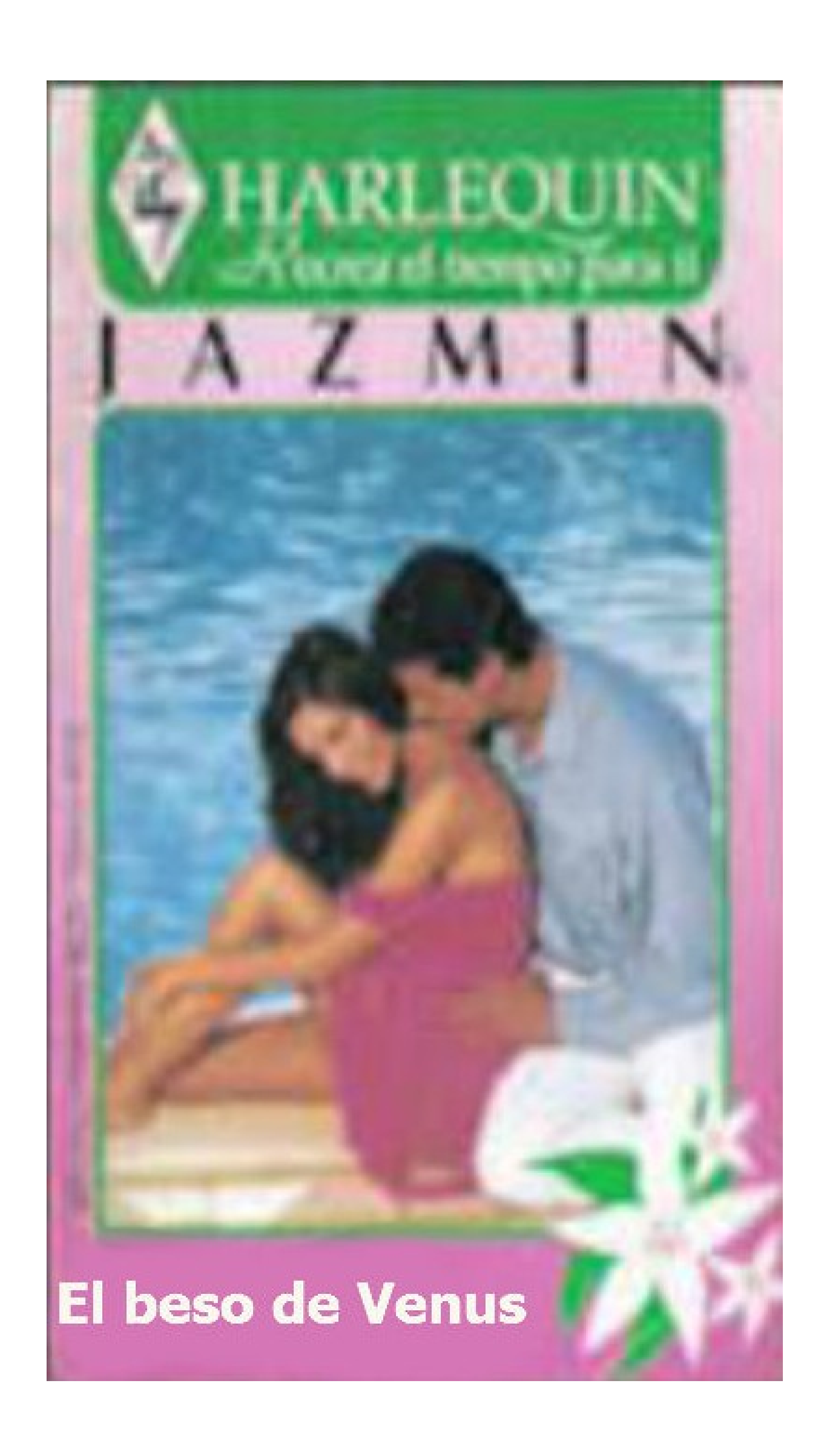

HARLEQUIN
JAZMIN
El beso de Venus

Dakis Nikolaides era un cupido poco habitual, entrado en años y con un evidente mal humor. Pero había encontrado lo novia perfecta para su hijo Theo y no pensaba permitir que el asunto se le escapara de las manos. Sólo había dos problemas: la novia, Megan Taylor, había hecho voto de evitar a los hombres guapos. El último que había conocido la había dejado con el corazón destrozado. Ni siquiera Theo Nikolaides, un millonario que se había hecho a sí mismo y dios griego a tiempo parcial, iba a hacerla cambiar de opinión.

Y al novio le había bastado una sólo mirada al curvilíneo exterior de Megan para convencerse de que era una cazafortunas sin piedad, aunque bastante atractiva. Podía llevársela a la cama si su padre seguía insistiendo, pero nunca se casaria con ella.



Susanne McCarthy

El beso de Venus

Jazmín 1352

ePub r1.0

LDS 19.03.16

Título original: *His perfect wife*
Susanne McCarthy, 1998

Editor digital: LDS
ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

—¡YA llega! ¡Acabo de ver su coche!

—¿Quién llega? —dijo Megan, sin molestarse en levantar la mirada de los de análisis de laboratorio que estaba estudiando.

Podía suponer quién era el causante de tanto alboroto.

—¡Theo Nikolaides! —exclamó Sally Henderson, una feliz madre de familia y una gran profesional.

La mujer se repasó la pintura de labios en un pequeño espejo de la sala de enfermeras.

—Oh, vamos, hasta tú tienes que admitir que está muy bien!

—Posiblemente —admitió Megan sarcásticamente—. Desafortunadamente, lo sabe, lo que fastidia todo el efecto. De todas formas, es todo vuestro. ¡Yo me voy a ver cómo está la señora Van Doesburgh!

Siempre prefería estar haciendo otra cosa cada vez que Theo Nikolaides iba a visitar a su padre. Ya estaba harta de hombres atractivos y arrogantes. Ni siquiera había hablado más de unas pocas palabras con él, pero tampoco era necesario, sabía perfectamente cómo era. Se comportaba como si el mundo fuera suyo.

Pensó que debía ser algo hereditario. El viejo Theodakis Nikolaides, su padre, era una verdadero terror. Incluso algunos médicos lo temían y había logrado hacer llorar a la mayoría de las enfermeras alguna vez. Aunque para ser sincera, a Megan le caía bien. En su último trabajo, ella había sido enfermera de quirófano y no se dejaba intimidar fácilmente. Y a él parecía gustarle el hecho de que se le enfrentara.

Era posible que el mal humor de ese hombre fuera a causa del ataque al corazón que había sufrido. Al parecer, siempre había sido

un hombre muy atractivo y seguía llevando personalmente la cadena de hoteles que había fundado en su nativa Chipre, a pesar de que ya había cumplido los setenta. ¡Y cualquiera se irritaría con la familia que tenía! Todos esos sobrinos, sobrinas, primos y demás dándole vueltas a su herencia como si ya estuviera muerto.

Por lo menos, no podía acusar de eso a su hijo, pensó. Lo visitaba todas las tardes sin falta, pero no se solía quedar más de veinte minutos. Y normalmente, se las arreglaba para tener una buena pelea con su padre. Pero después, el anciano se quedaba siempre de un humor excelente.

Vio de refilón al hijo mientras cerraba la puerta de la habitación de la señora Van Doesburgh y tuvo que admitir que Sally tenía razón. Estaba francamente bien. Medía casi dos metros, tenía unos hombros muy anchos que solía llevar cubiertos por una chaqueta de cuero negro y casi siempre también vestía unos vaqueros del mismo color.

No pudo ver muy bien su rostro, pero le dio la impresión de que tenía la frente alta, nariz recta y mandíbula cuadrada. Su cabello era negro y lo llevaba muy corto. Le recordaba a una pantera por sus movimientos. Un depredador natural, oscuro y peligroso.

Un depredador al que era mejor evitar a toda costa, se recordó a sí misma.

Además, estaba demasiado ocupada como para pensar siquiera en él y, durante la siguiente media hora, se dedicó a cuidar a la señora Van Doesburgh.

Cuando la agencia de empleo la mandó a trabajar en esa clínica privada, a ella no le había hecho mucha gracia, pensando que todos los pacientes serían damas mayores de alta sociedad que estarían allí para hacerse la cirugía estética, o irritables hombres de negocios para hacerse by passes que no habrían sido necesarios si hubieran comido mejor y hecho más ejercicio, pero pronto se había dado cuenta de que le gente que iba allí estaba tan enferma como en cualquier otro sitio y que ser ricos no les quitaba nada de la incomodidad. Llevaba allí cinco semanas y lo estaba encontrando tan interesante como su trabajo anterior.

Terminó de atender a la señora Van Doesburgh, pero, cuando salió por la puerta, casi se dio de bruces con alguien que caminaba por el corredor indiferente al resto de los mortales.

Su mirada pasó de la chaqueta negra hasta los más increíbles ojos azules. Unos ojos que hacían un fuerte contraste con el cabello negro como el ala de un cuervo. Era curioso, había pensado que los ojos de él serían castaños, como los de su padre.

—¿Por qué no mira por dónde camina? —le dijo él con su altanería habitual.

A ella los ojos le echaron chispas. Aquello había sido culpa de él. Pero no sería nada profesional ponerse a discutir con ese hombre, así que se tragó la respuesta que casi le salió por la boca.

—Perdone —dijo por fin.

Él se había quedado menos tiempo del habitual y Megan pensó que debía haberse vuelto a pelear con su padre. Se parecían mucho, los dos eran orgullosos y cabezotas. Pero era una pena que no hiciera un esfuerzo mayor para acercarse al anciano, después de todo, era su único hijo.

La madre de Theo había sido inglesa, por lo que había podido averiguar, pero aunque ella no sabía lo que había pasado, el matrimonio terminó cuando Theo tenía doce años y ella se lo había llevado a Inglaterra. Seis meses más tarde, ella se mató en un accidente de carretera, pero Theo se había negado a volver con su padre, prefiriendo quedarse con un tío suyo.

Y cuando creció, se negó a las súplicas de su padre para que se hiciera cargo de los negocios familiares, prefiriendo establecerse por sí mismo y creando una pequeña revista, que pronto fue un verdadero éxito, cosa que lo hizo millonario en menos de dos años.

Ahora tenía inversiones en todo tipo de cosas, restaurantes, tiendas de discos, producciones teatrales… Su padre decía que se había vuelto un playboy, que siempre llevaba a alguna belleza diferente del brazo.

—Oh, reconozco que tiene gusto —decía—. Pero no son de la clase de mujeres que me gustan como madres de mi nieto.

El anciano no parecía tener mucho éxito convenciendo a su hijo de que cambiara de estilo de vida. ¿Por qué lo iba a tener? Theo parecía tener todo lo que pudiera querer un hombre, mucho dinero y muchas mujeres hermosas con las que gastárselo.

Se miró brevemente en el espejo del cuarto de instrumentos y decidió que ella tenía bastante buen aspecto normalmente, pero no en ese momento.

Era su cabello. ¡No debería haber dejado que su hermana se lo arreglara! Cathy le había prometido que no le haría nada drástico, sólo algo que la hiciera sentirse diferente después del trauma que había sido su ruptura con Jeremy. Y se lo había dejado amarillo.

Su primer impulso fue teñírselo de su color original, castaño miel, pero Cathy le advirtió que así podía ponérselo verde. Así que se aguantó, al fin y al cabo, sí que era una nueva imagen, aunque un poco chocante. Entonces se dio cuenta de que se le había bajado una de las ligas. Siempre llevaba medias cortas de seda para trabajar. Era una costumbre que había adquirido en su trabajo anterior en quirófano, por el calor que solía hacer allí y la electricidad estática producida por todos los aparatos.

Apoyó el pie sobre unas cajas, se levantó el borde del uniforme y se puso bien la liga y la media.

Entonces la sorprendió una extraña sensación, algo le dijo que estaba siendo observada. Volvió la cabeza lentamente y vio que Theo Nikolaides estaba en la puerta, apoyando un hombro en el quicio. Esos ojos azules le recorrieron toda la longitud de sus piernas antes de encontrarse con su mirada.

Ella se ruborizó fuertemente y se bajó la falda a toda prisa antes de volverse. No estaba nada segura de poder confiar en su voz, así que se contentó con arquear una ceja.

—¿Señorita Taylor?

—Enfermera Taylor —lo corrigió ella muy dignamente.

Él sonrió sarcásticamente.

—Mi padre me ha dicho que es usted su enfermera favorita.

—¿Oh?

—Pero no me dijo por qué.

Ella se encogió de hombros.

—¿Tiene que haber alguna razón en particular?

—Probablemente no. No en el caso de mi padre —respondió él, recorriéndola insolentemente con la mirada—. Ninguna que no sea evidente, por lo menos.

El significado de esas palabras era inequívoco y ella le lanzó una advertencia igual de clara con la mirada. Pero antes de que pudiera decirle nada, uno de los timbres de llamada empezó a sonar.

—¿Me disculpa? —dijo ella—. Me temo que estoy bastante ocupada en estos momentos, como puede ver.

Él la dejó espacio apenas suficiente como para que pasara, por lo que tuvo que rozarlo cuando salió por la puerta. Trató de no notar ese contacto con su esbelto y duro cuerpo masculino, pero no pudo evitar el calor que la recorrió. Él se dio cuenta de su reacción y lo oyó reírse suavemente, pero levantó la cabeza con orgullo y se alejó.

Tuvo suerte de que la señora Van Doesbourgh sólo necesitara que le pusiera bien las almohadas esta vez, ya que Megan era muy consciente de que las manos le seguían temblando por ese encuentro. Se dijo a sí misma que era una estúpida, que no tenía que haber permitido que le afectara de esa forma. Después de todo, ya debería saber todo lo necesario para quitarse de encima a los hombres arrogantes como ése: había estado a punto de casarse con uno.

El doctor Jeremy Cramer, el más apetecible del hospital de St. Mark. Guapo, rico, lleno de encanto y con una espléndida carrera por delante como cirujano ortopédico, lo mismo que había sido su padre. Todo el mundo le decía que había sido una chica con mucha suerte por haberlo atrapado. El problema estaba en que él también lo había pensado.

Había necesitado mucho valor para terminar con aquello, pocas semanas antes de la boda. Todo estaba preparado, el vestido hecho, las flores encargadas y se habían enviado casi doscientas invitaciones. Ya habían empezado a llegar los regalos. Pero según aumentó la presión, ella se había visto obligada a reconocer que las dudas que llevaba teniendo desde hacía algún tiempo, tenían unos motivos bastante razonables para existir y que no se podían achacar a los nervios de antes de la boda.

Él no se lo había tomado demasiado bien. Más bien se había puesto furioso, pero las cosas que le dijo terminaron de convencerla de que había hecho lo correcto. ¿Cómo podía haber sido feliz casándose con un hombre que pensaba que ella debía estar agradecida por verse tan elevada de su clase? ¡La hija de un cartero casándose con un Cramer!

Después, todo había sido muy desagradable, ya que tuvo que seguir viéndolo casi todos los días en el quirófano. Al final, había pensado que no le quedaba más alternativa que buscarse otro trabajo. Además, por si todavía sentía algo de arrepentimiento, supo

por los cotilleos del hospital que él no había tardado en encontrar consuelo en los brazos de una joven enfermera.

Al principio, le pareció una buena idea irse a Londres para quedarse con su hermana pequeña, Cathy, por un tiempo. Pero tal vez eso de «hermana pequeña» ya no le valía a alguien que se ganaba la vida haciendo ropa para estrellas de la canción y actores de teatro, además de tocar el saxofón en una banda sólo de chicas.

Desafortunadamente, aunque se querían mucho, sus estilos de vida no eran precisamente compatibles, salvo cuando Megan trabajaba en el turno de noche y ambas podían dormir hasta la tarde. Pero lo cierto era que no se podía permitir alquilar una casa para ella sola. La mayor parte de sus ahorros habían ido a la casa que Jeremy y ella se estaban comprando juntos y, a pesar de que él se había ofrecido a devolverle su parte, ella no tenía muy claro que le fuera a quedar al final nada de dinero.

Así que allí estaba ella, soltera y libre, pero pobre hasta decir basta. Además, el sueldo que estaba recibiendo ahora era bastante más bajo que el anterior, pero por lo menos le daba de comer.

Otro timbre de alarma empezó a sonar y agitó la cabeza. Si algo de bueno tenía ese trabajo era que le dejaba muy poco tiempo para pensar en sus problemas.

Ese año la primavera habia llegado tarde. La parada de autobús estaba destrozada por algunos vándalos, así que Megan no tenía nada que la protegiera de la lluvia mientras esperaba. Su coche, de nuevo, se había negado a arrancar esa mañana y no estaba segura de cuándo iba a poder llevarlo a reparar.

Mientras temblaba de frío, recordó que Dakis le había dicho que en esa época la temperatura en Chipre era de unos veinticinco grados. ¡El paraíso!

El tráfico se había detenido por el semáforo, así que, al principio, no se dio cuenta de que un deportivo color azul oscuro se había parado a su lado, hasta que se abrió la puerta y una voz dijo:

—Entre.

No tenía la costumbre de responder a esa clase de órdenes arrogantes, ni de aceptar esas invitaciones de semi desconocidos. Pero a pesar de que el semáforo se había puesto verde, él no parecía tener ninguna intención de arrancar, haciendo que algunos de los coches que tenía detrás hicieran sonar sus cláxones

impacientemente. Además, su empapado impermeable podía estropear la lujosa tapicería de cuero, pensó ella, encantada.

El coche aceleró tan pronto como ella estuvo dentro, sin darle tiempo casi para cerrar la puerta y, mucho menos, ponerse el cinturón de seguridad.

El condujo sin decir nada, así que Megan se limitó a relajarse en el calor y la comodidad de ese coche y a disfrutar de la música.

Pero al cabo de un momento, se impacientó y dijo:

—Gracias por recogerme.

El tono de sarcasmo de su voz hizo que él levantara una ceja.

—No ha sido por su conveniencia, señorita Taylor, sino por la mía.

—Enfermera Taylor —le recordó ella.

—Ah, sí, enfermera Taylor. ¿De verdad que es enfermera titulada?

—Por supuesto.

—¿Cuándo y dónde se tituló?

—No tengo que responder a eso. Estoy empleada por el hospital y ellos vieron mis cualificaciones.

—Eso no es muy cierto, ¿verdad? Usted fue empleada a través de una agencia.

Ella se encogió de hombros.

—Eso no significa nada. Es una agencia muy reputada.

—Eso espero. ¿Qué edad tiene, enfermera Taylor?

—No veo la razón por la que mi edad tenga que preocuparle.

Esos ojos azules la recorrieron de nuevo.

—No puede tener más de veinticuatro o veinticinco años.

Ella se rió ácidamente.

—Me siento muy halagada. La verdad es que tengo veintinueve.

—¿De verdad? ¿Sabe qué edad tiene mi padre?

—La he leído en su historial. Tiene setenta y dos. —Casi setenta y tres. Una brecha de más de cuarenta años.

—¡Cielos, un genio de las matemáticas!

—Tiene una lengua muy aguda, señorita Taylor.

Debería tener cuidado con ella, no vaya a cortarse con ella.

—Bueno, si lo hago, trabajo en el sitio adecuado para que me curen.

—Y yo le sugeriría que, si desea seguir trabajando ahí, debería

ser un poco más… circunspecta. No creo que ni el hospital ni su agencia vieran muy favorablemente su relación con uno de sus pacientes. Sobre todo, con uno que bien podría ser su abuelo. Ella lo miró sorprendida e irritada.

—Parece que está usted un poco confundido, señor Nikolaides. Mi relación con su padre es puramente profesional.

—Oh, de eso estoy seguro. La cuestión es, ¿qué profesión?

Ella tomó aire tratando de contener la explosión de ira.

—Puede dejarme aquí —le dijo fríamente—. Caminaré el resto del camino.

—La llevaré hasta su casa.

—Por favor, no se moleste. Esos ojos azules brillaron.

—¿Me tiene miedo?

—Por supuesto que no.

—Pues debería tenérmelo. Puedo ser muy peligroso.

—Muy melodramático. Pero un poco fuera de lugar aquí.

Alguien estaba esperando para pasar en un paso de cebra y él se vio obligado a parar, por lo que Megan aprovechó el momento y salió del coche antes de que él pudiera impedirlo.

—Ugh buenos días ¿Quién inventaría las mañanas?

Megan sonrió mientras su hermana se dirigía a la cocina, con el cabello a mechas magenta completamente despeinado.

—Hoy has madrugado —le dijo. Cathy agitó la cabeza.

—Todavía no me acostado. ¿Es eso café? ¿Queda más?

—Lo es, pero si te vas a acostar te va a desvelar. Cathy bostezó.

—Nada podría desvelarme en estos momentos. ¿Trabajas hoy?

—Sí, de hecho será mejor que me marche, voy a tener que ir de nuevo en autobús.

—¿Sigue estropeado el coche?. Escucha, ¿crees que podrías hacer la compra de vuelta a casa? Ya sé que es mi turno, pero prometí tener terminada esa chaqueta plateada para esta noche. Lo haré la semana que viene, te lo prometo.

Megan se tragó la respuesta que se le ocurrió. Era la tercera vez en un mes que hacía la compra siendo el turno de Cathy y eso significaba bajarse del autobús dos paradas antes y volver a casa con media docena de bolsas de plástico. Pero Cathy la había

ayudado cuando no tenía dónde quedarse, y sabía que no le estaba cobrando todo lo que debía de la renta.

—No hay problema —dijo sonriendo—. Te veré esta noche.

—Muy bien —respondió su hermana bostezando de nuevo—. No trabajes demasiado.

Mientras esperaba al ascensor, Megan pensó que, aunque quería mucho a su hermana, no estaba muy segura de poder seguir viviendo en esa casa, con el cuarto de baño permanentemente lleno de ropa sucia desperdigada por todas partes y una cocina en donde sólo se lavaban los cacharros cuando había que volver a utilizarlos.

Además, no había dormido nada bien esa noche y, por una vez, le había resultado muy difícil levantarse de la cama y ahora, como no pasara un autobús inmediatamente, iba a llegar tarde al trabajo.

Además estaba lloviendo otra vez. Oh, bueno, por lo menos era sábado, así que los autobuses no debían ir demasiado llenos. ¡Tenía que haber algo positivo en todo eso!

Pero no fue así, como descubrió cuando llegó al hospital casi un cuarto de hora más tarde. Aquello era además un caos. Sally estaba muy compungida y otra enfermera lloraba. Por los gritos que se oían, adivinó el origen del problema. Dakis estaba maldiciendo a voz en grito en griego e inglés.

—¡Chica estúpida, si trabajara para mí la despediría inmediatamente!

—¿Qué está pasando? —preguntó ella mientras colgaba el bolso de una percha.

—Diane trató de sacarle sangre para un análisis, pero tuvo problemas para encontrarle la vena. Se puso hecho una fiera y le tiró la jarra de agua. ¿Puedes ir tú? Parece que tú te llevas bien con él.

Megan se rió secamente.

—De acuerdo, lo intentaré. ¿No tendremos algunos dardos tranquilizantes en el botiquín?

Luego tomó la bandeja y la jeringuilla de manos de Diane y fue por otra jeringuilla limpia. Luego se dirigió hacia la habitación de Dakis Nikolaides.

Allí se encontró con su furiosa mirada.

—¿Dónde estaba usted? —le preguntó el anciano secamente.

—Acabo de llegar —le contestó ella tranquilamente—. Me gusta

irme a mi casa de vez en cuando, ya sabe. Y no es necesario que sea usted tan rudo con la gente.

—Bueno, es que me sacan de quicio.

Megan dejó la bandeja sobre una mesita y empezó a preparar las cosas.

—Le tienen miedo —dijo.

—¿Está diciéndome que soy una especie de animal?

—¿Qué cree usted?

—Bueno, usted no me tiene miedo.

—No, no se lo tengo. Así que tranquilícese y deje que le tome una muestra de sangre.

—Oh, de acuerdo. Lléneme de agujeros si tiene que hacerlo. ¡Me han sacado tanta sangre durante este último par de semanas como para satisfacer a una horda de vampiros!

—Es por su bien. Ahora vamos a encontrarle la vena. Querrá haber terminado con todo esto antes de que lleguen las visitas, ¿no?

—¡Bah! La única razón por la que vienen a verme es por mi dinero.

—Oh, estoy segura de que eso no es cierto.

—¿Por qué si no se iban a molestar viniendo a visitar a un viejo? ¿Por mi cara bonita?

—Tal vez sea por su encantadora personalidad — le sugirió ella.

Él se rió entonces.

—Ah, esa sí que es buena. Mejor que todos mis parientes juntos. Salvo mi hijo, por supuesto —añadió él con una nota de orgullo paternal—. Él no es como los demás. ¡No le da coba a nadie!

Megan se dio cuenta de que se había ruborizado un poco, pero se inclinó sobre el brazo de Dakis para prepararle el torniquete. Por fin, encontró una vena que parecía un poco más fuerte que las demás.

—¿Ha conocido a mi hijo? —le preguntó él, mirándola a la cara.

—Brevemente.

—¡Nunca ha aceptado ni un penique de mí! Empezó sólo con esa revista, con el dinero que le prestó un amigo que tenía un restaurante chino y se lo devolvió todo en el plazo de dos años, ¡con intereses!

—Sí, ya me lo ha contado usted. Ahora apriete el puño un rato.

—Le dije cuando empezó que era una locura, pero él no me

escuchó. ¡Es tozudo como una mula!

—Se parece a usted, ¿no?

—¡Por supuesto! —dijo el anciano tomándose sus palabras como un cumplido—. Sigue su propio camino y sólo escucha sus propios consejos. ¡Pero lo hace bien! Eso es lo importante, lo hace bien.

Ella estaba intentado no escucharle mucho.

—Creo que ésta servirá —dijo ella, preparándose para pincharle —. ¡Ya está! No ha sido tan terrible, ¿verdad?

—No cuando lo hace usted. ¿Por qué las demás no lo pueden hacer tan fácilmente?

—Podrían hacerlo si usted se comportara.

—¡Bah! Parece usted una maestra de escuela. De todas formas, me cae bien —le dijo él, mirándola con unos ojos llenos de humor —. Es sensible, no se pone histérica cuando alguien le habla un poco duramente. Y es una buena enfermera.

—Gracias —respondió Megan sonriendo ante el único cumplido que le podían dedicar y que significaba algo para ella.

Luego ayudó a Dakis a sentarse en la cama y le arregló las almohadas.

—Ya está. Ahora sólo tiene que mantener. recto el brazo un momento —le dijo mientras le pegaba un pedazo de algodón con esparadrapo donde le había pinchado—. ¿Quiere que le encienda la televisión?

—No, no se moleste. No hay nada que merezca la pena verse, sólo me da dolor de cabeza.

—¿Un periódico? ¿Un libro?

—No, gracias. Es una pérdida de tiempo tratar de leer algo, las letras me bailan.

Megan sonrió.

—Bueno, no importa. Pronto estará fuera de aquí, en su casa en Chipre. Debe estar ansioso por ello. —¡Bah! ¿Qué hay allí para que lo esté? Ahora no soy más que un viejo. Bien podía darle gusto a mi maldita familia y morirme.

—No lo hará, sólo los buenos mueren jóvenes. Además, no sería nada divertido darles lo que quieren tan fácilmente, ¿no?

Eso hizo que al anciano le brillaran los ojos.

—No, no lo sería.

Luego se quedó en silencio un momento, observando cómo ella

le arreglaba la habitación.

—Escuche, he de hacerle una proposición —dijo por fin.

—¿Sí?

—Mi familia me está insistiendo en que tenga a alguien que me cuide cuando salga de aquí, pero no quiero que ningún extraño se meta en mi casa. La quiero a usted.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Quiere decir que me vaya a Chipre con usted? Oh, no —dijo ella, agitando la cabeza—. Muchas gracias por la oferta, pero no es realmente la clase de trabajo que ando buscando. No tendrá ningún problema para encontrar a alguien a través de una agencia.

—La quiero a usted —insistió él con el tono de alguien que no estaba acostumbrado a que se discutieran sus órdenes—. No será un trabajo duro, sino más bien unas vacaciones pagadas. Tres o cuatro meses al sol con sólo un paciente a quien cuidar. Y la pagaré muy bien.

—No es sólo una cuestión de dinero…

—¡Eso ya lo veremos!

Entonces dijo una cifra que hizo que Megan se quedara sin respiración. Fue a negarse, ya que la sorprendía que ese hombre pensara que la podía comprar por esa cantidad, pero se lo pensó. No podía negar que era demasiado tentadora. Con eso podía pagar todas sus deudas y aún le quedaría bastante dinero de sobra. Para cuando volviera, podría permitirse una casa para ella sola en vez de tener que seguir compartiendo el piso con Cathy. Y además, ese anciano le caía bien, podía sentir la soledad que había tras su orgullo.

—Yo… me lo pensaré —dijo.

—¿Cuánto tiempo?

—No hay ninguna prisa, todavía no le van a dar de alta.

Él agitó la cabeza impacientemente.

—No soporto los arreglos de última hora. Además, no me viene nada bien preocuparme —dijo con una sonrisa maliciosa.

Ella se rió y agitó la cabeza.

—¡Eso es chantaje!

—Cierto. Estoy acostumbrado a conseguir las cosas a mi manera y ahora ya soy demasiado mayor para cambiar.

—Me lo pensaré.

Capítulo 2

MEGAN estaba en la sala de enfermeras cuando llegó la primera de los sobrinos de Dakis, con su familia.

—Vaya, el primer acto de la comedia —dijo Sally mientras veía pasar la tropa, demasiado pagados de sí mismos como para darse cuenta de la presencia de las dos enfermeras—. Sólo espero que no hagan que le suba de nuevo la tensión arterial. El doctor O'Hagan llegará dentro de una hora.

No le cabía la menor duda de las razones del anciano para pensar que no eran nada sinceros en su cariño. Melina, la sobrina más joven, parecía la más agradable, pero tenía que salirle muy caro de mantener el marido playboy que tenía. Giorgos, con su cara, mirada y cuerpo de cerdo, era el más repelente de ambos.

Estaba ocupada con la señora Van Doesbourgh cuando llegaron los demás. Cuando pasó por la puerta de Dakis, los vio a todos dentro y algo parecía haberlos molestado. La esposa de Giorgos parecía como si se hubiera tragado un hueso de ciruela, mientras que su marido se pascaha por la habitación pontificando acerca de alguna cosa con un aire de indignación exacerbada.

—Hoy han venido a hacer una demostración de fuerza-dijo Sally.

—¿Crees que es una buena idea permitir que estén tantos a la vez?

—¿Te imaginas lo que sería decirle a alguno de ellos que se tiene que marchar?

—Realmente no.

Y, la verdad era que Dakis no parecía preocupado lo más mínimo. De hecho, parecía estarse divirtiendo mucho. Era como un venerable marionetista tirando de las cuerdas de todos ellos. Megan

se encogió de hombros y se alejó de allí.

Unos momentos más tarde, el timbre de llamada de Dakis empezó a sonar, Sally era la que estaba más cerca, así que se asomó a ver qué quería, pero casi inmediatamente salió de nuevo.

—Te quiere a ti —le dijo a Megan. Megan se sorprendió.

—¿Por qué a mí?

—No tengo ni idea. Pero tú eres su favorita.

Extrañada, Megan se dirigió a la habitación del anciano y llamó a la puerta. La abrió uno de los hijos de Giorgos y se quedó mirándola como si acabara de llegar de Plutón. Ella le dedicó una fría mirada para recordarle su educación y él se ruborizó completamente.

—Ah, ya está aquí, poulaki mou —dijo Dakis de una forma tan afectuosa que ella se extrañó más todavía—. Venga a cuidarme tan bien como siempre.

—¿Qué desea? —le preguntó ella deliberadamente fría.

—Un poco más de zumo de naranja —respondió él, sonriendo—. Si es tan amable.

Ella frunció el ceño.

—Eso debería habérselo pedido a la asistente, es su trabajo.

—Pero he querido que lo hiciera usted.

Megan salió a por el zumo y Sally se encontró con ella en la pequeña cocina.

—¿Qué está pasando? —le preguntó.

—Quiere tomar un zumo.

—Bueno, ¿por qué lo estás haciendo tú? Carol es la que tiene que hacerlo.

—Oh, no. Su Alteza quiere que se lo haga yo — dijo Megan con un toque de humor—. Si no lo hago, supongo que no le vendrá nada bien a su tensión arterial.

—A la mía tampoco. Ese hombre…

—Oh, no es tan malo —respondió Megan—. De todas formas, sólo me llevará un momento.

Sally la abandonó entonces y Megan llenó el vaso de zumo y preparó todo en una bandeja.

Le abrió la puerta el mismo joven de antes y ella puso la bandeja sobre la mesita de noche. Enseguida, una de las sobrinas se puso en pie.

—Oh, tío Dakis, deja que te lo sirva yo —dijo.

Con lo que se ganó una mirada helada de la esposa de Giorgos.

—Gracias, Melina, pero le serviré yo —dijo.

—Ninguna de las dos —intervino Dakis—. Lo hará Megan.

Eso lo dijo sonriendo inocentemente como un niño, pero con un brillo malicioso en la mirada.

Megan lo miró suspicazmente; estaba claro que él estaba jugando a algo, pero no se imaginaba a qué.

La reacción de la esposa de Giorgos fue de indignación.

—¡Bueno! Si no te parece bien que tu familia te sirva…

Dakis se rió entonces.

—Ten cuidado, Sophia, o se te va a estallar la faja.

Ella se volvió a sentar y cerró la boca mientras le dedicaba a Megan una mirada de odio. El resto de la familia permaneció en silencio, todos mirando a Megan como si hubiera sido ella la que la hubiera insultado. Lo único que Megan pudo hacer fue respirar profundamente y servirle el zumo al anciano.

—Ya está —dijo—. Pero llámeme si necesita algo más.

Inclinó levemente la cabeza y salió de la habitación. Nada más salir, ella oyó cómo todos empezaban a hablar a la vez, sobre todo en griego.

En vez de dirigirse a la sala de enfermeras, fue al cuarto de limpieza para disfrutar de un momento de tranquilidad.

Pero apenas había entrado allí cuando oyó a sus espaldas una perentoria voz masculina. Se volvió lentamente y se encontró con el sobrino de Dakis, Giorgos.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —le preguntó ella fríamente.

—Tengo que decirle algo de la mayor importancia, señorita Taylor.

—Enfermera Taylor —le corrigió ella.

—¡Ah! Será mejor que me escuche con cuidado. Estoy muy preocupado por el bienestar de mi respetado tío. Por favor, no cometa el error de pensar que vamos a mantenernos al margen y permitir que usted consiga sus propósitos con él porque es anciano y tiene mucho dinero. Nos ha contado ese plan de llevarla a usted a Chipre con él. No lo vamos a permitir bajo ninguna circunstancia. Ya tenemos contratada a una enfermera para que lo cuide allí. No es necesario que vaya usted y no queremos que lo haga.

—¿Oh? —dijo ella, encontrando cada vez más difícil mantener su buena educación y contener la ira que crecía en su interior—. ¿No cree que eso es cosa de él?

—Es un asunto de familia. La conducta de usted en este asunto nos puede incumbir y, si es necesario, la denunciaremos a las autoridades competentes. ¿He sido suficientemente claro?

—Perfectamente.

Entonces sonó el timbre de la señora Van Doesbourgh y ella añadió:

—Si me disculpa, una de mis pacientes me necesita.

—Ah, buenas tardes —dijo Dakis, que estaba sentado en su cama y la miraba con ojos brillantes—. Me preguntaba cuándo iba a venir a verme.

—¿Sí? —respondió Megan, mirándolo y dejando los aparatos para tomar la tensión sobre la mesa con una fuerza innecesaria—. ¡Tiene usted valor! ¿Qué le ha contado a su familia?

Dakis se rió con ganas.

—Nada. Sólo los he animado un poco a que saquen sus propias conclusiones.

—No son los únicos que las han sacado. Yo no he dicho que vaya a aceptar ese trabajo. ¡Y ahora sí que no lo voy a hacer!

—¿Por qué? ¿Sólo porque mi estúpido sobrino la ha amenazado?

—Y su hijo.

—¿Lo ha hecho de verdad? —dijo él con los ojos brillándole más todavía de satisfacción—. Bueno, bueno, se mueve rápidamente. ¡Buen chico!

—Buen chico, ¡de eso nada! ¡Todos parecen pensar que soy una especie de cazafortunas!

—¿Y no es eso lo que les he hecho creer? Hacía mucho tiempo que no me divertía tanto.

—¡A mis expensas!

Megan mientras hablaba se disponía a tomarle la tensión.

—En absoluto —respondió él, agitando la cabeza—. Usted sólo es mi cómplice en el crimen.

—Bueno, no lo voy a ser. Su sobrino prácticamente me ha acusado de tener una conducta nada profesional, podrían echarme del colegio de enfermeras.

—Oh, no sea tonta —dijo él, agitando una mano—. No llegará a

tanto.

—No estoy siendo tonta. Lo digo muy en serio. No voy a aceptar ese trabajo. Ha sido muy amable por su parte ofrecérmelo…

—Le doblaré el salario. Y le pagaré un extra. —¿De verdad se cree que va a poder convencerme? —le preguntó ella muy dignamente.

Él sonrió entonces.

—Todo el mundo tiene su precio.

—Bueno, yo no. Me temo que va a tener que encontrar a otra.

—No quiero a ninguna otra. La quiero a usted.

Usted es la única que me cuida como a mí me gusta. —Es un poco tarde para venirme con eso a estashoras —erijo ella secamente.

Luego anotó los resultados de la medida y se marchó.

El aparcamiento de coches era visible desde la sala de enfermeras y Megan pudo ver el Aston Martin azul oscuro cuando aparcó esa tarde. Tan pronto como lo vio encontró una excusa perfecta para mantenerse ocupada.

Pero cuando oyó los ya conocidos pasos por el corredor levantó un momento la mirada de lo que estaba haciendo en la mesa y se encontró de nuevo con esos vívidos ojos azules y el pulso se le aceleró por un momento.

Poco más tarde, dado que las ventanas de las habitaciones estaban abiertas, Megan pudo oír perfectamente lo que se decía en la de Dakis.

—No necesitas que yo me ocupe —oyó decir a Theo—. Tienes varios encargados muy buenos en tus hoteles, ¿por qué no los asciendes?

Dakis le contestó en griego, por lo que ella no entendió nada, pero lo hizo con un inequívoco tono de impaciencia.

—De acuerdo —dijo Theo de nuevo en inglés—. Si insistes en que sea alguien de la familia, ¿por qué no uno de mis queridos primos? La mayoría de ellos vendería a sus hijos por tener esa oportunidad.

—¿Ese inútil montón de asnos engreídos? —exclamó Dakis, irritado—. ¿Cómo pudieron tener mis propias hermanas semejante

camada de idiotas? Lo llevarían todo a la ruina en menos de seis meses.

—Bueno, pues a mí no me interesa —insistió Theo—. Yo tengo mis propios intereses comerciales aquí, en Gran Bretaña, por si se te ha olvidado.

—¡Ja! ¡Lo que tú tienes son tus… toules inglesas! Ya es hora de que aceptes tu responsabilidad con la familia, que encuentres una chica decente y que me hagas abuelo. Un hombre debe tener por lo menos la oportunidad de tener a su nieto en las rodillas antes de morir.

Theo se rió. Era una risa muy atractiva, baja y profunda, sensual. Megan se estremeció. Realmente no debía estar cotilleando así, no era una conducta profesional. Además, tenía mucho trabajo que hacer.

—Oh, ya me casaré en su momento —dijo Theo con la arrogancia casual del que sabe lo amplio que es el campo donde elegir—. De todas formas, si estamos hablando de toules, tú debes de ser el experto. ¿Qué pasa con esa muñeca teñida que piensas llevarte a casa?

Megan parpadeó. No sabía lo que significaba toules, pero suponía que no era nada halagador. Y no necesitaba traducción para lo de muñeca teñida. Eso le dio ganas de abofetear a ese estúpido.

—Ella no es ninguna muñeca —respondió Dakis—. Es una auténtica enfermera. Y necesito una que me cuide. Tardaré un poco todavía en estar bien, si es que lo vuelvo a estar.

Theo permaneció en silencio por un momento ante las palabras de su padre.

—Eres un viejo loco —dijo por fin—. Probablemente ella vaya sólo a por tu dinero.

—¿Y qué? Es mi dinero y es cosa mía cómo me lo gasto. Además, me gustará tener cerca a una chica guapa. Porque lo es, ¿no te parece?

—Te servirá hasta que te saque hasta el último penique que tengas. ¡Y si no lo ves, debes estar ya senil!

Una oleada de rabia recorrió a Megan y la puso en acción antes de poder pensárselo. Se quitó el gorro y las horquillas del pelo y se lo sacudió como si acabara de levantarse de la cama. Luego se dio

un toque del lápiz de labios escarlata de la señora Van Doesbourgh y una generosa dosis de su exótico perfume. Para terminar, se apretó un agujero más el cinturón del uniforme y se desabrochó el botón superior para llamar la atención sobre sus esbeltas curvas.

—Muñeca teñida, ¿eh? —se dijo a sí misma mirándose al espejo —. ¡Cerdo arrogante! Ya es hora de que alguien te enseñe un par de cosas, Theo Nikolaides!

Una vocecilla interior la previno de que, probablemente, aquélla era una idea de lo más estúpida, pero estaba demasiado enfadada como para ser racional. Echó una mirada al corredor para asegurarse de que no había nadie a la vista y se dirigió a la habitación de Dakis. Alguien tenía que intervenir en la pelea antes de que el anciano sufriera algún daño, se dijo a sí misma.

Por lo menos, eso lo haría reír.

—Vaya, vaya, ¿qué es todo este lío? —dijo cuando entró en la habitación sin llamar—. Ya sabes que no tienes que alterarte, Daki, querido.

Por un momento ella temió que la mirada de sorpresa del anciano estropeara todo el juego, pero cuando se inclinó para arreglarle un poco la almohada, él le guiñó un ojo maliciosamente.

—Es sólo para que vengas a cuidarme, poulaki mou —bromeó él.

Entonces oyó un sonido detrás suya que bien podía ser de disgusto. Megan se rió pensando que se merecía un Óscar por eso.

—Vamos, Daki, eso está muy mal. Ya sabes que tengo otros pacientes que cuidar.

—Pero yo soy tu favorito, ¿no? —dijo el anciano dándole una leve palmada en el trasero.

Una libertad que, en cualquier otra circunstancia, ella no le habría permitido a nadie. Le lanzó una mirada de advertencia para que no se pasara demasiado, pero siguió actuando, imitando en la forma de ligar a su hermana Cathy.

—Por supuesto que lo eres. Pero ¿de qué estabais discutiendo?

—Mi hijo cree que estoy senil.

—¿Qué?

Entonces miró a Theo reprochándole sus palabras y agitó las pestañas antes de añadir:

—Por supuesto que no lo estás. ¡Vaya tontería! Esos ojos azules

se oscurecieron de repente y apretó la mandíbula.

—Si mi padre se cree que contratarla como enfermera a usted le va a hacer algún bien a su salud, senil es la palabra más educada que se me puede ocurrir para él.

—Ya me ha hecho mucho bien —dijo Dakis—. Es la mejor enfermera que he tenido nunca.

—Ciertamente, tiene una manera única de hacer las cosas —afirmó Theo, mirándola de una manera que era todo un insulto—. Aunque habría que ver si está o no en los manuales para enfermeras, cosa que dudo.

—Estaré mucho mejor con ella que con esa arpía vieja que querríais contratar.

—Por lo menos, esa arpía vieja no estaría más interesada en tu cuenta comente que en tu tensión arterial.

—No te lo creas. Normalmente ésas son las peores.

—No si soy yo el responsable de contratarla.

—De todas formas, Daki ya sabe que yo no voy a por su dinero, ¿no es así, querido? —intervino Megan con la voz más sedosa que pudo—. ¡Nunca se me ocurriría algo así!

—¡No fastidie! ¡No permitiré que le saque ni un penique a mi padre!

—Es mi dinero —protestó Dakis, indignado—. Y es cosa mía lo que hago con él. A ti no te interesa hacerte cargo de mi empresa, así que ya me puedes dejarme en paz con lo que yo quiera hacer con mi dinero.

—Muy bien —gruñó Theo, muy cerca de explotar—. Si así lo quieres, por mí está bien.

Luego salió de la habitación dando un moderado portazo.

Megan agitó la cabeza.

—Bueno, espero que le haya gustado todo esto —dijo sacándose el gorro del bolsillo y volviéndoselo a poner—. Ahora sí que lo ha hecho enfadarse. —¡Jovenzuelo cabezota! —gruñó Dakis, irritado. —¡Mira quién habla!

El anciano se rió.

—Ah, pero ahora pasará por el aro, ya lo verá. Hasta ahora ha dado por hecho que puede ir por ahí haciendo el playboy, pero ver su herencia en peligro de que se la quiten de debajo de las narices lo hará tomarse sus responsabilidades un poco más seriamente.

—¿Es a eso a lo que ha venido todo esto? ¿Estaba tratando de convencer a su hijo para que se volviera a Chipre a hacerse cargo del negocio familiar?

—¡Por supuesto! ¡Debería haberle visto la cara! ¡Pensé que la iba a estrangular!

—Vi su cara.

Y la verdad era que le pareció que él hubiera preferido una forma más lenta de tortura. ¿Tal vez empalarla y asarla a fuego muy lento? Agitó la cabeza firmemente.

—Lo siento, Dakis, pero de verdad que creo que va a tener que encontrar a otra que haga el papel.

—Ah, pero ahora no se puede echar atrás —insistió él—. El pensará que la ha asustado.

—En eso puede que tenga usted razón.

Lo cierto era que no le apetecía nada dejar que Theo creyera algo así.

Dakis se volvió a reír, reconociendo su triunfo.

—Ya se lo dije, soy demasiado viejo como para cambiar de forma de ser y siempre consigo lo que me propongo.

Pero Megan dudaba que lo pudiera conseguir con su hijo. No le parecía que fuera del tipo de hombre que se rindiera fácilmente.

Para cuando Megan terminó de trabajar, estaba agotada y se moría de ganas de estar de vuelta en casa y darse un largo y caliente baño y de disfrutar los dos días libres que tenía antes de empezar el turno de noche. Cuando salió del hospital, estaba lloviendo de nuevo, lo que la hizo pensar en que unos meses de vacaciones en un lugar soleado como Chipre podían ser algo muy tentador.

Pero cuando se apeó en su parada de autobús, se detuvo en seco al ver un Aston Martin azul oscuro aparcado delante del edificio donde vivía ella.

Entró por el portal, pero no vio a Theo por ninguna parte, lo que significaba que, seguramente, había convencido a Cathy para que lo dejara entrar en su piso. ¡Maldita sea! ¡Ese tipo tenía valor! Y, ¿en qué estaría pensando Cathy? No lo había visto antes en su vida, por lo que ella sabía. ¡Bien podía ser un maníaco sexual, un asesino en

serie o algo así!

Sus temores se vieron confirmados tan pronto como entró en el piso, ya que la puerta que daba al salón se abrió de golpe y Cathy entró de repente en el recibidor con los ojos muy brillantes.

—¡Ah, por fin has llegado! ¡Mira que eres lenta!

—¿Perdona?

Cathy le hizo una seña con la cabeza hacia el salón y susurró conspirativamente:

—Está aquí. No te preocupes, he logrado mantener las manos apartadas de él. ¡Pero es increíble! Hoy te puedes quedar con el piso sólo para ti, yo me voy a una actuación con Luther y luego hay una fiesta, así que dudo que vuelva hasta mañana por la tarde. ¡No hagas nada que yo no haría! —dijo riéndose mientras salía por la puerta—. Eso te da muchas opciones.

Luego su hermana se marchó y Megan abrió la puerta del salón cautelosamente. Theo estaba sentado cómodamente en el sofá de cuero con una taza de café en las manos y parecía como si se hubiera tomado literalmente la invitación de ponerse cómodo. Ella lo miró enfadada.

—¿Qué está haciendo aquí? ¿Cómo ha sabido dónde vivo?

Él se encogió de hombros.

—Ha sido fácil averiguarlo. De hecho, ha sido muy fácil averiguar todo lo que he querido saber sobre usted. Y, por si me faltara alguna información, su encantadoramente indiscreta hermana me la ha proporcionado con mucho gusto.

—¡Me ha estado espiando!

Theo sonrió entonces.

—Si no puede soportar el calor, entonces no debería jugar con fuego. Ya le advertí que podía ser peligroso. ¿Se creyó que estaba bromeando?

El se puso en pie entonces y pareció dominar la habitación cuando se puso a examinar los libros que

había en las estanterías. Luego tomó una de las fotos enmarcadas que había sobre la mesa.

—¿Sus padres? —le preguntó.

—¡Deje eso!

—No tiene ninguna foto de Jeremy. Ya veo. ¿Las ha tirado todas?

Ella supo que se había puesto muy colorada.
—¿Quién le ha hablado de Jeremy?
—¿Quién cree? Su hermana es una mina de información. Me pregunto por qué lo dejó. Por lo que me ha dicho Cathy, era muy guapo. Un médico muy… apetecible. Y bien situado. Pero tal vez eso no fuera suficiente para usted. Debe ser muy problemático pagar la renta de un piso como éste con el sueldo de enfermera. Pero entonces, ¿quién la podría culpar de querer lo mejor para el resto de su vida? ¿O por querer una mejor paga para todos esos estudios y dedicación?
Ella lo miró desafiantemente. Era inútil tratar de defenderse, él ya la había juzgado y encontrado culpable, incluso antes de la pequeña comedia que había llevado a cabo en la habitación de Dakis.
—Eso es asunto mío —le respondió dignamente.
—Oh, no. Ha hecho que también lo sea mío cuando le puso la mirada encima a mi padre y a su dinero. Él no necesita esa clase de enfermera.
Ella retrocedió un paso cuando él avanzó, pero se negó a dejar que la intimidara.
—Eso… lo tiene que decidir él.
—No, señorita Taylor, es usted la que tiene que decidir. Creo que, cuando se lo piense bien, llegará a la conclusión de que será mejor que rechace la estúpida oferta de mi padre, por su propio bien. No suelo tomarme muy bien el que se me contraríe.
—Y yo no me tomo nada bien que se me amenace, señor Nikolaides.
—¿No? Entonces, tal vez necesite una pequeña demostración, sólo para que vea que lo digo muy en serio. Y que juego sucio.
Antes de que ella tuviera tiempo de darse cuenta de lo que él iba a hacer, estiró una mano y la atrapó por el cabello, haciéndola levantar la cabeza. Por un momento, esos vívidos ojos azules brillaron ferozmente y luego su boca se apretó contra la de ella y Megan saboreó su propia sangre salada cuando se vio obligada a abrir los labios bajo la presión de su beso.
Trató de apartarse, pero estaba atrapada y su cuerpo se pegaba al de él mientras la mano que le quedaba libre a Theo se apoyaba descaradamente en su trasero, haciéndola muy consciente de que

sus esfuerzos sólo estaban sirviendo para excitarlo más aún. Y entonces, se dio cuenta de que él no era el único que se estaba excitando, fue muy consciente de que algo primitivo en su interior estaba empezando a responder.

Él sintió su rendición antes de que ella fuera consciente de la misma y su beso se suavizó, haciéndose más cariñoso e infinitamente más peligroso. Una invasión de su boca profundamente sensual en la que exploró todos sus rincones con la lengua. A cada respiración, sus sentidos se llenaban del olor a él, impidiendo reaccionar a los sentidos que deberían hacerla resistirse.

La mano de él se había elevado y ahora le abarcaba un seno, acariciándoselo, y ella gimió suavemente, incapaz de encontrar la fuerza de voluntad suficiente como para hacerlo detenerse mientras él lo apretaba con la mano y hacía endurecerse el pezón.

Alguna parte cuerda de su mente estaba tratando de decirle que no debería estar permitiendo que eso sucediera, pero su cuerpo traidor sólo quería continuar, que él la tomara en brazos y la llevara al dormitorio, que la desnudara e hiciera realidad los salvajes sueños que había tenido la noche anterior…

Pero Theo se apartó de repente. Su respiración era fuerte y agitada.

—Así que ahora ya sabes que sé exactamente la clase de mujer que eres.

Eso fue como un jarro de agua fría para ella y entonces se dio cuenta de que tenía varios botones del uniforme abiertos. Ni siquiera había notado que él se los había desabrochado.

—Quedas advertida —continuó él—. Deja en paz a mi padre o me aseguraré de que te arrepientes del día que te cruzaste en mi camino.

Y, con esas palabras, salió de la habitación dando un portazo, dejándola a ella toda agitada. Se sentó temblorosa en el sofá y se arregló la ropa mientras trataba de controlar los acelerados latidos de su corazón.

Capítulo 3

LAS AGUAS del Canal de la Mancha se deslizaban bajo las alas de reactor privado de Dakis. Megan miraba por la ventanilla cómo pasaban por encima de uno de los ferrys que lo atravesaban.

Nunca antes había viajado de esa manera, desde el Rolis & Royce con conductor que la había ido a recoger, para envidia de Cathy, hasta ese avión privado. Se había esperado que saldrían desde Heathrow o tal vez Gatwick, pero lo habían hecho desde una pista también privada.

En el avión había asientos para diez pasajeros, pero sólo iban Dakis y ella, ya que Dakis se había negado en redondo a que Giorgos o cualquier de sus familiares los acompañaran a Chipre y los había despedido de mala manera.

—En principio, no os pedí que vinierais aquí — les dijo—. Lo habéis hecho por vuestra propia decisión, así que volveos corno podáis.

Ella no había visto a Theo desde hacía más de una semana y Dakis le había dicho que estaba en Nueva York, algo que ella agradeció mucho. Sólo el recuerdo de la forma en que la había besado la hacía ruborizarse.

Se había pasado muchas noches sin dormir pensando si debía contarle a Dakis lo que había pasado en su apartamento y no había aceptado el trabajo hasta que recibió una carta de su banco recordándole que se estaba quedando sin dinero, así que eso fue lo que la decidió por fin. Además, con Theo en Nueva York, había logrado convencerse a sí misma de que no le tenía miedo, que él había logrado besarla de esa forma esa noche sólo porque ella estaba cansada y que, la próxima vez que lo intentara, estaría lista para defenderse de lo que fuera… Pero lo cierto era que no tenía

tanta confianza en sí misma como le hubiera gustado.

Estaban pasando sobre las Ardenas, cubiertas por un espeso manto de nubes cuando casi se dejó llevar por el sueño, como ya había hecho Dakis desde casi cuando despegaron. Tenía los ojos semicerrados cuando sintió que alguien salía de la cabina del piloto. No hizo mucho caso hasta que esa persona se sentó a su lado e inmediatamente reconoció su olor, lo que hizo que se despertara inmediatamente.

Se incorporó súbitamente y abrió por completo los ojos.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —preguntó.

—Estoy pilotando el avión.

—¿Qué?

Theo la miró con los ojos llenos de humor.

—Bueno, lo estoy copilotando, por lo menos. Tenía que hacer unas horas de vuelo para renovar mi licencia.

—Creía que seguías en Nueva York. Dakis no me dijo que estuvieras de vuelta.

—Tal vez sospechara que cambiarías de opinión

si supieras que yo también venía —bromeó él.

Ella estaba empezando a recuperar un poco su

compostura y lo miró fría e indiferen(L·tiente. —¿Por qué debería hacer eso?

—Tal vez tu sentido de auto protección te habría hecho permanecer en tu sitio.

Ella se encogió de hombros. Dakis parecía seguir dormido y no había nadie de la tripulación presente. Estaban solos. La parte racional de su cerebro le dijo que sería una tontería provocarlo, pero le resultaba difícil ser racional cuando él estaba cerca. Además, la mejor defensa siempre es un buen ataque. O, por lo menos, en ese momento era la única defensa que se le ocurría.

Él la estaba observando como si le leyera los pensamientos.

—¿Por qué has preferido desafiarme? —le preguntó.

—No lo he hecho. He preferido ignorarte.

—¿Te has creído que no iba en serio con lo que te dije? ¿O tal vez te esperabas que te ofrecería dinero por mantenerte apartada de mi padre? Si era así, me temo que te decepcionaría, ya que no tengo la menor intención de pagar a una mujer como tú.

—¿Por qué iba a aceptar yo un pago? Sólo sería una fracción de

lo que le puedo sacar a tu padre.

—Eso es cierto —admitió él—. Pero por otra parte, te puedes encontrar sin nada en absoluto.

—Tal vez me guste apostar.

—Vas a tener que hacerlo. Estás jugando muy

alto. Me pregunto si has valorado lo que ocurrirá si pierdes.

—Por supuesto. No es divertido hacerlo por nada.

—Muy cierto. Pero estarás jugando en mi terreno —dijo él, poniéndose en pie—. No te dejes engañar por los folletos turísticos de Chipre. Puede que sea un lugar soleado, pero rasca un poco y pronto te encontrarás con una sociedad medieval, con valores medievales. Y además, está casi siempre en guerra o algo parecido. Yá sas.

Luego desapareció por la puerta que daba a la cabina del piloto, dejando a Megan toda agitada. Debía haber estado tonta por aceptar entrar en esa charada estúpida, si tuviera un poco de sentido común, tomaría el primer avión de vuelta a Gran Bretaña.

—Eso ha estado bien.

Sorprendida, miró a Dakis. Él seguía teniendo los párpados semicerrados, pero bajo ellos, los ojos le brillaban de satisfacción.

—¡Casi ha logrado que yo la crea!

—Creía que estaba dormido.

—Sólo un poco. Creo que estaba usted disfrutando haciendo enfadar a mi hijo.

Ella fue consciente de que se ruborizaba, pero agitó la cabeza.

—¡Él es incluso más rudo que usted! Sólo espero que, cuando termine este juego tonto, le diga la verdad.

Él se rió con ganas.

—Ah, ya me ocuparé de eso. Ahora creo que podriamos comer algo. Y luego me dormiré de verdad, si me disculpa. Nos quedan otras cuatro horas de vuelo, pero estaremos en mi casa a la hora de la cena.

—¡Bueno, puedes haber sido una tonta por venir aquí, pero no te puedes quejar de todo esto! —se dijo a sí misma Megan.

Eran sólo un poco más de las siete de la mañana, pero ya hacía el calor suficiente como para que estuviera en la amplia balconada

de su habitación llevando sólo su pijama de algodón. El cielo era de un color azul claro y vívido, sin ninguna nube a la vista. Y el mar era incluso más azul todavía, apenas ondulado por alguna ola y brillaba a la luz de la mañana.

Respiró profundamente, oliendo a juníperos. La villa estaba situada en alto a unos cuantos kilómetros por la costa de Limassol, pero tan aislada que bien podía haber estado en una isla privada. Bajo los jardines había una serie de terrazas llenas de flores que llegaban hasta una pequeña playa de arena oscura, bañada por las suaves olas del Mediterráneo.

Siguiendo un impulso súbito, entró de nuevo en su habitación y buscó un traje de baño entre las ropas que la noche anterior había sacado de la maleta y ordenado en el armario una de las doncellas.

¡Toda una suite con cuarto de baño incluido, además de una doncella que le deshiciera las maletas! Ciertamente había caído en brazos del lujo en ese lugar, pensó.

Pero el barato traje de baño la devolvió de nuevo a la realidad. Sólo estaba allí por un corto tiempo,

tres o cuatro meses como mucho, y era tan empleada como la doncella. Pero mientras estuviera allí, lo disfrutaría lo más posible. Se quitó el pijama, que dejó sobre la cama, y se puso el bañador y una camisa sobre él. Luego, tomó una gran toalla del cuarto de baño y se dirigió a los jardines.

La villa tenía dos alas que hacían ángulo abriéndose hacia el mar desde un gran atrio de mármol. La pared sur y el techo correspondiente eran de cristal, que dejaba pasar toda la luz, pero no el calor. En el primer piso había una marquesina que daba al corredor que llevaba a las habitaciones, y, desde la cual, bajaba una escalera que llevaba al piso bajo.

Había un ascensor también, pero Megan decidió bajar por las escaleras. A su izquierda estaban las habitaciones de la familia, el comedor donde habían cenado la noche anterior, un espacioso salón con un gran ventanal que se abría para dar acceso a los jardines, una habitación que contenía la impresionante colección de antigüedades de Dakis, recogidas de todas partes de la isla y varias otras habitaciones más pequeñas que todavía no había explorado.

El otro ala pensó que debía estar dedicada sobre todo a oficinas, pero Dakis le había dicho que también había una piscina cubierta y

un gimnasio que podía utilizar siempre que quisiera. Pero esa mañana prefería darse un baño en el mar, así que atravesó los jardines intercambiando una sonrisa y un titubeante kaliméra con el jardinero.

La arena crujió bajo sus pies, se quitó la camisa y la dejó en el suelo con la toalla para correr después a la orilla.

Donde se quedó parada en seco.

Podía parecer que el agua estaba caliente, pero no era así en absoluto. ¡Estaba helada! Tal vez no fuera tan buena idea eso de darse un baño, la piscina cubierta podía estar mejor.

Pero cuando se volvió, se dio cuenta de que tenía audiencia. Theo. Estaba en una de las balconadas del ala más alejada de ella. Pero hasta a esa distancia podía ver la sonrisa burlona que tenían sus labios.

—Buenos días —le dijo él sarcásticamente.

—Hola —respondió ella, agitando la mano alegremente—. Una mañana encantadora. ¿Por qué no vienes a darte un baño?

—Me temo que el agua está todavía un poco fresca como para darme un baño mañanero en esta época del año. Yo prefiero la piscina.

Un gesto de su mano le llamó la atención a ella sobre algo que no había visto, una gran e irregular piscina escondida entre los jardines.

—Pero está claro que tú eres más valiente que yo. ¡Disfruta del baño! —añadió él más sarcásticamente todavía.

Ella se dio cuenta de que la estaba retando, y también que no debía aceptar ese reto. Pero su estúpido orgullo le impidió retroceder. Apretó los dientes y se volvió hacia el agua.

—¡Maldita sea, maldita sea, maldita sea…! — murmuró mientras avanzaba.

Luego cerró los ojos y se obligó a correr y luego a tirarse a aquellas gélidas aguas.

Gritó, pero logró que ese grito se transformara en una risa. Cuando se sumergió en el agua, se quedó

sin respiración. Estaba todavía más fría bajo la superficie. Dio unas cuantas brazadas, esperando que el movimiento la hiciera entrar un poco en calor.

Era como una forma de tortura, auto impuesta, pero se obligó a

seguir con ella. No iba a dejar que él pensara que era una gallina, por muy estúpidamente que se estuviera comportando. Se puso de espaldas y pudo ver que Theo había bajado a la playa y ella lo saludó de nuevo con la mano, aunque le castañeteaban los dientes demasiado como para llamarlo.

—¡Sal de ahí! —le gritó él—. Está demasiado fría. Te puede dar una hipotermia.

—¡No seas tonto! —logró gritarle ella a su vez—. ¡Está muy bien!

—¡Si tengo que meterme ahí a sacarte…!

Entonces ella se dio cuenta de que tenía razón, ya le dolían las piernas y los brazos. No le apetecía mucho salir del agua con él allí, observándola, pero no tenía más remedio que hacerlo, unos minutos más y podía verse en serias dificultades, así que puso los pies en el fondo y se levantó.

El agua le llegaba por debajo de la cintura, pero sabía que el frío debía haberle endurecido los pezones que debían ser muy visibles a través del bañador. Fue muy consciente de esos ojos azules que la escudriñaban divertidos y que le indicaban que él estaba disfrutando de su incomodidad.

Cuando salió del agua, Theo le puso la toalla sobre los hombros con una expresión que había cambiado a la de impaciencia.

—Muy bien, ¿qué estabas tratando de demostrar?

—Nada. Sólo estaba… nadando un po… poco.

Los dientes le castañeteaban violentamente ahora.

—Puede que brille el sol, pero todavía estamos a mediados de abril. ¡Debes de estar loca!

—¡No lo estoy! —respondió ella, empezando a frotarse con la toalla—. No me di cuenta de que pudiera estar tan fría, eso es todo. Pero ha sido un buen baño y ahora ya estoy lista para desayunar.

Luego tomó la camisa y se dirigió a la casa con la cabeza muy alta, aunque sus dormidas piernas casi no obedecían sus órdenes.

El agua del baño estaba deliciosamente caliente e hizo que la vida volviera al cuerpo helado de Megan. Debería estar muy a gusto ahí, pero no dejaba de pensar en la escena de la playa. Iba a tener que encontrar la manera de reforzar sus defensas contra Theo. Estaba muy claro que él conocía el efecto que producía en ella y no tenía el menor problema en aprovecharse de esa ventaja.

Salió del baño y se secó con una de las toallas. Luego se puso un vestido amarillo y ligero. Seguía teniendo mojado el cabello, así que se lo apartó del rostro con una cinta blanca y dejó que se secara por sí solo. Luego bajó a desayunar.

Se encontró con Dakis y Theo sentados en la terraza delante de una mesa. Dakis pareció encantado de verla.

—¡Ah! ¿Ve? Me he levantado antes que usted esta mañana —dijo.

—Oh. no —le dijo Theo—. La enfermera Taylor ya ha tomado un muy refrescante baño… en el mar.

—¿En el mar? ¡Brava chica! Un poco fresco, ¿no?

—Un poco —dijo ella, evitando la mirada de Theo.

—Bueno, tómese un café —dijo Dakis, indicándole la silla vacía que había a su lado—. Eso la calentará pronto.

Luego fue a servirla de la cafetera haciendo gala de la capacidad motriz que estaba recuperando.

—¡Maldita sea, está vacía! —añadió.

—Iré por más —se ofreció ella.

Dakis la miró extrañado.

—¡Siéntese! Paria lo traerá.

Luego llamó a la doncella a grandes voces.

La chica se presentó casi inmediatamente y con una evidente cara de pavor e hizo lo que le ordenó.

Megan había supuesto que la forma de tratar a la gente que tenía en anciano en el hospital era porque estaba enfermo, pero ahora se daba cuenta de que era lo habitual en él. Ese pensamiento debió notársele porque sorprendió a Theo mirándola divertido.

—Creo que la enfermera Taylor desaprueba tus maneras, papá —dijo.

—¿Las desaprueba? ¿Por qué?

Ella miró fulminantemente a Theo y le dio unos golpecitos pacificadores en la mano a Dakis.

—Sólo me preocupa que grite de esa manera. No le sienta bien agitarse así.

El anciano no pareció comprenderla.

—¿Agitarme? Sólo estaba llamando a la doncella para que haga su trabajo. ¿Qué hay de malo en eso? Si no tienen nada que hacer, sólo se dedican a estar sentadas cotilleando.

—¿Por qué no usa una campanilla? Eso se lo pondría mucho más fácil.

Dakis chasqueó los dedos.

—¡Ya lo sé! Debería tener una de esas radios de dos canales que se usan en los hoteles y así no podrían ponerme excusas de que no me oyen cuando las llamo. ¿Por qué no se me habrá ocurrido antes? ¡Es perfecto! ¿Puedes conseguírmelas, Theo?

Theo agitó la cabeza.

—Me temo que tengo que volver a Londres esta tarde, papá.

Dakis frunció el ceño.

—¿Tan pronto? ¿Ni siquiera te vas a quedar unos días?

—Me gustaría, pero tengo algo importante que hacer allí.

—¡Maldita sea! ¿Qué puede ser más importante que cuidar a tu padre cuando está enfermo? —le preguntó Dakis, indignado.

Theo sonrió levemente.

—No necesitas que yo te cuide, papá. Tienes a la estimable enfermera Taylor a tu disposición… ya que tanto has insistido en contratarla.

El anciano pareció furioso al verse acorralado.

—¡No es lo mismo y lo sabes muy bien! Bueno, muy bien, si ésa es la actitud que quieres tomar. Vete ahora mismo si quieres. Déjame solo si no te importa lo que me pase. Trataré de no morirme en un momento tan inconveniente para ti, no me gustaría que la gente fuera a pensar que estás demasiado ocupado

como para ir al funeral de tu padre…

Megan, ansiosa, le tomó de nuevo la mano. —Dakis, no se altere —le dijo y luego miró muy seria a Theo—. ¿Siempre tienes que discutir así con él?

Theo se rió y se puso en pie.

—Parece que estoy de sobra. Tal vez sea mejor que me retire. Te veré antes de marcharme, papá. —¡No te molestes!

—¿Es que nunca puedes dejar de hacer una tragedia griega de todo?

—¡Soy griego… grecochipriota! Y nunca lo he negado. ¡Lo que es más de lo que se puede decir de ti!

—Yo nunca he negado mi mitad griega —respondió su hijo—. Pero tampoco voy a negar mi mitad inglesa. ¡Y cuanto antes te des cuenta de eso, mejor! Luego ,e dio la vuelta y se marchó como si esa

discusión nunca hubiera tenido lugar.

Después del desayuno, Megan se pasó un rato tratando de obligar a Dakis a hacer sus ejercicios, pero el anciano se cansó pronto y se dedicaron a unos juegos de mesa hasta la hora del almuerzo.

Después preparó a Dakis para la siesta y, cuando ya estaba dormido, salió de la habitación y en el pasillo casi se dio de bruces con Theo, lo que la sorprendió porque creía que ya se había marchado.

—¡Oh! Me has asustado.

—L.o siento. Iba a despedirme de mi padre.

—Bueno, pues deberías haberlo hecho antes —espondió ella censurándolo—. Ahora está dormido. Theo sonrió cínicamente.

—La buena enfermera… parece que has estado mucho tiempo ahí dentro.

Ella decidió ignorar ese comentario. —¿Te marchas entonces?

—Eso me temo. ¿Me vas a echar de menos?

—Yo no, pero él sí.

Theo se rió sin humor.

—Se sobrepondrá.

Megan suspiró y agitó la cabeza.

—¿Por qué tienes que estar discutiendo con él todo el tiempo? —le preguntó empezando a caminar hacia las escaleras.

—Él disfruta con ello.

Megan lo miró fijamente.

—Habla muy en serio cuando dice que quiere que te ocupes tú de sus negocios, ya lo sabes —le dijo tranquilamente—. Realmente cree que tú eres la única persona que los puede llevar a cabo con éxito.

Theo se encogió de hombros como si aquello no le preocupara.

—Ya lo haré algún día.

Ella se detuvo en seco y volvió a mirarlo. —¿Cuándo?

—Cuando esté seguro de que él no se va a meter por medio.

Ella no tuvo más remedio que admitir que en eso tenía razón. Su padre se estaba recuperando muy bien y seguro que al cabo de un par de meses sería casi el mismo de antes. Y ciertamente, no estaba

listo para retirarse.

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera? —le preguntó.

—No lo sé. Tal vez unas pocas semanas.

—Me sorprende que te arriesgues a dejarme aquí, dado que eres tan suspicaz con mis motivos.

Theo se rió y luego la sonrió sinceramente.

—No tengo muchas más opciones. Además, no vas a tener todo el campo libre. Mi querido primo Giorgos va a aparecer dentro de nada y dudo que el resto de la tribu permanezca muy lejos. Te deseo lo mejor con ellos.

Luego la hizo levantar la barbilla con un dedo y le dio un leve beso en los labios.

—Que te diviertas —añadió para terminar.

La predicción de Theo sobre Giorgos se demostró muy cierta, ya que llegó al día siguiente con su esposa Sophia, diciendo que tenían planeado quedarse en la villa por un largo tiempo, una sugerencia que ayudó muy poco a aliviar el mal humor de Dakis. Se habían llevado con ellos a la sobrina de Sophia, una chica de unos diecinueve o veinte años llamada Eleni.

La cena de ese día fue memorable. Primero Giorgos dijo muy claramente su opinión acerca de que Megan no tenía lugar en la mesa de la familia y que debería comer en la cocina, con los demás sirvientes, lo que provocó que Dakis le dijera muy secamente que se metiera en sus asuntos. Luego, Sophia añadió que le sorprendía el que Theo se hubiera vuelto a Londres, cuando su sitio estaba al lado de su padre enfermo, lo que provocó una sarta de improperios en griego e inglés acerca de que Giorgos no tenía que esforzarse en buscar un puesto directivo en la empresa familiar porque allí no necesitaban a ningún asno.

Fue un alivio cuando por fin terminó la cena y Megan se pudo llevar a Dakis a dormir. Después de que le hubo ayudado a acostarse, le dio sus pastillas habituales y un leve sedante que el anciano se tomó sin más comentarios.

Casi estuvo tentada de tomarse uno ella también, pero en vez de eso decidió darse un paseo por el jardín. Hacía una bonita noche y sólo soplaba una leve brisa. El aire estaba lleno de la fragancia de

los jazmines y el espliego y el único sonido que se oía era el suave batir de las olas en la playa.

Se acercó hasta la orilla y se quedó mirando al oscuro horizonte. No había luna, lo que hacía que las estrellas parecieran más brillantes. Suspiró y se apartó el cabello del rostro. Todo era tan romántico.. y tan triste estar allí sola…

—¿Hola?

Se dio la vuelta y se encontró con Eleni. Por alguna razón en particular, la chica le había caído mal desde el principio, tal vez porque parecía estar tratando demasiado ser dulce. Pero logró sonreír.

—Oh, hola.

—¿Te importa si te acompaño? Debería haberme acostado, pero todavía no estoy cansada.

Megan se obligó a disimular su irritación. Después de todo, no le podía decir que se marchara. Eleni se acercó al borde del agua, pero no lo suficiente como para que se le mojaran los zapatos. Realmente era una chica muy bonita, pero había algo de afectación en su comportamiento, sobre todo, en la forma en que movía la cabeza para agitar su corta melena negra como para llamar la atención sobre su perfección.

—Siento lo de tía Sophia —dijo la chica—. Me temo que puede ser muy… lo siento, no hablo inglés muy bien, ¿engreída? ¿Es ésa la palabra?

—Probablemente.

—A mí no me importa que tú estés aquí. Me gusta practicar mi inglés. Yo soy griega, no de Chipre, pero debo aprender a hablar bien inglés. Me gustaría mucho vivir en Londres. He estado allí de visita, pero sólo con mis tíos y ellos no me dejan a mi aire. Debe ser muy excitante vivir allí.

Megan se encogió de hombros.

—Es como cualquier otra ciudad, supongo. Ruidosa, llena de gente, con demasiado tráfico…

—¡Oh, pero las tiendas son maravillosas! ¡Fui a Oxford Street con tía Sophia y me podía haber gastado toda mi paga en una sola tarde! Y también están los clubs nocturnos. Traté de convencer a mi primo Theo para que me llevara a uno, pero no quiso. Es tan estricto a veces como mi tía. Pero así son los hombres griegos, las

mujeres de sus familias deben comportarse muy discretamente, pero a ellos no les importa salir con otras que se comporten de una forma completamente distinta.

Megan se rió.

—Eso pasa en todo el mundo —dijo—. Se le llama el doble rasero.

—¿Los ingleses son así también?

—Si creen que lo pueden hacer. Lo que pasa es que la mayoría de las inglesas no los deja. No en estos días.

Eleni agitó de nuevo la cabeza.

—Creo que yo querría hacer lo que quisiera mi esposo. No me gusta discutir.

La chica la miró entonces tímidamente y añadió: —¿Has conocido a Theo?

Algo en su tono de voz levantó las sospechas de Megan. No le parecía una coincidencia que hubiera mencionado el nombre de Theo casi al mismo tiempo que la palabra mando.

—Vino con nosotros en el avión —respondió cautelosamente.

—Ah, claro —suspiró Eleni—. Pensé que quizás estuviera todavía aquí.

—Tuvo que volverse a Londres. Por negocios.

—Ah. Él pasa mucho tiempo en Gran Bretaña — dijo ella, repitiendo ese irritante movimiento con el cabello—. Me gustaría que pasara más tiempo aquí.

Megan no supo qué decir. ¿Había algo que ella no sabía entre Eleni y Theo? Ciertamente no lo iba a preguntar, y tampoco estaba particularmente interesada. Era sólo… que le extrañaba un poco, eso era todo. Le hubiera gustado saber si él ya tenía algo que ver con alguna chica. Si así fuera, no le habría permitido tocarla.

Capítulo 4

DURANTE los día siguientes, les cayeron encima varios miembros más de la familia que, como decía Dakis, parecían tomarse la villa como una especie de hotel gratuito.

Megan empezó entonces a sospechar que Theo tenía razón y que el anciano disfrutaba de verdad discutiendo con todos los miembros de la familia, ya que si no, no se explicaba cómo los podía soportar allí.

También se dio cuenta de que se iba a ganar cada penique de su sueldo. Dakis ya había sido difícil de tratar en el hospital, en Inglaterra, y allí era casi imposible, ya que estaba acostumbrado a ser obedecido instantáneamente y a no aceptar órdenes de nadie.

Por suerte, la dieta mediterránea, rica en vegetales y cocinada con saludable aceite de oliva, no era un problema, a pesar de que a ella le hubiera gustado evitar que el anciano se comiera la cantidad de dulces que solía de postre. Y tampoco le preocupaban los vasos de tinto que se bebía. Lo que realmente le preocupaba eran los cigarros que fumaba sin parar de la mañana a la noche y el hecho de que cada vez le costara más que hiciera sus ejercicios en la bicicleta estática y la máquina de andar, aunque al final siempre lo conseguía.

El gimnasio estaba al lado de la piscina cubierta y estaba equipado con la mejor maquinaria, aunque Megan dudaba de que se utilizara demasiado a menudo.

Ella adquirió la costumbre de pasarse allí una o dos horas todas las tardes, mientras Dakis se echaba la siesta. Nunca se había tenido que preocupar de mantenerse en forma trabajando de enfermera en un hospital, pero ahora, con sólo un paciente que cuidar, tenía miedo de volverse vaga.

No sabía nada de cuándo iba a volver Theo, ni si iba a hacerlo, y no tenía la menor intención de preguntarlo, pero un par de semanas después de que se marchara, mientras Dakis y ella paseaban por la terraza después de la sesión de recuperación, se sorprendió un poco al verlo sentado allí con Sophia y Eleni.

El corazón se le alteró, pero probablemente fuera porque estaba un poco cansada de los ejercicios, se dijo a sí misma. Era muy consciente de que él la estaba mirando fijamente y con apreciación. Ella le devolvió una mirada helada y distante; era cierto que ella llevaba unos pantalones cortos, pero hasta ese momento había pensado que eran perfectamente decentes.

No pudo evitar darse cuenta de que Eleni estaba muy bonita, era la viva imagen del encanto juvenil, pensó, si dejara de agitar de esa manera su cabello.

—Buenos días —les dijo Theo—. Espero que no hayáis estado… ejercitándoos demasiado.

El anciano se rió.

—Mi enfermera me ha dado un masaje. Lo adecuado para mantener la sangre corriendo, eso es lo que suele decirme —erijo Dakis con un brillo malicioso en los ojos.

—Estoy seguro de que así es —dijo Theo, mirando de nuevo las piernas de ella.

—¡Cielos, eso suena terriblemente energético! — exclamó Eleni, mirando inocentemente a Megan—. ¿No estás sudando?

—Las damas no sudan —afirmó Theo sin dejar de mirar a Megan —. Sólo se ruborizan. Megan tómate un zumo de naranja para quitarte el calor. ¿Papá?

Mientras hablaba se levantó para acercar otras tumbonas a la mesa.

Dakis ya se había instalado en otra tumbona y apoyó los pies en una maceta que tenía delante.

Theo sirvió el zumo en dos vasos.

—Ya veo que has logrado que mi padre haga algo de ejercicio erijo mientras le daba su vaso a Megan—. Estoy impresionado.

—También está fumando menos —respondió ella fríamente—. Sólo se fuma seis al día, y no empieza con el primero hasta después de almorzar.

—Muy bien. ¿Cómo te las has arreglado para conseguirlo en tan

poco tiempo?

Dakis se rió suavemente.

—Tiene una personalidad muy persuasiva.

—De eso estoy seguro.

Theo no había dejado de mirarla en todo el rato, lo que no dejaba de ponerla nerviosa.

—No te esperaba de vuelta —afirmó Dakis—. ¿Te vas a quedar un tiempo esta vez?

—Sí. He pensado que, tal vez… debería mantener controlado cómo van las cosas por aquí.

Megan le dedicó una mirada sardónica, indicándole que era muy consciente de que era a ella a la que quería tener controlada.

—¡Muy bien! Bueno, en ese caso, puedes hacer algo útil. Puedes ir a Nicosia a ver qué está pasando con esa maldita planta embotelladora que se supone que están instalando. ¡Hasta este momento sólo ha habido retrasos y excusas! Si yo estuviera suficientemente recuperado iría en persona, pero todavía no puedo hacerlo.

—Oh, primo Theo, ¿puedo ir contigo? —intervino Eleni—. Me encantaría ir de compras a Nicosia. Dakis frunció el ceño.

—¿De compras? No necesitas que Theo te lleve de compras. Tiene cosas más importantes que hacer.

Eleni puso un morrito y agitó el cabello.

—Oh, pero tengo que comprarme un vestido nuevo, y algunos zapatos. Primo Theo siempre sabe lo que está de moda —dijo la chica mirándolo encantada—. Por favor, llévame. Te prometo que no te estorbaré.

Theo sonrió y le dijo:

—Puedes venir.

Megan sintió un destello de dolor en el pecho, algo que no estudió demasiado profundamente. La forma en que él le había sonreído a Eleni, la forma en que había accedido tan fácilmente a que fuera con él, sugería que podía haber algo entre ellos. Nunca

se habría imaginado que a él le fueran las jovencitas con aspecto de ingenuas…

Eleni la miró a ella entonces sonriendo dulcemente, pero sus ojos contrastaban con su supuesta ingenuidad.

—¿Por qué no vienes tú también, Megan? —dijo entusiasmada

—. Te encantará Nicosia.

Megan tardó un momento en responder. No tenía muchas ganas de pasar el día en compañía de Theo… y menos en la de Eleni. Y sospechaba que verlos juntos a los dos le iba a gustar bastante poco.

—No, gracias —respondió—. Quiero asegurarme de que Dakis sigue con su programa de rehabilitación unos cuantos días más.

—Eso está bien —intervino Dakis poniéndole una mano sobre el brazo con un gesto posesivo—. Se supone que Megan me está cuidando, ¿no es así, poulaki mou? No puedo permitir que te alejes mucho de mí, ¿no?

Theo no se perdió el gesto y su mirada se endureció.

—Espero que no estés haciendo trabajar demasiado a la pobre Megan —dijo.

—En absoluto. ¿Lo estoy haciendo, querida?

—Por supuesto que no —respondió ella, siguiéndole el juego—. Eres el mejor.

Theo se levantó repentinamente de la mesa.

—Bueno, si me disculpáis… Si he de ir a N¡cosia, tengo que hacer antes unas cuantas llamadas. Eleni, estaré listo dentro de una media hora —dijo secamente.

—¡Oh, sí! —exclamó Eleni, poniéndose en pie—. Estaré lista. Me reuniré contigo en la puerta, ¿de acuerdo?

—Por supuesto. Adiós, enfermera Taylor. —Adiós —respondió ella con una expresión de fría indiferencia.

Luego, él se marchó con Eleni a su lado. Megan los vio alejarse con una mezcla de confusas emociones. A pesar de su resistencia, sabía que se sentía atraída por Theo y era comprensible que estuviera enfadada con él después de la forma en que él se había comportado con ella. Lo que no se había esperado era sentir celos al verlo con otra mujer.

¡El maldito estaba jugando como lo estaba haciendo su padre! La estaba enviando mensajes como esos increíbles ojos azules que la hacían recordar su beso y, al momento siguiente, parecía animar los intentos de esa inmadura de Eleni.

Sophia los vio alejarse también y suspiró románticamente. Luego se volvió a Dakis y le dijo algo en griego.

El se rió secamente.

—¡Bah! Si te crees que él será tan estúpido alguna vez como

para casarse con esa niñata tonta, eres incluso más ingenua de lo que creía, Sophia. ¡Esa chica no puede mantenerle interesado por más de cinco minutos!

Sophia hizo una mueca de disgusto y, después de decirle algo más en griego, se levantó y se dirigió a la cocina, sin duda para molestar un poco a los cocineros, como lo había estado haciendo desde el día que llegó.

Dakis se rió.

—¡Eso sí que le ha molestado! —dijo—. ¿Se cree que estoy senil? ¿Que no puedo ver lo que pasa? Bueno, si ella y ese asno que tiene por marido se creen que arrojando a su sobrina en brazos de mi hijo van a conseguir meter la mano en mi empresa, están perdiendo el tiempo.

—A Theo parece gustarle.

—¡ja! Si se casa con ella, no le dejaré nada de herencia.

Megan se rió y agitó la cabeza.

—Ya sabe que no puede hacer eso. Además, dudo que le importara, ya es bastante rico por sí solo. Me temo que va usted a descubrir que, si él quisiera casarse con ella, no podría hacer nada al respecto.

El anciano se limitó a sonreír enigmáticamente.

—Ya se lo he dicho… estoy acostumbrado a conseguir que las cosas sean a mi manera, y ya soy demasiado viejo para cambiar.

Megan no vio a Theo durante el resto del día, ya que él no volvió a cenar. Eleni tampoco apareció, algo que pareció causarle una evidente satisfacción a Sophia y Megan prefirió no pensar en las posibles implicaciones.

El siguiente día siguió con la rutina de las dos semanas anteriores. Después de que Megan hubiera preparado a Dakis para la siesta de la tarde, se puso unos leotardos azules y se dirigió al gimnasio. Una vez allí puso una de sus cintas favoritas en el aparato de música y empezó a calentar mientras se observaba en los grandes espejos de la pared.

Una vez terminó de calentar se instaló en la cinta de caminar durante un rato y luego empezó a hacer unas pesas suavemente.

Estaba haciendo unos abdominales en el banco y estaba tan

absorta y la música tan alta que no oyó abrirse la puerta. Sólo se dio cuenta de que no estaba sola cuando vio a Theo de pie por encima de su cabeza.

—Buenas tardes —dijo él—. Parece que es un trabajo duro mantener ese cuerpo tentador en tan buena forma.

Ella siguió con los abdominales y le dijo: —Me gusta estar en forma.

—¿Para qué? No me puedo creer que lo necesites para estar con mi padre.

—Eres muy desagradable.

Él se rió.

—Bonita indignación. Aunque tengo que admitir que todavía no me he decidido contigo. Al contrario que mi primo Giorgos, al que ya no le queda ninguna duda sobre tus intenciones.

Antes de que ella se diera cuenta, Theo se le había sentado encima, atrapándola con una pierna a cada lado de su cuerpo.

—Realmente me importa muy poco lo que piense —respondió ella todo lo dignamente que pudo, que no era mucho en aquella posición.

—¿Por qué iba a importarte? —dijo él, acariciándole el estómago con un dedo—. No es contrincante para ti. Yo, sin embargo, puedo ser infinitamente más peligroso, como ya te advertí. Pero tú elegiste arriesgarte. Sólo podrás culparte a ti misma por las consecuencias.

Lenta, deliberadamente, él fue haciendo que ese dedo fuera trazando círculos mayores, hasta que rozó la parte baja de sus senos. No dejaba de mirarla a los ojos, retándola a que protestara y ella trató de disimular la traidora respuesta que ese dedo estaba provocando en su cuerpo. Pero, bajo el jersey de lycra, su senos estaban empezando a calentarse y los pezones a endurecerse.

—¿Y… Eleni? —le preguntó ella con una voz tan agitada como su respiración.

—Ah, sí, la dulce y pequeña Eleni —respondió él rozándole ahora directamente los senos—. Mi novia virgen, si tía Sophia consigue sus propósitos. Confieso que la idea tiene su mérito. No es que la vírgenes sean precisamente de mi gusto. Tiendo a preferir a mis mujeres como al vino, un poco más maduras, con ese pequeño extra… algo que intriga al paladar.

Ese dedo seguía haciendo círculos sobre sus senos, cada vez más cerca de los marcados pezones que ahora se mostraban tan claramente. Una parte de ella lo odiaba por tratarla de esa manera, pero otra sabía que sólo tenía que decirle que parara y él lo haría. Pero para su vergüenza, no quena pararlo. Quería que siguiera, a pesar de que le estaba quitando todo el respeto en sí misma.

Y entonces, le rozó levemente uno de los pezones con la palma de la mano y a ella se le cortó la respiración. Theo se rió y Megan echó atrás la cabeza mientras se le escapaba un sonido inarticulado. Entonces, él se inclinó sobre su cuerpo, apoyándole la boca primero en el cuello para írsela pasando luego hasta el lóbulo de la oreja, donde se puso a mordisqueárselo.

Hasta entonces él la había estado acariciando fríamente, controlándose, pero ahora Megan sintió cómo ese control se iba diluyendo. Murmuró algo en griego y sus manos se pusieron tensas mientras sus caricias se hacían casi rudas. Ella tragó saliva mientras él le pellizcaba los pezones, torturándola con tanto placer que la hizo ser consciente también del poder que podía tener sobre él.

—Maldita seas —susurró él—. ¿Eres un ángel o una diablesa? Me provocas con tu aguda lengua y con esas frías sonrisas, haciendo que te desee, haciéndome sentir como si no fuera a conocer la paz hasta que te tenga…

Entonces se inclinó de nuevo sobre ella y la besó con feroz intensidad. Los labios de ella se entreabrieron y no opusieron la menor resistencia cuando la lengua de Theo se introdujo en las profundidades de su boca. Le bajó entonces uno de los tirantes la camiseta, descubriendo el seno desnudo y acariciándoselo. Luego se colocó sobre ella haciendo que abriera las piernas, moviéndose contra ella como si ya estuvieran haciendo el amor.

—¿Theo…?

El sonido de la voz de Eleni en el pasillo los interrumpió de repente, haciendo que se separaran. Él maldijo en voz baja y se apoyó en otra de las máquinas mientras que Megan se colocaba de nuevo la camiseta, muy consciente de lo ruborizada que estaba y esperando que Eleni lo achacara al ejercicio. Cuando se abrió la puerta, ella ya estaba de nuevo haciendo abdominales mientras Theo la miraba.

—Oh… aquí estáis —dijo Eleni, sin disimular que no le había

gustado encontrarlos juntos—. Tía Sophia me ha mandado a buscarte.

—¿Qué quiere?

—No lo sé. Algo referente a la cena, creo. —¿Para qué demonios me quiere a mí para eso?—protestó él—. Muy bien, agape mou, ya voy. Te veré más tarde —le dijo a Megan.

Ella no supo si fue cosa de su imaginación, pero le pareció oír una especie de promesa… o una advertencia.

Mientras se vestía, Megan no dejaba de pensar en las palabras de él, en que no conocería la paz hasta que la tuviera.

Respiró profundamente y cerró los ojos, pero no se pudo quitar de la cabeza las imágenes que le evocaban esas palabras. Ella tampoco conocería la paz hasta entonces.

Pero tampoco después, tal vez no la recuperara nunca más. Porque sabía que si se rendía, él la tomaría sólo para satisfacer una necesidad física, nada más. Y para ella, eso no sería suficiente.

Sabía perfectamente que sería una tonta si se enamoraba de ese hombre y, que si lo hacía, tendría lo que se merecía por tonta.

Se enjugó una lágrima con el dorso de la mano y volvió a maquillarse. Después, terminó de vestirse mientras se preguntaba si no iría demasiado arreglada. Desde la llegada de Giorgos y Sophia, las cenas ce hahían transformado en un acontecimiento bastante formal, a pesar de los habituales desafíos de Dakis, que solía ir en pantalones cortos y camiseta sólo para incordiarles.

Normalmente, ella se vestía de una forma bastante sencilla, ya que no tenía cosas tan caras como las de las mujeres de la familia.

El vestido que llevaba esa noche era uno de los de Cathy, que se lo había prestado. Era escarlata, con un profundo escote y, como era más alta que su hermana, la falda le quedaba más corta todavía que a ella, lo que era bastante. ¡Ciertamente iba a hacer que algunas cejas se alzaran esa noche!

¿Y qué? De todas formas, todos ellos pensaban que era una especie de cazafortunas, así que bien podía ir como quisiera.

Se encogió de hombros y se dio la vuelta.

Cuando entró en el salón, se encontró con Sophia, que iba de punta en blanco, con un vestido negro de seda, gargantilla de

diamantes y todos los demás complementos. Se detuvo en seco cuando vio a Megan y en su mirada se leyó claramente la opinión que le producía el vestido escarlata.

—¿No le ha dicho Eleni que esta noche nos íbamos a vestir para la cena? —le preguntó con gesto de desagrado—. Vamos a tener el honor de recibir a sus padres.

Megan se ruborizó levemente.

—No, no lo mencionó.

¿Había sido aquella una omisión deliberada? Estaba casi segura de ello. Así que la gatita tenía garras después de todo, ¿eh?

—Debe ir a cambiarse inmediatamente —dijo Sophia, agitando una mano—. Y, por favor, dese prisa… ya la estamos esperando.

Megan la sonrió ácidamente.

—Oh, querida, lo siento. Tal vez sea mejor que siga como estoy entonces. Estoy segura de que a nadie le importará.

Luego levantó la cabeza y entró en el salón contoneándose provocativamente.

Pero una vez dentro titubeó. La conversación se detuvo en seco y todo el mundo la miró. Todos vestían como si fueran a ir a la ópera. Los hombres de negro y las mujeres, como Sophia, de terciopelo o seda, llenas de joyas.

Se ruborizó de nuevo y la tentación de darse la vuelta y salir de allí corriendo fue casi irresistible.

Y al lado de Theo, agarrada de su brazo, estaba Eleni, con un vestido de tafetán rosa y una leve cofia de diamantes en el cabello que no pegaban mucho con el collar de perlas de su cuello.

La sonrisa que le dedicó a Megan revelaba la satisfacción que le producía su pequeña treta. Fue Dakis el que fue en su rescate, colocándose a su lado con un brillo malicioso en los ojos cuando la tomó del brazo.

—Ah, aquí estás, querida. Y tan encantadora como una rosa.

Ella le sonrió agradecida.

—No sabía que tenían invitados a cenar — murmuró ella—. Tal vez hubiera sido mejor si no hubiera bajado.

—¡Tonterías! ¿Qué haría yo sin su bonito rostro para animarme? Ahora debe conocer a los padres de Eleni. Su padre es prefecto, ya sabe, un tipo verdaderamente importante, ¡Y se asegura de que todos lo sepamos! Ya les he contado todo sobre usted.

—Me lo imagino. Pero ¿qué les ha dicho?

Él se rió.

—Vaya, que es usted mi enfermera favorita, por supuesto… y que me está dedicando unos cuidados muy especiales.

—Eso era lo que me temía.

—Ah, es sólo un pequeño juego. ¿Cuál es la expresión inglesa para esto? ¿Meter al gato entre los pichones? ¡Eso es! Vamos ahora a agitar unas pocas plumas de pichón. Les vendrá bien, ¿no cree?

Megan tuvo que reconocer que no le faltaba razón. Todos estaban tan preocupados por la herencia de Dakis que estaban dispuestos a sacar a todo tipo de conclusiones sobre ella. ¿Por qué no divertirse un poco a sus expensas actuando como se esperaban que hiciera?

Y también estaba Theo, pensó, el peor de todos con diferencia. Tenía que admitir que tenía muy buen aspecto vestido así. Estaba muy arrogante y seguro de sí mismo…

—De acuerdo —dijo sonriendo a Dakis—. Vamos a proporcionarles algo de lo que escandalizarse.

Ella nunca había pensado que tuviera que practicar las risitas tontas y la agitación de pestañas, pero era curioso lo bien que se le daban esos gestos cuando quería hacerlos. Dakis se rió y le dio una leve palmada en el trasero, a lo que ella respondió poniendo un morrito, disfrutando de la cara de desaprobación que pusieron todos.

Dakis se estaba apoyando pesadamente en su brazo ya que esa noche sólo llevaba un bastón en vez de su habitual andador. De todas formas, pensó ella, estaba casi tan elegante como su hijo. En su época debió ser tan atractivo como él.

El grupo al que se unieron incluía a Giorgos y su irritada esposa, pero el centro del mismo era un hombre alto y de aspecto distinguido con mayor aire de importancia aún que el de Giorgos. La mujer que estaba a su lado era indudablemente la madre de Eleni. Debía haber sido tan bonita como ella, pero ahora las arrugas reflejaban un espíritu petulante y parecía como si estuviera permanentemente chupando un limón.

—Ah, Dimitrios, ¿cómo está? —dijo Dakis, saludando a su huésped con un calor desacostumbrado

¡Y Ekaterina! ¡Qué encantadora está esta noche!

Unos ojos negros fríos como el hielo lo miraron y Megan recordó el antiguo mito de Medusa, que transformaba en piedra a los hombres con sólo mirarlos.

Pero era evidente que Dakis se lo estaba pasando muy bien.

—Ahora, querida, permite que te presente a mis invitados —le dijo a Megan—. Estos son los padres de Eleni. Y ésta es mi pequeña enfermera, que se está dedicando a cuidarme devotamente.

En ese momento, le tocó a Megan ser el blanco de esa mirada.

La mujer la miró como si fuera algo que el gato se hubiera dejado en la alfombra y luego se limitó a seguir charlando con Giorgos, ignorando por completo la presencia de Megan.

La indignación se apoderó de ella. ¿Cómo se atrevía a tratarla con tan poca educación? ¡Ni siquiera la conocían! Bueno, pues esa noche la iban a conocer muy bien, ella también iba a disfrutar. Se volvió hacia Dakis y le quitó una imaginaria mota de polvo del inmaculado cuello de su chaqueta.

—Daki, querido, ¿podría tomarme una copa de vino? —murmuró coquetamente—.Te prometo que no me emborracharé.

—¡Puedes tomarte todo lo que quieras! Vlamis, dos copas de vino —le dijo a uno de los sirvientes.

Theo seguía charlando tranquilamente con Eleni, pero su mirada se encontró desde lejos con la de Megan y ella pudo ver el destello de hostilidad en sus ojos. ¿Así que no le gustaba su pequeña actuación? Se rió con ganas. ¡Que pensara lo que quisiera!

De repente, se dio cuenta de que todo el mundo se movía. El padre de Eleni se había adelantado, se aclaró la garganta y parecía como si fuera a decir un discurso. Cuando empezó a hablar, en griego, se produjeron sonrisas y gestos de asentimiento. Megan estaba a punto de pedirle a Dakis que se lo tradujera cuando de repente todo le quedó claro como el agua.

Todos se habían vuelto hacia Theo y Eleni y levantaban sus copas en un brindis. Y, por primera vez, Megan se percató del anillo con un diamante que brillaba en el tercer dedo de la mano izquierda de la chica.

Capítulo 5

VAMOS a cenar, querida?

Megan parpadeó cuando Dakis le habló, tratando de ocultar la reacción que le había producido el anuncio de compromiso de Theo.

—Por supuesto —respondió sonriendo forzadamente.

En la mesa estuvo claro que Sophia se había lucido, ya que estaba dispuesta con la mejor cubertería y todo brillaba con la luz que emanaban media docena de candelabros.

—¡Qué íntimo! —dijo Dakis con sarcasmo—. Vamos, poulaki mou, te sentarás a mi lado, por supuesto.

Pero Sophia se les puso delante con una mirada feroz.

—No, no —dijo señalando con un dedo a un asiento al pie de la mesa—. Usted se sienta ahí.

—¡Sakhlamares! —ladró Dakis, haciendo un gesto despectivo con la mano—. Megan se sentará donde yo quiera que se siente. Y ahora apártate, mujer estúpida, y deja de molestarme.

Por un momento, pareció como si Sophia fue a discutírselo, pero luego se arrepintió y se apartó muydignamente. Pero la mirada que le dedicó a Megan fue de las asesinas.

Aquello alteró el orden de la mesa, así que estuvieron un rato colocándose de nuevo. Cuando estuvo instalada, Megan se encontró justo delante de Theo y su prometida.

El levantó su copa mientras la miraba y brindaba en silencio. Megan deseó poder tener su sangre fría y poderle sonreír tranquilamente para darle la enhorabuena por su compromiso, pero no se atrevió ni a hablar.

¿Y Eleni? Estaba en su elemento, el centro de atención, todo dulzura mientras seguía agitando el cabello y hacía que la luz de las

velas arrancara destellos del diamante de su anillo. ¿No sabía la clase de hombre con el que se iba a casar? Pero tal vez no le importara, tal vez el dinero y la posición social de ser su esposa eran suficiente para ella y estaba dispuesta a dejarlo libre para conseguir sus placeres… en cualquier otra parte.

Bueno, pues si él se creía que la iba a convencer a ella para algo semejante, se equivocaba, pensó Megan decididamente. No podía negar la poderosa atracción física que sentía hacia él, pero eso no significaba que fuera a ceder a la tentación.

Volvió a mirarlo y vio que él seguía con los ojos fijos en ella. El corazón se le aceleró y sintió su cuerpo reaccionar como si la estuviera tocando físicamente.

Se ruborizó y trató de controlar esa reacción, pero él era demasiado perceptivo como para no notar esas señales traidoras y sonrió.

Megan logró por fin apartar la mirada y fijarla en las fuentes de comida, de un aspecto completamente apetitoso, pero su apetito parecía haberse evaporado.

—¿No se sientes bien, poulaki mou? —murmuró Dakis, acercándose a ella.

Ella sonrió y agitó la cabeza.

—Creo que Sophia me ha echado el mal de ojo —dijo.

—¡Ja! ¡Ésa! No dejes que te preocupe, ¡puede hacer que la leche se agrie en la cabra! ¿Recuerdas nuestro pequeño juego? Ésa es tu forma de vengarte, ¿no? Toma, ¿te gustan las aceitunas en adobo?

Entonces eligió una de su plato y se la ofreció.

—Están buenas, ¿no te parece?

Ella vio con los ojos entornados que Theo la estaba observando de nuevo, pero con el ceño fruncido. Una parte de ella deseó que no pensara tan mal de ella, pero su corazón se rebeló y decidió que podía pensar lo que quisiera.

—Por supuesto que me gustan —susurró mirando a Dakis—. ¡Me encantan!

—¡Endakis! Todavía haremos de ella una chipriota, ¿eh Theo?

Su hijo sonrió.

—No me cabe duda —dijo levantando su copa en un brindis.

Ella le devolvió la sonrisa y se volvió de nuevo a Dakis cuando él se ofreció a rellenarle la copa de vino. Con sorpresa, vio que ya estaba vacía. Iba a tener que andarse con cuidado con lo que bebía.

Continuaron con la cena, toda deliciosa y, cuando ya hahían terminado con los cafés, Dakis bostezó.

—Bueno, ha sido una velada deliciosa, pero me temo que, a mi edad, ya no tengo capacidad para trasnochar. Así que, si nos disculpan… mi enfermera me preparará para acostarme. ¿No es así, querida?

Entonces, él le ofreció su brazo y ella lo ayudó a levantarse. Megan se dio cuenta de que era cierto que estaba muy cansado. Pero mientras se dirigían a la puerta, pudo sentir muchas miradas fijas en ella, clavándosele en la espalda como cuchillos. Los comentarios no empezaron hasta que la puerta se cerró, pero cuando lo hizo, todo el mundo habló a la vez en griego y ella se alegró de no entenderlos.

Dakis se rió.

—Bueno, ha estado divertido, ¿no crees? —No exactamente.

—¿Por qué no?

—Me temo que no soy muy popular con la familia de Eleni.

Él se rió con ganas.

—¡Por supuesto que no! Justo cuando se habían creído que me habían controlado, apareces tú y amenazas con que sus planes se transformen en humo.

—No veo por qué deben estar preocupados por algo así —le dijo Megan, mirándolo sorprendida—. Aunque se hayan tragado eso de que soy una cazafortunas, no soy una amenaza tan grande para ellos.

—Ah, pero si pensaran que yo me fuera a casar contigo…

—¿No crees que estás llevando esto demasiado ejos?

—En absoluto. Es simplemente la conclusión lógica.

—Bueno, espero que no te creas que me vas a convencer para hacer eso de verdad. Una pequeña actuación es una cosa, ¡pero eso se pasa de la raya definitivamente!

—No te preocupes. Sólo estoy desmontando el farol de mi hijo.

—¿El farol?

—Ese estúpido compromiso. No tiene ni la más mínima intención de casarse con esa tontita que de volar a la luna.

A Megan el corazón le latió fuertemente. —¿No… no lo crees?

—Por supuesto que no la tiene. Se aburrirá de esa idiota dentro de menos de una semana, y lo sabe. Pero no tenía la menor intención de limitarse a una sola mujer, pensó ella. Ya se lo había dejado perfectamente claro.

Esa noche le fue muy difícil conciliar el sueño, así que, después de ducharse, salió a la terraza, embargada por los pensamientos y recuerdos de lo que había sucedido durante la velada. El aire era cálido y suavemente perfumado a jazmines. El único sonido que se oía era el lejano batir de las olas en la playa.

En un momento dado, oyó algo detrás suya y se volvió justo en el momento en que Theo abría el ventanal de la habitación contigua a la suya y salía a la terraza.

—Buenas noches —murmuró él.

—¿Cómo… cómo has llegado aquí?

—Las escaleras de detrás del gimnasio suben hasta aquí, y esta habitación está vacía. Ah, creo que necesita algunas pequeñas reparaciones, pero nada de importancia, la cerradura que tuve que romper para pasar cuando quisiera. Y, dado que tu habitación está en la esquina del ala, no hay nadie al otro lado. ¿No te parece de lo más conveniente?

—Tú ¿lo organizaste así?

—Por supuesto —dijo él, acercándose lentamente y sin dejar de mirarla a los ojos—. No quiero que todos los habitantes de la casa conozcan mis movimientos. Sobre todo de noche.

—¿No crees que se los pueden imaginar? Estoy muy segura de que has hecho esto con anterioridad. El sonrió indolentemente.

—Varias veces. ¿Y qué si se lo imaginan? Por lo menos lo hago con una cierta discreción, y eso es lo que se requiere.

Ahora estaba cerca de ella, tanto que podía olerlo. Todavía llevaba la camisa blanca de antes, pero se había desabrochado el botón del cuello y el nudo de la pajarita le colgaba deshecho.

Megan recordó que sólo llevaba puesto el camisón de algodón e instintivamente cruzó los brazos y retrocedió un paso, para encontrarse atrapada contra la barandilla. Abrió mucho los ojos cuando él se acercó más todavía, hasta que pareció ocupar todo su

campo visual.

—¿Huyes asustada? Cuando nos conocimos me dijiste que no me tenías miedo. Parece que te has vuelto un poco más sabia. Desafortunadamente, ya es demasiado tarde —le dijo él suavemente —. Es un camisón muy tentador. Dulce y virginal, algo muy en contraste con el vestido escarlata de esta noche. Pero me gusta el contraste… me intriga.

Arrinconada, lo miró desafiantemente, negándose a demostrarle que le tenía miedo.

—Oh, sí, hablando de vírgenes, no me dijiste que te ibas a casar con Eleni.

—¿No?

—Sabes que no lo has hecho. Me dejaste pensar…

—Que me gustan más las frutas maduras. Y así es —dijo él, poniéndole un dedo bajo la barbilla, obligándola a mirarle a los ojos —. Prefiero una mujer que pueda tener los mismos apetitos que yo, que sepa cómo responder cuando la beso, cuyo cuerpo se funda bajo mis caricias como miel caliente. Una mujer cuyos senos sean cálidos, redondos e incitadores, que sean firmes bajo mis manos…

Mientras hablaba, empezó a pasarle suavemente el dedo por el escote del camisón, rozándole levemente la piel, bajando hasta el valle entre sus senos.

—Cálidos, redondos e incitadores… —repitió—. Como melocotones madurados al sol, ricos y suculentos, ansiosos por ser comidos…

Ella respiró profundamente, incapaz de detenerlo cuando Theo le bajó uno de los tirantes del camisón, dejando que cayera y dejara al descubierto uno de sus firmes senos, de un color crema pálido contra el dorado de su piel y con el pezón ya endurecido, que quedó expuesto a su ansiosa mirada.

—Omorfi… Hermoso —susurró él, sonriendo satisfecho.

Le tocó el pezón con la punta de un dedo, haciendo que ella se estremeciera. Megan cerró los ojos con todos los sentidos enfocados en ese exquisito contacto.

—¿Quieres que pare? Sólo tienes que decirlo… Pero los dos sabemos que no lo harás, ¿no? Esto es lo que quieres… lo que necesitas.

De repente, la tomó en sus brazos mientras seguía acariciándole

un seno. Su boca descendió sobre la de ella con una intensidad salvaje, haciéndola entreabrir los labios para que su lengua se pudiera introducir entre ellos.

El leve gemido de protesta de ella se volvió uno de placer y la sangre le fluyó ardiente por las venas.

—Sí —susurró él—. Así es como te quiero, obligada a rendirte a tu propia ansia, a ofrecerme todos los placeres de tu dulce piel.

Luego la volvió a besar con más calor todavía, terminando con los pocos deseos que le quedaban de resistirse y haciéndola devolverle el beso. Theo seguía acariciándole el seno desnudo, haciendo que el cerebro se le llenara de sensaciones.

Ella fue apenas consciente de que la había hecho tumbarse en la hamaca de la terraza.

—Pekhnidi mou —murmuró él—. Mi pequeño juguetito.

Esas palabras disiparon la niebla de su cerebro, haciéndola recordar el compromiso que él había contraído esa noche.

—No —protestó—. Yo no soy tu juguetito. —Oh, sí, lo eres. Eres lo que yo quiero que seas.

Puedes negarlo todo lo que quieras, pero no ganarás, la tentación es demasiado fuerte para ti.

Y, con una evidente sabiduría, empezó a demostrarle la verdad de sus palabras. Le atrapó las muñecas cuando ella trató de soltarse y se las sujetó sobre la cabeza, riéndose de sus insultos mientras rozaba su boca contra la de ella hasta que consiguió romper su voluntad de resistirse.

Luego volvió a apoderarse de su seno y ella se sintió responder inexorablemente a ese contacto cuando un calor lánguido le recorrió las venas. Posteriormente, él sustituyó los dedos por la lengua, hasta que le atrapó el endurecido pezón entre los dientes hasta que ella arqueó la espalda, ofreciéndose a sí misma.

Se le escapó entonces un leve y estremecido suspiro cuando él se metió todo el pezón en la boca por fin y empezó a chupárselo con un ritmo profundo y hambriento que hizo que se le derritiera el cerebro. Se estaba rindiendo sin remedio ante sus expertas caricias…

Pero, de repente, él levantó la cabeza y la miró a los ojos.

—Es el momento de la verdad ahora, ¿no crees?

—¿La verdad?

—A no ser que quieras realmente que crea que eres tan barata, que carezcas tan completamente de valores morales que estés dispuesta a tener una relación a la vez con padre e hijo.

—Yo…

Megan trató de encontrar alguna manera de escapar de la trampa que él le había tendido tan hábilmente.

Theo se rió y agitó la cabeza.

—Yo creo que no. Me temo que mi querido padre no es tan listo como se cree. Puede que hayas podido engañar al pobre Giorgos, pero no a mí.

—Yo no te he engañado —dijo ella triunfalmente—. Tú te lo creíste desde el principio.

—Oh, admito que, al principio, me quedé un poco aturdido por esas medias de seda negras. Me pusieron un poco difícil pensar correctamente. Pero ahora he tenido bastante tiempo para observarte con él. Realmente no eres una maravillosa actriz, ¿sabes? No dejas de olvidarte de tu papel.

Ella se sentó, muy colorada, y volvió a colocarse en su sitio el camisón.

—Sí, bueno… era sólo un juego —admitió—. Fue idea de Dakis. Toda la familia estaba tan evidentemente ansiosa por ponerle las manos encima a su dinero que pensó que sería divertido asustarlos un poco.

—¿Es eso? —le preguntó él con un destello de diversión en la mirada—. ¿Y esperaba que eso me pusiera a raya a mí también?

—Eso… entraba también en el juego.

—Eso pensé. El viejo tonto… No se rinde, ¿verdad?

Había la misma nota de afecto y orgullo en su voz cuando hablaba de su padre que cuando Dakis hablaba de él. Pero luego entornó suspicazmente los párpados y añadió:

—¿Y qué sacas tú de todo esto?

—¿Yo? Oh, un par de meses al sol y luego vuelta a casa con una cantidad de dinero que nunca hubiera podido ganar en ningún otro sitio.

—¿Es eso todo? —le preguntó él, acariciándole los labios con el pulgar—. ¿Nada más que eso?

—¡Por supuesto que nada más! ¿Qué más podría haber?

—Eso dímelo tú. ¿Tal vez… descubrieras que te gustó la primera

vez que te besé? Tal vez, como yo, no podías evitar preguntarte qué pasaría sí…

Ella respiró profundamente tratando de resistir sus encantos. ¿Realmente se esperaba él que admitiera que sentía una tan poderosa atracción desde el principio que había hecho inevitable que aceptara la oferta de Dakis?

—Creo que tienes un problema con tu ego —le dijo muy dignamente—. No todas las mujeres del mundo te encuentran irresistible, ¿sabes? Y ahora, si me disculpas, es muy tarde y estoy cansada. Buenas noches.

Megan se levantó entonces y él arqueó una ceja, pero no intentó detenerla.

—Buenas noches —respondió poniéndose también en pie como si no hubiera pasado nada—. Te veré por la mañana.

Y luego se marchó por donde había aparecido.

Megan se quedó en la puerta del patio, apoyada en la barandilla porque todavía le temblaban las rodillas.

El muy cerdo había utilizado como un arma la poderosa atracción que sentía hacia él, tentándola hasta hacerla ver lo vulnerable que era y luego se había marchado sin más, dejándola en ese estado y sintiéndose una perfecta idiota. Se pasó una mano por los ojos y se asombró al descubrir que se le habían saltado las lágrimas. Había permitido que él la hiciera llorar.

Capítulo 6

MEGAN durmió mal, soñando cosas que no quiso recordar por la mañana. A pesar de que era tarde cuando se despertó, no se dio prisa en vestirse, no tenía mucha por encontrarse con Theo o para ver a la simple de Eleni luciendo su anillo.

Pero no podía posponer para siempre lo inevitable, se dijo a sí misma. Y además, si se escondía todo el día en su habitación, sólo contribuiría a mostrarle a él lo mucho que le había afectado lo que había sucedido la noche anterior. Lo mejor que podía hacer era tomárselo lo más fríamente que le fuera posible.

Con esa resolución firmemente grabada en la cabeza, se vistió como siempre, con unos pantalones cortos y camiseta, y se dirigió a la terraza, donde ya estaba servido el desayuno.

Sólo Dakis estaba allí y la saludó con una amplia sonrisa.

—¡Yá sas! Esta mañana se te han pegado las sábanas, y te acabas de perder a Theo. —¿Sí?

Megan aparentó toda la indiferencia que pudo, se sirvió un vaso de zumo de naranja y se sentó a la mesa.

—Se ha ido a Ayia Napa. Tengo algunas propiedades por allí y ha surgido un pequeño problema. Necesitaba a alguien en quien pudiera confiar que fuera a ver qué pasa… no podía dejarlo en manos del encargado, que es un idiota.

—Si es un idiota, ¿por qué lo hiciste encargado?

—Porque lo hace perfectamente siempre que yo esté cerca para tenerlo vigilado. Hace lo que yo le digo.

Ella sonrió y agitó la cabeza.

—Tal vez debieras emplear gente que se las pueda arreglar sin

tenerte a ti supervisándolo, ¿no? Así no tendrías que preocuparte todo el tiempo.

—¡Bah! ¿Dónde voy a encontrar gente en la que pueda confiar así? No, eso es cosa de Theo. Después de todo, algún día todo eso será suyo. Ya es hora de que empiece a tomar alguna responsabilidad.

Megan tomó la miel y echó un poco sobre un bollo.

—Entonces, ¿no lo vas a desheredar ahora que se ha comprometido con Eleni?

—¡Ah, eso! Ya te dije que no se va a casar con esa piñata idiota. Sólo lo está haciendo para molestarme.

Megan no respondió a eso y miró a su alrededor antes de preguntarle:

—Por cierto, ¿dónde está Eleni esta mañana? Normalmente no desayuna temprano.

Dakis sonrió encantado.

—Ah, bueno, por lo menos ha salido algo bueno de todo esto. Ha convencido a sus padres para que la dejen ir a Londres con Sophia, para comprarse el ajuar y el vestido de novia. Con un poco de suerte, eso les llevará un mes entero.

Durante el resto del día no se vio a Theo por ninguna parte, ni siquiera a la hora de la cena y Megan se tuvo que morder la lengua para no preguntarle a Dakis si se había ido a Londres con su novia.

Con Sophia y Eleni en Londres y Giorgos de vuelta en Grecia, la villa estaba inusualmente tranquila. Hacía bastante calor, así que, después de almorzar al día siguiente y con Dakis durmiendo su siesta, Megan decidió darse un baño en la piscina en vez de irse a hacer ejercicio al gimnasio.

El agua estaba deliciosamente fresca. Cuando era adolescente, había sido campeona escolar de natación y le encantaba nadar, a pesar de que, durante los últimos años no había tenido muchas oportunidades de hacerlo.

Después de algunos largos y, cuando ya estaba cansada, tiró de un colchón de plástico que había en el borde y se tumbó encima. Luego se puso las gafas de sol y un sombrero de paja que también había dejado cerca, relajándose lujuriosamente. Tanto que estaba a punto de quedarse dormida…

—¿Disfrutando de tu trabajo?

Ella abrió los ojos sorprendida. Theo estaba de pie en el borde de la piscina, con las piernas separadas y las manos en los bolsillos. Tenía un aspecto devastador con sus chinos de algodón ligero y una camiseta blanca sin mangas que marcaba los músculos de su ancho pecho y hombros.

No le gustó nada el chistoso comentario de Theo, ya que había tenido una mañana particularmente dura con Dakis, tratando de convencerlo para que hiciera sus ejercicios.

—Tu padre está durmiendo la siesta.

—Ya veo.

Él llevaba gafas de sol, por lo que era imposible estar segura de cómo la estaba mirando, pero se sentía muy incómoda al estar delante de él en bañador, y mojada, pero trató de mantener una fachada de fría indiferencia.

—¿Querías algo?

—Posiblemente —respondió él, sonriendo.

Theo se dirigió entonces a una de las tumbonas donde los sirvientes habían dejado una jarra de zumo de naranja fresco. Se sentó en ella y cruzó los brazos sobre la cabeza, muy relajadamente, pero ella no se sentía en absoluto igual de relajada.

Suspiró impacientemente, se dio la vuelta en la colchoneta y la acercó al borde de la piscina y luego salió de ella. Desafortunadamente, su toalla y camiseta estaban cerca de la tumbona de él, así que se vio obligada a rodear la piscina hacia él.

A pesar de que seguía con las gafas de sol puestas, se daba cuenta de la forma en que él observaba sus movimientos. Logró conservar la dignidad de alguna manera, a pesar de que sólo llevaba encima una tenue capa de lycra y se sentía como si estuviera completamente desnuda. Por fin, muy aliviada, pudo ponerse la camiseta, a pesar de que la sonrisa de él le indicó que había disfrutado de su incomodidad.

—¿Un zumo de naranja? —le preguntó él, educadamente.

—Gracias.

Ella hubiera preferido escapar de allí, pero no había ninguna parte donde pudiera estar segura de estar a salvo de él, así que se sentó en otra tumbona y aceptó el vaso de zumo.

—¿Cómo te ha ido el viaje? —le preguntó. Él se rió secamente.

—Muy bien. Podré darle un informe satisfactorio a mi padre

cuando se despierte.

—Muy bien.

Entonces él se volvió y la miró seriamente. —¿Cómo está?

Ella se dio cuenta de que estaba realmente preocupado y respondió:

—Está haciendo grandes progresos. Se mantiene mucho mejor en pie y está recuperando mucho movimiento con el brazo. Sigue teniendo bastantes dificultades con cosas tales como afeitarse y vestirse. Supongo que ha sido una suerte que el ataque le haya afectado el lado derecho, por lo que no ha sufrido el habla. Pero su memoria y concentración son muy pobres y costará mucho devolvérselas.

—¿Crees que las recuperará?

—Sinceramente, no lo sé. El ataque fue medianamente severo, pero su recuperación es bastante buena. Creo que lo sabremos mejor dentro de un mes o así.

—¿Y si tiene otro ataque?

—Es posible, pero sólo porque haya tenido uno no significa que vaya a tener otro. Y, si lo tiene, dependerá de su severidad. Podría ser como éste, lo que sería una vuelta atrás, pero no un desastre…

—¿O?

—Supongo que no quieres que me ande por las ramas. Uno peor podría matarlo.

—Ya veo.

Theo se quedó en silencio y Megan respiró profundamente, tenía que decirle lo que le iba a decir.

—Mientras menos preocupaciones tenga, mejor.

—¿Qué quieres decir?

—Saca tus propias conclusiones. No sé mucho de sus negocios, pero sí que son muy extensos. Desafortunadamente, tú eres el único en el que quiere confiar para llevarlos. Si por lo menos le quitaras ese peso de encima…

—¿Sería bueno para su salud?

—Muy bueno.

Él se volvió a reír y agitó la cabeza.

—Si pensara que realmente está dispuesto a dejar las riendas…

—Si tú estuvieras dispuesto a valorar sus consejos y experiencia…

El la miró fijamente, como si se estuviera pensando lo que le había dicho y luego sonrió de nuevo, de una forma que le indicó que tomaría su decisión cuando le pareciera bien.

—Tal vez. Ahora creo que me voy a dar un baño.

¿Vienes conmigo?

—No en este momento.

—Vaga.

Entonces, él se levantó y se quitó la camiseta. Megan trató de no mirarlo, pero no lo pudo evitar. Su cuerpo era esbelto y duro, los músculos bajo la piel bronceada estaban bien definidos, como una escultura, y por el pecho tenía una mata de vello masculino que bajaba por el vientre y desaparecía por la cintura de los pantalones.

Ella respiró profundamente y las manos le temblaron levemente cuando tomó el vaso de zumo. Como atontada, lo vio desabrocharse el cinturón y el botón superior de los pantalones.

—¿Estás segura de que no quieres venir?

—No… —respondió ella casi atragantándose—. No, gracias.

—Es una pena.

Luego, él se bajó la cremallera y los pantalones. Por un breve momento ella cerró los ojos, la tensión de su cuerpo le hacía difícil respirar. Cuando los volvió a abrir, él se estaba bajando los chinos, pero un bañador pequeño y negro moldeaba sus caderas y dejaba bien poco a su imaginación, así que no pudo evitar ruborizarse.

Luego, Theo se acercó al trampolín y se tiró al agua de cabeza casi sin alterar la superficie.

Después se puso a bucear dando poderosas brazadas por el fondo de la piscina y eso le dio a ella la oportunidad de recomponerse. Para cuando él salió de nuevo a la superficie, había tomado una revista y la estaba hojeando, dedicándole a Theo nada más

que una fría mirada cuando le dijo recompensando su salto en una escala de cero a diez: Nueve coma siete.

—¡Llegan los invitados con nosotros! —dijo Dakis, agitando un mazo en el aire desde el césped, donde habían instalado un campo de criquet—. Entre los dos podemos enseñarle a este joven un par de cosas, ¿eh?

Megan había esperado pasar inadvertida, pero se obligó a

sonreír y se dirigió a donde estaban Dakis, y Theo. Había pasado casi un mes y Eleni seguía en Londres.

Durante ese tiempo. Dakis había mejorado considerablemente, algunos días estaba mejor que otros y seguía sintiéndose muy frustrado por sus limitaciones, pero ya era capaz de caminar sin ayuda la mayor parte de las veces, salvo cuando estaba cansado. Y cada vez era capaz de concentrarse durante más tiempo.

La cosa había ido menos satisfactoriamente con Theo. Había sido como el juego del ratón y el gato entre ellos, dejándola siempre llena de interrogantes. ¿La encontraba atractiva? Había momentos estaba casi segura de ello y, casi inmediatamente, de lo que estaba segura era de que se estaba riendo de ella.

No se había esperado que permaneciera por allí tanto tiempo, ni que fuera capaz de evitar pelearse con su padre. Pero parecía estar haciendo un auténtico esfuerzo para llevarse bien con el anciano e, incluso, lo animaba a que hiciera el ejercicio que necesitaba. Era por eso por lo que había organizado ese partido de criquet.

Los miró y agitó la cabeza sonriendo.

—Nunca he jugado al criquet.

—Ni yo. Pero eso no importa. En realidad, no hay demasiadas reglas. Lo único que tienes que hacer es meter la pelota bajo los aros y apartar la pelota

de tu oponente, si puedes.

Ella no tuvo más remedio que unirse al juego y Dakis se puso a enseñarla.

—¿De dónde ha salido todo esto? —le preguntó ella en un momento dado a Theo mientras Dakis estudiaba su golpe.

—Estaba en un baúl. No se ha utilizado desde que yo era niño.

—Es perfecto. Lo hace andar y sirve para que recupere la visión en perspectiva.

—Desafortunadamente, no es de mucha ayuda para mejorar su carácter, es competitivo hasta en esto —dijo Theo cuando su padre apartó una de sus bolas con la de él.

—¡Thavmasios! Con esto tardarás por lo menos dos golpes en volver a tu posición —dijo triunfante.

—El objetivo principal es pasar tus bolas bajo el aro —respondió Theo.

—¡Bah! Si te da miedo un poco de juego agresivo… Creo que me

toca mi segundo golpe.

Siguieron jugando y Megan se dio cuenta sorprendida de que Theo estaba dejando ganar a su padre, pero no demasiado evidentemente para no ofenderlo.

—Me sorprende que te quedes aquí en Chipre tanto tiempo —le dijo ella a Theo en otro momento—. Había pensado que ya te tendrías que haber vuelto a Londres.

Él la miró divertido.

—¿Sí? ¿Quién lo diría?

—Pensé que tenías intereses comerciales allí.

—Nada que no pueda marchar bien sin mí. Además, creía que querías que hiciera de hijo modelo, ayudando a mi padre a llevar su imperio.

—Y así es, pero… ¿no sigue allí Eleni?

—Claro que sí —respondió él sarcásticamente—. Razón de más para que yo me quede aquí.

—Si ya sientes así, no creo que vaya a ser un matrimonio muy feliz.

Él se rió.

—Te agradezco tu preocupación por mi futura felicidad, pero te aseguro que no es necesaria. Eleni y yo sabemos exactamente lo que podemos esperar el uno del otro, y eso me parece una base excelente para un matrimonio feliz.

—Algunas personas creen que el amor ha de aparecer por alguna parte.

—Eso es sólo una tontería romántica. A lo que la gente llama amor no es más que pura lujuria un poco vestida para hacerla parecer respetable. Si la gente se casa por ninguna otra razón mejor que ésa, generalmente se encuentran con que la cosa no suele durar mucho y suelen terminar en divorcio. Es mucho mejor ser un poco racional.

—¿No crees en el amor?

—¿Y tú?

—Por supuesto…

—¿Estabas enamorada de tu ex novio? —le preguntó él.

Megan se ruborizó.

—Bueno…

—Estabas pensando casarte con él. Eso, bajo tu propio criterio,

tiene que significar que estabas enamorada de él.

—Creía que lo estaba —admitió débilmente ella—. Pero me di cuenta de que me equivocaba.

—Exactamente. Por lo menos tú tuviste suficiente suerte y te diste cuenta antes de comprometerte del todo. Podría haber sido incluso peor si luego hubierais tenido hijos.

Se notó entonces una súbita nota de amargura en su voz y Megan recordó que los padres de él se habían separado cuando tenía doce años, una edad particularmente difícil.

Dada esa experiencia, tal vez fuera comprensible la actitud de Theo hacia el matrimonio y deseara asegurarse con un matrimonio de conveniencia. Pero Megan no estaba tan segura de que Eleni pensara de la misma manera.

—¿De verdad crees que te irá mejor a tu manera? —le preguntó dudosa.

Él se encogió de hombros.

—Por lo menos, tiene la virtud de la sinceridad. —Pero no la fidelidad.

—Es cierto. Pero si ninguno de los dos la espera del otro, no puede resultar herido por la infidelidad. —¿No te importa que Eleni tenga amantes?

—No le pondré ninguna objeción, tina vez que produzca el requerido heredero de la familia.

—Bueno, eso suena suficientemente busto —respondió ella sarcásticamente.

—Por supuesto. Así que, ya ves, no hay ninguna razón para que tengas ninguna clase de remordimiento de conciencia.

Ella lo miró, sorprendida. —¿Por qué los iba a tener?

—Por ser mi amante. Ella casi se atragantó.

—¡No voy a ser tu amante!

—¿No?

—¡No!

—¡Vamos, vosotros dos! —los interrumpió Dakis—. No paráis de hablar y no estáis atentos al juego. Theo, es tu turno, date prisa.

—Se supone que esto tiene que ser un juego relajante, papá, no una carrera.

Luego se dirigió sonriendo a Megan.

—¿Sabes que te has ruborizado? ¿Por qué lo haces, si estás tan

segura?

Ella levantó la barbilla y lo miró a los ojos desafiantemente. ¿Su amante? Eso no dejaba de ser un eufemismo para lo que sería ella si sucumbía a la tentación. Sólo sería una especie de alivio sexual para él durante el par de meses que permanecería allí. Luego, él se volvería a Gran Bretaña y se olvidaría por completo de ella en cuanto el avión despegara. Y no tendría ningún problema para encontrar a alguna otra que tomara su lugar. Al final, no fue ninguna sorpresa que el juego lo ganara Dakis. Se dieron las manos y ella, sonriendo.. le dijo a Dakis:

—Bien hecho. Ha estado divertido, tenemos que jugar otra vez mañana.

—¿Mañana? ¡Yo estoy listo para otro juego ahora mismo!

Theo agitó la cabeza.

—No cuentes conmigo, papá. Tengo que hacer algunas llamadas.

Megan lo miró agradecida, ya que pensaba que Dakis se podía cansar demasiado y la experiencia le decía que advertirle de algo solía ser contraproducente.

—¿Eh? Oh, bueno, de acuerdo. ¡Pero mañana os volveré a arrasar!

—Estoy seguro de que lo harás —dijo Theo, riéndose—. ¿Tomamos un café? —¡Buena idea!

Dakis se metió la mano en el bolsillo, sacó la radio y marcó el código de la cocina.

—¿Anna? Trees kafes, steen taratsa. Parakaloladró por al aparato.

Aunque el por favor, en griego, ya era un adelanSe instalaron en la terraza y Megan se dio cuenta de que Dakis parecía un poco cansado, pero también llevaba en pie más de una hora, que era la mayor cantidad de tiempo que había estado hasta entonces. La doncella les llevó el café y un plato de los dulces favoritos de Dakis.

—He estado pensando —dijo Dakis—, que realmente debería hacer un viaje a Kouklia y Ayia Marinouda esta semana.

Theo alzó los ojos al cielo, ya que ése era el preámbulo habitual para que su padre lo mandara a alguna cosa.

—¿Por qué, papá?

—Para ver cómo van los viñedos, por supuesto. Es muy importante en ésta época del año.

—¿No crees que los encargados de las fincas son capaces de cuidar adecuadamente los viñedos?

—No viene mal echarles un vistazo.

Theo suspiró.

—Muy bien, papá, si crees que es necesario molestarlos, iré.

—¿Estás seguro? No me gustaría causarte alguna incomodidad. Si tenías planeado alguna otra cosa…

—No tengo nada planeado, papá. Iré mañana.

—¡Excelente! —exclamó el anciano con ojos brillantes—. ¿Por qué no te llevas a Megan? Eso le daría la oportunidad de ver algunas de las partes más bonitas de nuestra isla.

Ella agitó la cabeza rápidamente.

—¡Oh, no! ¡No puedo! No debo dejarte solo.

—No estaré solo. Tengo una casa llena de sirvientes sin nada que hacer. Estaré perfectamente sin ti. No has tenido ni un solo día libre desde que llegaste y no quiero que la gente me acuse de ser un dictador. Vete y haz un poco de turismo. No te preocupes por mí.

Theo la estaba observando retadoramente.

—No creo que ella quiera venir conmigo —dijo provocándola.

—¿Por qué no? —preguntó Dakis—. ¿No tendrás miedo de los cotilleos de la gente? No te preocupes por eso, es sólo un inocente periplo por la isla. ¿Qué puede haber de malo en ello? Ve, pásatelo bien y no pienses más.

Theo la miró arqueando una ceja y esperando su spuesta. Para su desgracia, a Megan no se le ocuó ninguna excusa aceptable. Y, si se negaba sin ís a ir con él, sería como reconocer tácitamente e le tenía miedo o, más adecuadamente, que tenía edo de no poder mantener bajo control sus impú;os deseos.

—Bueno, si estás seguro de que estarás bien, Dakis…

—Por supuesto que lo estaré —respondió él muy satisfecho.

Ella lo miró suspicazmente con los párpados entornados. ¿En qué estaría pensando para arrojarla de esa manera en brazos de Theo? ¿Se creía que eso sería suficiente como para convencer a 'Meo de que no se casara con Eleni después de todo? Si era así, no funcionaría. A Theo le podía parecer muy bien hacer de ella ,u amante, pero seguiría adelante con el matrimonio.

Capítulo 7

MEGAN agradeció haber tomado la precaución de ponerse un sombrero y una buena capa de crema protectora. Salieron muy pronto, pero el sol ya quemaba y, de todos los coches donde podía escoger, Theo eligió un Land Rover descapotable.

Ella había decidido tomarse ese día como le habían sugerido, como una oportunidad para ver un poco de la isla. Pero nada más verlo a él esa mañana, con unos pantalones caqui y una camisa blanca de manga corta, el corazón había empezado a latirle frenéticamente.

—Pararemos primero aquí —dijo Theo, abandonando la carretera nueva y metiéndose en la vieja hacia Limassol—. El nuevo hotel tiene que abrir la semana que viene y papá quiere que vea si todo va bien. No tardaremos mucho.

—Muy bien.

El hotel era enorme y blanco, con todas las ventanas llenas de flores y las banderas de una docena de naciones ondeaban delante de la fachada.

Theo detuvo el Land Rover delante de unas escalinatas de mármol que daban a la entrada. Parecía como si los esperaran, ya que el portero los saludó y, en el interior había un grupo de hombres, todos de gris.

Cuando Theo salió del Land Rover, Megan dudó en seguirlo, pero él se detuvo cuando iba a subir las escaleras, esperándola.

—Vamos —dijo sonriendo—. Puedes darme el punto de vista femenino sobre el lugar.

Ella no le devolvió la sonrisa y salió del coche. Antes no se le había ocurrido, pero ahora estaba segura de que el personal del hotel sabría lo del compromiso de él y se iban a preguntar la

identidad de ella.

Pero a Theo no parecía molestarle así que, ¿qué le importaba a ella? Al cabo de un par de meses estaría de vuelta en su casa y dejaría atrás los cotilleos. La única que podía resultar herida era Eleni, y tal vez le hacía un favor con eso.

Respondió educadamente cuando fue presentada al comité de recepción y luego el encargado se puso a explicarles la clase de servicios que recibirían los huéspedes.

Ciertamente, el hotel se ganaba las cinco estrellas que se veían en una placa de cedro en la mesa de recepción; no se había reparado en gastos.

Theo la miró interrogantemente.

—¿Qué opinas?

Ella se encogió de hombros.

—No está mal. Tendría que ver el resto para hacerme una opinión.

El encargado pareció un poco dolido, pero Theo sonrió.

—Oh, creo que lo encontrarás igual. ¿Le echamos un vistazo al comedor?

Megan no pudo negar que se quedó completamente fascinada por esa visita. No sólo pasaron por la zona donde se hospedarían seiscientos huéspedes, sino también por las cocinas, oficinas, lavandería y almacenes. Incluso las instalaciones subterráneas de aire acondicionado y calefacción.

Finalmente, volvieron a recepción, donde les hicieron un desfile con los distintos uniformes del personal, todos firmes y en filas, como un ejército en revista. Y como un general, Theo recorrió las filas hablando con alguno de los miembros del personal y dando su aprobación.

Habían pasado varias horas en el hotel y ya era media mañana cuando se pusieron de nuevo en camino. El sol era muy fuerte ahora y Megan se encasquetó más en la cabeza el sombrero.

—¿Qué opinas en realidad del sitio? —le preguntó Theo sonriendo como si ya conociera la respuesta.

—¡Es fabuloso! —admitió ella, riéndose—. Debe ser muy caro quedarse ahí.

—Es un hotel de cinco estrellas, con precios de cinco estrellas. Suponemos que muchos de sus clientes serán rusos, los nuevos ricos

hombres de negocios y mafiosos que quieren gastar sus rublos en un poco de decadencia occidental. ¡Y papá sabe exactamente cómo ayudarlos a hacerlo!

—Es dueño de varios hoteles, ¿no?

—Cuatro aquí, en Chipre, y algunos más en Grecia, además de uno en Malta e intereses en un par más en Egipto. También están los apartamentos de vacaciones, me he olvidado de cuántos. Y, por supuesto, dos transatlánticos de crucero. Además de centros comerciales, compañías de alquiler de coches, viñedos, olivares…

—¡No sabía que tuviera tantas cosas! Supongo que no es sorprendente que la familia esté tan paranoica porque una pequeña cazafortunas venga a ponerle sus sucios dedos encima para sacar tajada.

—Eso es muy considerado por tu parte. Me sorprende que aceptaras el trabajo, con todos nosotros siendo tan desagradables contigo. Unos pocos meses al sol no me parecen recompensa suficiente.

Ella se ruborizó. Theo se había acercado demasiado a la verdad para su comodidad, así que se encogió de hombros.

—Realmente no importa, yo sabía que estabais equivocados, y Dakis también. Además, él necesitaba una enfermera y yo temía que cualquiera que contratara no duraría ni una semana.

Theo la miró divertido.

—Tengo que admitir que no sé de nadie que lo maneje tan bien como tú.

—Cuestión de práctica. Y me cae bien.

Él pareció realmente sorprendido por eso.

—¿Sí? Debes ser una de las pocas personas a las que cae bien.

Megan se rió.

—Oh, ya sé que puede tener muy mal humor a veces, pero tiene la capacidad de reírse de sí mismo, y eso es muy raro. Y, después de alguno de los enfermos que he tenido que tratar, es un encanto.

Él se rió también.

—¿Disfrutas siendo enfermera?

—¡Me encanta! No es la clase de trabajo que puedes hacer si no te gusta de verdad.

—¿Piensas volver a tu trabajo cuando regreses a Gran Bretaña?

—Por supuesto. Aunque no estoy segura de en qué campo.

Cuando empecé a trabajar para la agencia, fue como una especie de puente hasta que encontrara un puesto como el que tenía anteriormente, enfermera de quirófano. Pero ahora, ya no estoy segura. El problema en el quirófano es que realmente no tienes posibilidad de conocer a los pacientes, ¡normalmente están inconscientes! Y trabajando con gente me di cuenta de lo mucho que echaba de menos el trato personal. Supongo que parece una lástima desperdiciar todos esos estudios, pero tal vez pueda dar algunas clases y combinarlas con otra cosa. Tal vez cuidar ancianos.

—¿Bañar señoras mayores y vendarles las piernas?

—Eso no es todo. De todas formas, aún no me he decidido, me quedan todavía dos meses de contrato con tu padre, y no tengo prisa por volver a Gran Bretaña —dijo ella acomodándose bien en su asiento—. Me apuesto algo a que allí está lloviendo.

—Por lo que dice Eleni, hace frío y llueve.

Ah, sí, Eleni. Se había olvidado de ella. De hecho, charlando así con él, hasta le había empezado a gustar. Lo que podía ser muy peligroso, se dijo a sí misma. Él le había dejado muy claras sus intenciones.

Habían dejado atrás las afueras de Limassol, pasaban ahora por la base británica de Akrotiri y la carretera seguía por la costa, con unas vistas espectaculares del Mediterráneo.

Llevaban cosa de una hora en coche cuando Theo se apartó un poco de la carretera y detuvo el coche justo en el borde de un acantilado.

—Panorama —dijo—. Tenemos suerte, normalmente siempre hay una tropa de turistas mirando.

Sólo había otro coche y una furgoneta de helados. Intrigada, Megan salió del coche y siguió a Theo hasta el mismo borde del acantilado. Bajo ella, el mar entraba en una cala con una pequeña playa llena de rocas esparcidas como por la mano descuidada de un gigante.

—Aquí es donde nació el amor —murmuró Theo.

Megan sintió cómo el corazón se le aceleraba y lo miró. Sus ojos traicionaron lo que había tratado tanto de mantener en secreto.

—Afrodita, la diosa del amor —bromeó Theo—. Nacida de la espuma y de la parte del cuerpo que Zeus le cortó a su padre, Cronos, y tiró al mar.

—Oh… Es un sitio precioso. Espera, quiero tomar una foto.

Ella se volvió rápidamente al coche y tomó su cámara, que se había dejado imprudentemente en el asiento trasero de un coche descapotable. Eso le proporcionó unos momentos preciosos para recuperar la compostura. Él ya estaba jugando de nuevo con ella, señalándole cosas que despertaban peligrosas ideas en su enfebrecido cerebro y luego retirándose, riéndose de ella cuando reaccionaba. ¡Iba a tener que

controlar mejor su reacción o, cuando terminara el día, estaría para el manicomio!

Theo estaba de pie en el borde del acantilado, con su habitual sonrisa. Ella encaró la cámara y le dijo:

—Di patata.

Él se rió cuando Megan hizo la foto.

—Debería hacerte una a ti.

Entonces, el hombre de la pareja que estaba en el otro coche, se ofreció.

—Les puedo hacer una a los dos, si nos hacen una a nosotros con nuestra cámara.

—Oh… No, está bien —protestó Megan rápidamente—. Quiero decir… yo les haré la foto, si quieren, pero…

—No seas tonta, Megan —dijo Theo—. Vamos y que nos hagan la foto.

Le extendió entonces la mano y ella sintió como un nudo en la garganta. Luego le pasó un brazo sobre los hombros como si fuera lo más natural del mundo. Ella lo miró insegura mientras el hombre les hacía la foto. —

—¡Ya está! Ahora tomaré otra más, por si acaso. ¡Sonrían!

De alguna manera, ella logró forzar una especie de rígida sonrisa y se sintió aliviada cuando logró escapar del abrazo de Theo, que fue a hacerles la foto a la otra pareja.

Al cabo de pocos minutos, estaban de nuevo en la carretera. Su siguiente parada era en un viñedo cercano. Resultó que el encargado era uno de los innumerables primos de Dakis y él y su familia les dieron la bienvenida, haciéndolos pasar a la casa y al comedor, en el que la enorme mesa estaba tan repleta de comida que parecía que estaba a punto de romperse.

Parecieron aceptar la presencia de Megan sin ninguna clase de

curiosidad o sorpresa y ella supuso que no se preguntaban nada de la mano que los alimentaba. La mayor parte de la familia hablaba por lo menos un poco de inglés, como era habitual hasta en los campesinos más pobres de Chipre, salvo la anciana abuela y el más pequeño de los cinco hijos, pero la mayor parte de la conversación se llevó en griego y, por lo que ella pudo entender, que no fue mucho, se trató del tiempo y de la futura vendimia.

Después de una larga y agradable comida, fueron a ver las viñas, mientras Theo hablaba con el encargado de los aspectos técnicos y Megan los escuchaba, sorprendida por los conocimientos de él sobre viticultura.

—Ah, eso lo lleva en la sangre todo chipriota — le dijo él, riéndose cuando se lo comentó—. Los vinos de Chipre eran famosos incluso en los días del Rey Salomón, y Marco Antonio le cedió la isla a Cleopatra porque a ella le encantaba su vino. Una leyenda dice que el sultán Selim II ordenó la invasión de la isla después de saborear su vino. De todas formas, ya hemos terminado aquí y tenemos que irnos.

La visita al segundo viñedo fue mucho más breve, pero cuando se marcharon ya era tarde. Megan había dado por hecho que volverían por el mismo camino, hacia Limassol, pero cuando llegaron a la carretera principal, Theo giró a la derecha, hacia Paphos.

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó ella, curiosa.

Él le dedicó una sonrisa enigmática.

—Has visto el lugar donde nació Afrodita y he supuesto que te gustaría ver el lugar donde se bañaba.

—Oh, sí —exclamó ella sin querer admitir que no tenía ninguna gana de que ese día terminara—.¿Está lejos?

—No mucho. Hay un restaurante fuera de Polis que es de otro de los primos de mi padre, podemos cenar allí. Una cena tradicional chipriota, meze.

—¿Qué es?

—Ya lo verás. ¿Tienes hambre?

Ella asintió y se rió.

—¡Yo siempre tengo hambre! Debe ser por al aire marino. Si no tengo cuidado, voy a estar hecha una foca cuando vuelva a casa.

—Oh, no creo que haya mucho peligro de que te pase eso —dijo

él, recorriéndola con la mirada—. A mí me parece que estás en una forma excelente.

Megan se ruborizó y volvió la cabeza rápidamente, centrando su atención en el paisaje.

La parte oeste de la isla era mucho más verde que la sur y todo olía a azahar y limoneros en flor la carretera subía y, en lo alto, pudieron ver a lo lejos los picos más alto de las montañas Trotidos, rodeadas de fértiles valles.

Ya era tarde y casi había oscurecido cuando llegaron al pintoresco pueblo de Polis y luego giraron al oeste de nuevo por una carretera que iba por la costa. No había nada de viento y las aguas estaban calmadas. La carretera estaba rodeada de flores silvestres en todo el trayecto.

Unos kilómetros más allá, llegaron a un pequeño pueblo de pescadores cuyas estrechas calles estaban llenas de turistas que se dirigían de vuelta a sus autocares.

—Eso es, volveos todos a casa —murmuró Theo—. Dejad dormir de nuevo a Akámas.

—No parece que te gusten mucho los turistas, teniendo en cuenta que tu padre consiguió la mayor parte de su fortuna gracias a ellos.

Él se rió secamente.

—¿Me estás llamando hipócrita? Bueno, sí, supongo que tienes razón, de alguna manera. Pero es un dilema difícil de resolver. Chipre siempre le ha dado la bienvenida a los viajeros, incluso cuando siglos atrás venían como invasores. Y no cabe duda de que el turismo es vital para la economía de la isla. Pero es un precio muy alto cuando tanta cantidad llega a destruir realmente lo que han venido a ver.

Theo suspiró y continuó.

—Mira por ejemplo este lugar, la península de Akámas. Hasta ahora ha permanecido impoluta, pero ¿por cuánto tiempo seguirá así? Algunas de las mejores playas de la isla están en esta costa, pero también está la zona de cría de una de las especies de tortuga más en peligro de todo el Mediterráneo. El año pasado convencí a mi padre de que comprara algún terreno para protegerlas, pero tratar de que los demás hagan algo parecido es un proceso muy lento.

Megan lo miró sorprendida. Había pensado que él era un tipo completamente egoísta e interesado sólo en lo suyo, pero en esas semanas se había visto obligada a cambiar de opinión. Primero había visto su auténtica preocupación por su padre y ahora su interés por las tortugas en extinción.

Pero seguía siendo el mismo hombre cuyo poco respeto hacia las mujeres se mostraba en el hecho de que había tratado de hacer el amor con ella la misma noche de su compromiso matrimonial. El mismo que le había dejado muy claro que quería que ella fuera su amante.

En el pueblo había unas cuantas tabernas al aire libre a la orilla de la playa. Theo aparcó delante de una de ellas y tocó el claxon. Un joven camarero que estaba tomando nota a una de las mesas levantó la mirada y pareció sorprendido y encantado. Abandonó a sus clientes y se acercó a saludar a Theo con los brazos extendidos para abrazarlo.

—¡Éla, Maláka! ¿Ti néa?

Theo se rió y respondió también en griego. De la cocina al fondo del restaurante aparecieron varios rostros, reconocieron a Theo y se pusieron a gritar de alegría. Momentos más tarde, toda la familia estaba fuera, niños pequeños y abuelos incluidos, dándole palmadas en la espalda y abrazándolo mientras hablaban rápidamente en griego.

Megan salió del coche y permaneció en segundo plano hasta que Theo se apartó del tumulto y la hizo avanzar.

—Ésta es la enfermera Taylor —dijo presentándola con una formalidad que la alivió—. Ha venido de Inglaterra para cuidar a mi padre mientras esté enfermo. Pero hoy es su día libre , así que me la he llevado a hacer turismo.

El joven camarero se inclinó y la besó la mano con una galantería exagerada.

—Bienvenida a Chipre, kiria orea. Espero que esté disfrutando su visita.

—Mucho —respondió ella—. Es una isla preciosa.

—Y, por supuesto, tiene el mejor guía en mi buen primo. Aunque se digna a visitarnos sólo raramente. Pero entrad… ¿os quedaréis a cenar?

—Por supuesto —dijo Theo, riéndose—. Es por eso por lo que

hemos venido.

—¡Espléndido!

Pareció como si todos se olvidaran de repente del resto de los clientes y se juntaron tres o cuatro mesas, que fueron preparadas a toda prisa y con la ayuda de todos. Hicieron sentarse a Megan al lado de Theo y la familia se acomodó alrededor de la mesa mientras se descorchaban algunas botellas de vino e, incluso los niños más pequeños tuvieron su vaso, bastante diluido con agua mineral.

—¡Yá sas!

Megan respondió al brindis con una tímida sonrisa, un poco superada por todo aquel entusiasmo. Incluso algunas personas de las otras tabernas se acercaron a ver qué estaba pasando y se sentaron también a la mesa mientras se sacaron de la cocina plato tras plato de comida.

—¿Esto es meze? —le preguntó ella susurrando a Theo, sorprendida por la variedad… y cantidad de comida.

El asintió.

—Tienes que ir a tu ritmo —le advirtió divertido—. Se necesita valor para hacerle justicia a una mesa llena de mezedes.

Y era cierto, allí había de todo y en cantidades enormes. Parecía que lo correcto era servirse utilizando los dedos o un poco de pan, así que pronto le pilló el truco y experimentó con todo.

El sol se estaba poniendo, bañando el tranquilo mar con su luz dorada. Cuando el cielo se volvió de azul cobalto a negro del todo y las estrellas empezaron a brillar, un par de hombres sacaron sus instrumentos y se pusieron a cantar una canción folclórica chipriota acompañados por el bouzouki y la guitarra.

El suave susurro del mar era un contrapunto a las dulces melodías y Megan suspiró profundamente mientras miraba al hombre que tenía a su lado. Era una velada tan romántica, tan llena de dulzura que si sólo…

Mientras progresaba la noche, nadie parecía dispuesto a terminar con la fiesta. Algunos de los hombres habían hecho sitio entre las mesas y estaban bailando el clásico sirtaki griego, con los brazos sobre los hombros de los demás y cada paso dado con todo cuidado.

El primo de Theo lo llamó al grupo y él fue de buena gana. Bailó con toda naturalidad incluso cuando el ritmo se aceleró, cada vez

más aprisa y las mujeres acompañaron con sus palmas.

Al final se rindió la mayor parte de los bailarines y dejaron sólo a los dos últimos.

Por fin Theo se sentó de nuevo y, con la cantidad de gente que había sentada a la mesa, estaban más juntos que al principio. Él apoyó una mano en el respaldo de su silla, justo rozándole el cuello. Un gesto muy casual que bien podía haber sido accidental. Pero ella no creyó que lo fuera.

Tal vez debiera haber tenido más cuidado con el vino, se dijo a sí misma. Pero era tan bueno… nunca había saboreado uno parecido, y ahora le calentaba las venas y la hacía sentirse como si estuviera en un sueño.

No tenía ni idea de la hora que era cuando por fin la fiesta terminó. La mayoría de los niños se había dormido en los regazos de sus madres y ya se los habían llevado a la cama. El primo de Theo, Costas, los acompañó hasta el Land Rover.

—¿Vas a quedarte en Chipre? —le preguntó a Theo.

Theo se lo pensó.

—No lo he decidido todavía. Depende mucho de cómo se recupere papá de su ataque.

—Por supuesto —asintió Costas solemnemente—. Que Dios le dé buena salud. Pero tú tienes que volver a vernos. Que no pase tanto tiempo esta vez.

Theo sonrió y le dio una palmada en la espalda a su primo.

—Volveré. ¡Yá sas!

—Yá sas —respondió Costas.

Luego se volvió a Megan y de nuevo la tomó la mano y se la llevó a los labios mientras la miraba a los ojos

—Y tú, kiria orea ¿volverás también a visitarnos?

Ella se rió un poco incómoda.

—Tal vez, antes de que vuelva a Inglaterra.

Él la besó de nuevo la mano y sólo la soltó cuando ella se subió al Land Rover. Luego se marcharon mientras todos se despedían.

Megan bostezó entonces. —Ha estado bien.

Theo le dedicó una sonrisa enigmática. —Me alegro de que te lo hayas pasado bien. —¿Qué significa eso que me ha llamado tu primo, kiria orea?

Theo se rió suavemente.

—Significa chica guapa. Estaba tratando de ligar contigo.

—¡Oh…! —dijo ella, riéndose—. Qué tonto. —Mucho.

—Creía que íbamos a ir a ver el Baño de Afrodita.

—Y a eso vamos. El único momento en que se puede ir a visitar es a la luz de la luna.

—Pero… ¿no estará cerrado? —No para nosotros.

Megan pensó que debía ser cierto. Le daba la impresión de que estaba con un hombre que siempre conseguía lo que quería.

—¿Está lejos?

—Ya estamos.

Capítulo 8

UNA LINTERNA lució delante de ellos bajo un árbol y una voz llamó a Theo. —Endaksi. Kirios Nikolaides. Megan se dio cuenta de que los debían estar esperando y que ese guarda de seguridad estaba viendo si todo iba bien.

—¿Tienes la costumbre de hacer estos viajes turísticos nocturnos? —le preguntó a Theo. Él sonrió y respondió:

—No exactamente la costumbre.

Luego saludó al guarda con un gesto de la mano y aparcó donde terminaba la carretera.

Apagó el motor y todo quedó en un silencio profundo. En alguna parte se oyó un búho y Megan pensó que aquello era como un sueño. El siglo veinte parecía algo irreal, estaban en un tiempo mítico, antes del amanecer de la historia, cuando los dioses caminaban por la tierra.

El aire nocturno le había disipado los vapores del vino y la ligereza de corazón que sentía ahora poco tenía que ver con ese vino. Una vocecilla en el interior de su cabeza le decía que, tal vez, no fuera una buena idea estar allí. Pero se había pasado veintinueve años de su vida siendo racional y esa noche la luna y Afrodita estaban ejerciendo sus encantos y ella era cautiva de su propio corazón.

Theo la tomó de la mano y la condujo por un estrecho sendero. A pesar de que los árboles dejaban espacio apenas para que pasara una persona, la luna les daba luz suficiente como para seguirlo.

—Ten cuidado —la advirtió él—. Ya casi estamos.

Delante de ellos aparecieron unos cuantos escalones de piedra que bajaban hasta un pequeño claro. Con la luz de la luna, Megan vio que se trataba del fondo de un profundo agujero rocoso. El aire estaba lleno de los olores de la tierra húmeda y el sonido del agua corriendo. Miró a su alrededor con los ojos ya más acostumbrados a

la oscuridad y vio a su izquierda un profundo extraplomo de roca que daba a una pequeña poza. A la luz de la luna, el agua tenía como un halo de misterio.

—La piscina de Afrodita —murmuró Theo—. Aquí es donde ella venía a bañarse desnuda y a reunirse en secreto con sus amantes. La leyenda dice que, si miras al agua a medianoche, cuando la luna está llena, como hacía Afrodita cuando se bañaba, verás el rostro de tu amante.

Megan se rió un poco incómoda, pero a pesar de su escepticismo, una extraña fuerza la atrajo hacia la poza.

—¿Qué ves? —le preguntó él desde detrás, y tan cerca que sentía su respiración en el cabello.

Sombras, el reflejo de la luna…

Se inclinó más todavía y vio su propio rostro, con el cabello como un halo pálido alrededor de la cabeza. Y a su lado, alto y moreno, como un antiguo dios griego llegado del distante monte Olimpo, estaba Tico. El rostro de su amante…

—¿Y bien?

Ella se volvió lentamente y su mirada se encontró con la de él, perdiéndose en sus hipnóticas profundidades azules. El corazón le latía a toda velocidad y la boca se le secó; una especie de magia corría entre ellos, tan vieja como las rocas, tan tenue como la luz de la luna.

Él levantó la mano lentamente y le acarició la mejilla.

—Te deseo —murmuró—. Deseo cada centímetro de ti. Quítate la ropa. Quiero verte tan desnuda como Afrodita.

Ella dejó de respirar, pero le resultaba imposible resistirse. Retrocedió un paso y se llevó las manos al botón superior del vestido y se lo desabrochó lentamente; y luego los demás hasta que se abrió por completo, ofreciéndole una amplia panorámica del valle entre sus senos.

—Quítatelo todo —insistió él.

Theo se había apoyado en una roca y la observaba con las manos en los bolsillos. Parecía muy relajado, pero ella vio cómo tragaba saliva y, de repente, se dio cuenta de que él no se controlaba tanto como pretendía.

Algo pareció encenderse en su interior, algo del espíritu de la antigua diosa del amor. Sin dejar de mirarlo a los ojos, terminó de

desabrocharse el vestido hasta que el último botón que se había dejado, el de la cintura, lo desabrochó más lentamente todavía. Entonces, con un gracioso movimiento, se quitó del todo el vestido. El blanco del sujetador y las bragas destelló a la luz de la luna y destacó contra su piel bronceada.

Él la recorrió con la mirada, pero siguió sin moverse.

—He dicho desnuda —susurró Theo.

Megan respiró profundamente. Conocía todas las razones por las que no debería estar haciendo eso, pero ahora no tenían importancia. Sonrió tentadoramente mientras llevaba las manos al cierre frontal del sujetador. Theo estaba respirando ahora un poco más pesadamente mientras la observaba, pero cuando se soltó el cierre, pareció dejar de hacerlo.

La luna se reflejó como plata en su piel, detallando los contornos cremosos de sus senos culminados por los rosados pezones. Megan recordó la noche en que él le había acariciado los senos. Entonces ella había retrocedido, pero ahora no lo iba a hacer.

Los azules ojos de él brillaron apreciativamente cuando ella, moviéndose con una elegante gracia, se dio la vuelta lentamente al tiempo que levantaba los brazos para que él la admirara desde todos los ángulos. Estaba disfrutando comportándose de formas que nunca habría pensado, inspirada por la diosa del deseo sexual.

Theo seguía sin moverse, pero ella podía notar la poderosa tensión de la excitación masculina en él.

Le había dicho que quena que ella fuera su amante.

No había ninguna promesa sobre cuánto podía seguir deseándola ni de nada más que de una satisfacción física. Pero no le importaba, quería rendirse a cualquier exigencia que él le hiciera, sentir la dura fuerza de ese cuerpo masculino apretándola bajo su peso, introduciéndose en ella con una feroz posesión.

—Desnuda —susurró ella, deslizando lentamente las manos hacia abajo de su cuerpo, hasta el elástico de las bragas.

Se deslizaron por sus esbeltos muslos y luego sacó las piernas de ellas, dejándolas a un lado, con el resto de su ropa.

Sentía una leve tensión en la boca del estómago cuando se volvió y lo miró, ofreciéndole todo su cuerpo desnudo. Pudo sentir el calor de su mirada recorriéndola durante un tiempo que le pareció toda una eternidad, desde los senos pasando por el

estómago hasta llegar hasta la suave madeja de vello castaño de entre sus muslos.

—¿Y bien? —le preguntó ella, alzando los brazos por encima de la cabeza, consciente de que así levantaba a la vez los senos.

Luego hizo unos giros delante de él. —¿Era esto lo que querías?

La mirada de él le dijo que sí que lo era, pero cuando se le acercó, ella retrocedió hasta las rocas que rodeaban la poza.

—Vas a tener que venir a por mí entonces —le tentó provocativamente y se arrojó a la poza.

El agua estaba fresca y se rió mientras se dedicaba a salpicarlo. Theo la miraba de tal forma que a ella no le hubiera extrañado que ese agua se transformara en vapor nada más tocarlo.

Theo se acercó entonces al borde del agua. Megan fue a retroceder más todavía, pero casi resbaló con una piedra y estaba a punto de caer cuando él la agarró por la muñeca y todo el espíritu de juego se esfumó en ella cuando lo miró a la cara.Aquello ya no era un juego, era algo muy serio.

Sin decir ni una palabra, él la tomó rudamente en sus brazos y la besó salvajemente, de una forma que rompería cualquier resistencia. Si la hubiera, ya que lo último que se le podía pasar a ella por la cabeza en esos momentos era resistirse. Sus labios se abrieron en una dulce invitación, dándole la bienvenida a la invasión de su lengua y su cuerpo se apretó contra el de él, disfrutando de la sensación de la ropa de Theo rozándole la piel desnuda.

El calor que los consumía se encendió aún más, amenazando con consumirlos a los dos. Él respiraba agitadamente y la acariciaba rudamente por el ansia que sentía, pero la propia ansia de ella no era menor, aumentada por la incertidumbre de las pasadas semanas al no saber si él la deseaba o no.

Impaciente por sentir el contacto de la piel desnuda de él contra la suya, le quitó la camisa sin desabrocharla por encima de la cabeza, tirándola donde estaba su ropa en un montón. Luego, le rodeó la cintura con los brazos y se apretó contra la dura pared de su pecho.

Él le acarició entonces el cabello e hizo que echara atrás la cabeza para volverla a besar, cálida y egoístamente, tomando todo lo que ella le ofrecía y exigiendo más. Incluso el frescor del agua no

pudo enfriarles la sangre cuando chapotearon en ella. Ella no se dio cuenta de que Theo se había quitado los pantalones, pero ahora sentía el roce de sus muslos desnudos contra los de ella, la apoyó contra unas rocas y le acarició los senos, endureciéndole más todavía los pezones.

—Pekhnidi mou —murmuró él—. Mi dulce y sexy juguetito…

Esta vez ella no lo pudo negar, era eso lo que era. Una repentina oleada de vergüenza la recorrió. ¿Cómo podía comportarse así? ¿Cómo podía estar permitiendo que él le hiciera eso?

Pero ya era demasiado tarde para andarse con esas tonterías. Cerró los ojos y sintió cómo él la recorría todo el cuerpo con las manos. Se estremeció y se dio cuenta de que, de alguna manera, él la había hecho tumbarse en el suelo y las piedras se le clavaban en la espalda y el trasero, pero no pudo protestar. Sólo podía rendirse inexorablemente a lo que fuera a suceder.

Su morena cabeza se inclinó sobre los senos de ella y luego notó el roce de la boca de Theo contra la piel recorriéndola con leves besos. Cerró los ojos y echó atrás la cabeza, dejándose llevar por el placer cuando la lengua de él encontró sus pezones y luego se los mordisqueó para Posteriormente succionarle los senos con toda la boca con un ritmo que le hizo arder la sangre en las venas.

Mientras tanto, sus manos estaban acariciándole el vientre, bajando hasta que una de ellas se introdujo entre sus muslos y se los hizo separar. Cosa que ella hizo sin oponer resistencia y se le escapó un gemido cuando él le acarició su parte más íntima para luego introducir profundamente los dedos en ella.

Te amo. Esas palabras se le ocurrieron a ella de repente, pero las contuvo; le estaba dando su cuerpo, derrotada por una tentación que no podía soportar, pero no podía dejar que él supiera que también tenía su corazón. Tal vez se lo imaginara, pero no quería confirmárselo, ella tenía su orgullo.

Sintió cómo él se le tumbaba encima y abrió los ojos queriendo capturar ese momento en su memoria para siempre. Por un breve momento, se puso tensa cuando sintió el poder masculino, pero luego, cuando se colocó bien debajo suya, él soltó una especie de rugido y la tomó de un solo golpe.

No fue amable, pero a ella no le importó. Se fundió contra él rodeándolo con los brazos, respondiendo con todo su cuerpo. Se

movieron juntos en una especie de danza erótica y primitiva, tan antigua como la misma Afrodita, chapoteando en las aguas de la poza, rozándose con las piedras casi salvajemente en su ansia por el otro.

Ella podía sentir el corazón de Theo latiéndole frenéticamente muy cerca del suyo, los músculos moviéndose cada vez que él empujaba, tomando su propio placer y dándole más a ella. El calor en su interior fue creciendo en espiral hasta que, por fin, los dos gritaron y fue como si cayeran desde muy alto a la tierra.

Pareció que había pasado un tiempo muy largo antes de que Megan sintiera moverse a Theo y, un momento más tarde, se dio cuenta de que se estaba riendo. Lo miró indignada.

—¿Qué es tan divertido?

—¡Esto… nosotros! ¡Vaya una tontería hemos hecho! —dijo él, sonriendo triunfalmente-Debemos estar llenos de arañazos, ¡y tenemos suerte de no habernos ahogado!

Ella se sentó apartándose un poco de él intentando conservar un poco de dignidad. —Bueno, fue idea tuya.

El agitó la cabeza con los ojos brillantes.

—Nunca pretendí llegar tan lejos, no me había imaginado que tú te pusieras tan tentadora. Oh, no me quejo —dijo acariciándole la espalda con un dedo—. ¿Qué más puede querer un hombre de su amante?

Su amante… Sólo el día anterior ella había insistido en que nunca lo sería, pero incluso entonces ya había sabido que no iba a poder resistirse. Le daba un poco de vergüenza recordar lo fácilmente que había cedido.

Con el poco orgullo que le quedaba, se puso en pie y fue a recoger sus ropas. No se molestó en ponerse el sujetador, pero una vez que tuvo puesto de nuevo el vestido, se sintió un poco menos vulnerable y le dijo:

—Escucha. Seré tu amante, por lo menos hasta que te cases con Eleni. Pero vamos a dejar una cosa muy clara: no soy tu juguete y nunca lo seré. Así que no me lo vuelvas a llamar. ¡Ni en inglés ni en griego!

Entonces se dio la vuelta y muy dignamente volvió al coche.

Megan se despertó con el canto de los pájaro!

Miró hacia la ventana y por un momento se pregunto qué había

pasado con el mar. Entonces recordó.

Volvió la cabeza y miró al hombre que seguía durmiendo a su lado.

Sally, su compañera del hospital había dicho que era hermoso. Pero ahora sospechaba que no la envidiaría.

Los hombres como Theo Nikolaides estaban bien para fantasear con ellos, pero no era inteligente por parte de una chica normal acercarse demasiado. No había podido evitar enamorarse de él, acostarse con él aún sabiendo que no era más que una diversión pasajera. Tendría suerte si pudiera mantener su atención por más de un par de días. Para un hombre como él, el sexo era sólo un apetito que satisfacer de la misma manera que el hambre, si no había algo realmente bueno a mano, se conformaban con cualquier cosa hasta que aparecía algo más interesante.

Suspiró levemente y se levantó de la cama. Se acercó a la ventana para ver el paisaje. La casa estaba en las montañas, en la falda sur de la cadena de los Troódos y, bajo ellos, se extendían los bosques de cedros descendiendo por los valles.

No había sabido que Theo pensaba llevarla allí. Después de lo que había sucedido en la piscina de Afrodita, ella se había sentido un poco incómoda cuando volvieron al coche, sin saber qué decirle. Así que evitó la conversación y se hizo la dormida, lo que sucedió de verdad al cabo de un rato. Se despertó cuando el coche se detuvo delante de a casa. Desde fuera le pareció un chalet de dos pisos hecho de cedro y encaramado en un espolón rocoso, rodeado de bosque. Entonces pensó que era la casa más bonita que había visto en toda su vida. Pero eso no significaba que hubiera querido quedarse. Había discutido a voces con él, tratando de convencerlo para que volvieran a la villa, pero él se había limitado a reírse y luego la había besado y hecho el amor sobre el capot del coche.

Se ruborizó al recordar lo fácilmente que había vuelto a rendirse. Luego, él la tomó en brazos y la metió en la casa antes de que ella pudiera encontrar las energías suficientes para protestar más.

La había llevado a esa habitación y la había dejado en la cama. Megan tenía que admitir que era un sitio mucho más cómodo para hacer el amor que los dos anteriores…

Entonces, Theo abrió los ojos y sonrió.

—Te has despertado muy pronto.

—La costumbre. Normalmente no suelo dormir me. Suelo tener que ir a trabajar.

—Hoy no. Hoy te puedes quedar en la cama todo el tiempo que quieras.

Ella lo miró sorprendida.

—¿No vamos a volver a casa?

Theo se rió y agitó la cabeza.

—No hay prisa. Te quiero para mí unos cuantos días. Quiero hacer el amor contigo donde me apetezca, sin nadie que nos moleste.

—¿Unos cuantos días? Pero no nos podemos quedar aquí tanto tiempo. ¿Qué pasa con Dakis?

—Dakis estará bien, como te dijo, tiene una casa llena de sirvientes para cuidarlo. Y, con respecto a los demás, no es asunto suyo.

—Es asunto de Eleni. Se supone que estás comprometido con ella, y no…

—¿Y no tengo que pasar unos días en la montaña con mi amante? Ya te dije que Eleni sabe lo que hay. Además, ella está dedicando su tiempo yendo de compras por las capitales de toda Europa. Vuelve a la cama.

Ella dudó. No le gustaba la forma en que él la podía hacer rendirse tan fácilmente, podía pensar que la tenía garantizada.

De repente, Theo se levantó de la cama, se acercó a ella, la tomó en brazos y la volvió a acostar en la cama, sujetándola allí.

—Es un poco tarde para hacerse la doncella ofendida, ¿no crees? Te he tenido en un lugar turístico mundialmente famoso, te he tenido sobre el capot de un coche, en esta cama anoche más veces de las que puedo recordar. Pero todavía no he tenido bastante de ti, ni de cerca. Te quiero de todas formas.

Entonces la besó y Megan, reuniendo toda su fuerza de voluntad, mantuvo los labios cerrados. Por un momento él insistió, pero luego levantó la cabeza y la miró extrañado.

—Ya te dije anoche que no seré tu juguetito.

—¿Y?

—No te pediré mucho. No espero que te enamores de mí ni nada parecido. Pero quiero algo de respeto. Creo que me lo merezco.

Él respiró profundamente y suspiró. Por un momento ella pensó que se había enfadado. Pero entonces se dio la vuelta y se tumbó a su lado en la cama.

—Sí, te lo mereces —dijo Theo, haciéndola subirse sobre él—. Y lo siento si te he hecho sentirte como si no te respetara. Me temo que es una mala costumbre mía. No quiero ponerte excusas, pero probablemente he heredado ese comportamiento de mi padre.

—¿De Dakis?

Theo suspiró y su mirada se oscureció.

—Durante toda su vida, ha tratado a las mujeres como si fueran algo despreciable, incluyendo a mi madre… En su momento dejé de contar el número de amantes que tuvo. Incluso hace sólo unos pocos años estaba manteniendo a una pelirroja en un apartamento de Limassol. Y tampoco le fue fiel. Casi volvió loca a mi madre por esas cosas, aunque duró con él varios años. Pero al final ya fue demasiado y lo dejó.

—¿Por qué lo aguantó tanto tiempo?

—Porque lo amaba —respondió sonriendo sin humor—. Lo irónico es que, probablemente, ella fue la única de sus mujeres que realmente lo hizo, el resto sólo se sentían atraídas por su dinero.

—Eso es triste —murmuró ella—. Dakis debió saber que esos ligues no valían nada. Tal vez por eso tuvo tantos como dices, porque estaba buscando algo más y nunca se dio cuenta de que lo había tenido delante de las narices y lo había desaprovechado. Y ahora que ya es viejo no tiene a nadie que se preocupe por él. Está solo.

—Se lo merece.

—No lo dices en serio —dijo ella, reconociendo ~l dolor detrás de sus amargas palabras.

—No. Tal vez no. Haya sido lo que haya sido, sigue siendo mi padre, supongo.

—Entonces, ¿vas a hacer lo que quiere? ¿Te vas a quedar aquí, en Chipre y lo vas a ayudar a llevar los negocios de la familia?

—Probablemente —dijo él, acariciándole lentamente la espalda —. ¿Eres tú un ángel enviado del cielo para sacar de mí lo mejor de mi naturaleza?

—Me gustaría pensar que eso lo puedes hacer por ti mismo — respondió ella, sonriendo—. Pero con respecto a lo de ser un

ángel…

Megan se sentó entonces sobre él con un brillo en los ojos que no era precisamente angelical y añadió:

—De eso no estoy segura.

La noche anterior había sido increíble, pero había sido él quien había ejercido todo el control. Ahora era su turno. Lentamente, dejó que las puntas de sus dedos le recorrieran el pecho, acariciándole el vello, sintiendo cómo los músculos de él se tensaban. Theo se tumbó del todo en la cama, observándola.

Durante la noche anterior, él se había reído varias veces por la forma en que ella respondía a sus caricias. Ahora era el momento de su venganza. Afrodita, la diosa del amor, sería su guía y le prestaría sus poderes divinos para atormentarlo hasta casi hacerlo perder la cordura.

Empezó lentamente. Subió de nuevo las manos por su ancho pecho y luego hasta el cuello, detrás de las orejas, lugar donde la noche anterior había descubierto que él era particularmente sensible.

Notó el primer temblor de la excitación en él y sonrió provocativamente.

—Paciencia —le dijo imitando lo que él le decía por la noche.

Luego le recorrió la mandíbula muy ligeramente y volvió al pecho recitando los grupos musculares que le recorría.

—¿Es esto una excursión con guía? —le preguntó él sonriendo.

—Estoy repasando. Cuando vuelva a casa, voy a tener que volver a estudiar. Y tú eres un muy buen sujeto de estudio, tus músculos están muy bien definidos.

—Me alegro de servirte de algo.

—Oh, no es sólo para eso para lo que me vas a servir. Pero ya llego.

—Muy bien.

Las puntas de sus dedos continuaron su viaje por el estómago. Pero entonces se detuvo y empezó a besarlo levemente primero en la cara, las sienes, el cuello… Él se limitó a quedarse tumbado, observándola. El brillo de sus ojos la animó a continuar.

Esa vez ella recorrió el mismo camino de sus manos con la boca. El olor masculino de él llenaba todos sus sentidos y lo aspiró profundamente, sintiendo que eso despertaba sus respuestas

femeninas en su interior, calentándole la sangre, haciendo que el corazón le latiera más deprisa.

Estaba disfrutando de ese juego, disfrutando de la sensación de poder que le producía tener a ese hombre fuerte gimiendo de placer cuando sus caricias lo llevaron a la cima de la excitación. Entonces, utilizó le nuevo la boca y la lengua para volverlo loco.

Pero no tenía la menor intención de olvidarse de ;u propio placer, así que, justo cuando le pareció que la tensión de él estaba a punto de explotar, se apartó un poco y se colocó de forma que su cuerpo estuviera sobre el de él. Entonces, con un suspiro de satisfacción, se hundió su dureza todo lo profundamente que pudo en su interior.

Ella fue la que marcó el ritmo, una danza erótica mientras estaba arrodillada sobre Theo, rodeándolo con los muslos, con el cuerpo arqueado y la cabeza echada hacia atrás, con la respiración tan agitada como la de él. La temperatura le subió como si tuviera fiebre. Era como si la consumieran las llamas hasta que llegó la última y, con un salvaje estremecimiento, gritó y sintió cómo él se estremecía bajo ella. Entonces cayó en los brazos de Theo, ambos completamente saciados, completamente agotados, con los cuerpos empapados de sudor entrelazados sobre las sábanas.

Capítulo 9

KALIMERA, eromeni mou.

Megan levantó la mirada y sonrió de placer cuando Theo bajó los escalones de la terraza, donde ella se estaba terminando su desayuno. Él se acercó a su silla y la besó en los labios desde detrás, abrazándola a la vez y abarcándole con la mano uno de sus firmes senos.

—¿Me has echado de menos? —le preguntó. —Sí —admitió ella.

Theo había estado tres días en Londres y ella sabía que había visto a Eleni, así que los celos la habían torturado todo el tiempo. Incluso existía la posibilidad de que hubiera estado además con alguno de sus antiguas amantes. O que hubiera conocido a otra.

Siempre había sabido que aquello sería difícil. Ahora hacían seis semanas desde la increíble noche en la piscina de Afrodita, seis semanas durante las cuales él había ido cada noche a su habitación, a veces simplemente por el pasillo. Parecía como si cada vez le importara menos la discreción.

Ella había protestado, pero él se había limitado a encogerse de hombros y decirle:

—Eleni no está aquí, así que ¿por qué la va a molestar?

Aquello no tranquilizaba la conciencia de Megan, pero si a él no le importaban los cotilleos, ¿por qué

le iban a importar a ella?

—¿Cómo te ha ido el viaje? —le preguntó mientras le servía una taza de café.

—Nada mal. He conseguido lo que pretendía con el acuerdo de compra de Platres.

—Eso le agradará a Dakis. ¿Qué dicen los bancos?

—Lo avalarán. Esquiar es algo muy popular en estos días, y la

gente siempre está buscando un sitio un poco diferente para hacerlo.

—Bueno, ciertamente, esquiar en Creta sí que lo será. ¿Has traído el avión tú mismo?

Theo agitó la cabeza.

—No, necesitaba una revisión, así que he venido en un vuelo regular. ¿Están calientes los bollos? He desayunado en el avión, pero ha sido hace ya un par de horas.

—Y… ¿cómo estaba Londres?

—Disfrutando de una ola de calor. Todo el mundo se ha puesto en mangas de camisa y se han quemado.

Ella se rió y pensó en el maravilloso sol Mediterráneo que estaba disfrutando.

—Van a tener que aprovecharla —dijo—. No durará mucho.

—No —dijo Theo, mirándole las piernas—. Mmm, de verdad que me gustan esos pantalones cortos. Son… muy cortos.

Nada más decir eso extendió la mano para acariciarle los muslos.

—¡Theo…! Alguien podría vernos. —¿Y qué?

Theo se inclinó entonces y le apoyó los labios en uno de los desnudos hombros, chupó y le dejó la marca de sus labios y, además, le pasó la mano por debajo del borde inferior de la camisa sin mangas que ella se había atado bajo los senos.

—Durante todo el tiempo que he estado en Londres, he estado maldiciendo las noches desperdiciadas. En lo único que podía pensar era en tu cuerpo encantador y en las cosas que quería estar haciéndote.

—Theo, no…

Fue una protesta muy débil y que él ignoró. Su mano siguió acariciándole el senos.

—¿Theo, no? —bromeó él—. Tú sabes que no quieres que pare.

Y, para su vergüenza, era cierto.

Theo sólo se detuvo cuando oyó el sonido de unos pasos, los de Dakis. Theo se apartó de mala gana y adoptó una actitud como si no hubiera pasado nada mientras Megan trataba de rehacer el nudo de su camisa y de controlar el rubor de sus mejillas.

Pero si Dakis se dio cuenta de algo no lo mostró.

—Ah, aquí estás, hijo mío. Anna me ha dicho que estabas en la

casa. ¿Cómo te ha ido el viaje? ¿Todo arreglado? —dijo al tiempo que bajaba lentamente las escaleras y luego se sentaba en otra de las sillas—. ¿Has completado la compra? ¿El banco ha estado de acuerdo en nuestros términos?

—Todo está arreglado, papá. Los he dejado comprobando los números.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Dakis fieramente—. ¡Todo está en la propuesta! Conseguirán unos intereses de primera a su inversión.¿Qué más quieren?

—Es una gran inversión, papá —le recordó Theo—. Por supuesto, necesitan tiempo para pensarlo.

—¡Ja! ¡Banqueros! ¡No son más que un rebaño de borregos! ¡No reconocerían una buena inversión aunque les mordiera las narices! Oh, me gustaría haber podido ir yo mismo, les habría contado un par de cosas de cómo hacer dinero.

—Estoy muy seguro de que sí, papá —respondió Theo pacientemente—. Pero si quieres que yo me meta en tus negocios, vas a tener que confiar en mí para que haga las cosas a mi manera.

Dakis frunció el ceño, pero desde hacía unas semanas había aprendido a no desperdiciar sus energías discutiendo con su hijo.

—De acuerdo. Ahora cuéntamelo todo.

—Más tarde, papá —dijo Theo, poniéndose en pie—. Acabo de llegar y me gustaría darme una ducha.

Entonces miró a Megan y ella entendió el significado de sus palabras. Theo tenía en mente cosas más interesantes que lavarse.

—¿Tardarás mucho? —le preguntó Dakis.

—No mucho. Digamos una hora.

Megan se levantó también.

—Acabo de recordar que tengo algo que decirle a… Anna. Te veré dentro de un rato.

Luego siguió a Theo por los escalones.

Una vez dentro de la fresca casa, Theo la miró y sonrió:

—¿Tu habitación o la mía? —le dijo.

—No sé si debiéramos. Estamos a plena luz del día.

—Han sido tres días apartados y quiero hacer el amor contigo ahora mismo.

Entonces, sin darle más oportunidad de discutir, la tomó en sus brazos y se la llevó a su habitación, al final del ala oeste de la casa.

Ella había estado allí unas cuantas veces, pero nunca se había fijado en el mosaico del techo, una copia de uno clásico. Abrió mucho los ojos cuando lo vio.

—¿Qué están haciendo?

Theo se rió.

—¿No lo ves?

—Bueno, sí. Pero no estoy segura de que eso sea anatómicamente posible. A no ser que ambos estén descoyuntados.

—Podemos intentarlo nosotros —respondió él, dejándola en el suelo.

Ella agitó la cabeza.

—Probablemente, alguno nos romperíamos la espalda. Supongo que en este mosaico el artista se ha tomado unas pocas licencias.

—Aguafiestas —murmuró él, antes de besarla.

Sus cuerpos estaban tan sincronizados ya que cada vez que hacían el amor era mejor que la anterior. A veces lo hacían frenéticamente, mientras que otras, como en ese momento, eran cariñosos y tiernos, con besos cálidos e íntimos, cada uno tratando de darle al otro el máximo de placer.

Después, cuando terminaron y seguían abrazados, Theo suspiró satisfecho y dijo:

—Mmm. Me había olvidado de lo deliciosamente que hueles.

—Supongo que deberíamos levantarnos, ¿no?

—¿Qué prisa hay? Podría quedarme aquí todo el día.

—Y ella también, podría quedarse allí para siempre. Pero eso era imposible. Dakis se había recuperado casi por completo y su contrato estaba a punto de terminar. Y Theo se iba a casar con Eleni.

Haciendo un esfuerzo de voluntad, se levantó de la cama y se acercó a los ventanales. Las lágrimas se le saltaban.

Theo se levantó también y la siguió.

—Estás llorando —le dijo abrazándola—. ¿Por qué?

—Oh, es sólo… Estaba pensando en lo mucho que voy a echar todo esto de menos cuando esté de vuelta en Inglaterra. El mar, el sol…

—Entonces, no te vayas. Quédate aquí.

—No puedo. Mi contrato casi ha terminado y Dakis ya no me necesita.

—Yo te necesito.

Ella lo miró a los ojos pero agitó la cabeza.

—No. Nos lo hemos pasado bien, pero ninguno de los dos tenía intención de que esto durara mucho.

Theo se rió.

—Eres muy mala mentirosa, poulaki mou. ¿Te crees que no sé que estás enamorada de mí? Ella lo miró sorprendida.

—Yo no he dicho eso…

—No ha sido necesario —dijo él, dándole un beso en la punta de la nariz—. Tus ojos me lo dicen, y tu cuerpo cada vez que hacemos el amor. Y fue a mí al que viste reflejado en la piscina de Afrodita, ¿no?

Ella asintió, incapaz de negarlo y se le escapó un leve sollozo. Luego apoyó la cara en el pecho de él. Lo amaba demasiado, aunque sabía que no lo podía tener. Había luchado una constante batalla con ella misma, pero ahora se alegraba. El que él supiera sus sentimientos era casi como un regalo de despedida.

Él la hizo levantar la barbilla y la miró a los ojos.

—Tú no fuiste la única que miró en la piscina de Afrodita esa noche. ¿A quién te crees que vi yo?

Ella lo miró sorprendida y, entonces, Theo le rozó levemente los labios con los suyos y añadió:

—Eso no se suponía que tuviera que suceder.

Entonces, Megan se fundió en su beso, cerrando la mente a la voz de la razón, negándose a cuestionar un sueño tan frágil que temió que se evaporara de repente. Él estaba enamorado de ella. Lo estaba de verdad. No habría fin para su felicidad, duraría para siempre.

De repente una llamada a la puerta los sobresaltó. —¡Maldita sea!

Por un momento, Theo pareció como si no fuera a contestar, pero se arrepintió y le dijo a Megan. —No te marches. Volveré dentro de un momento. Luego se puso un batín de seda y se dirigió al salón de su suite para abrir la puerta.

Pero la conciencia culpable de Megan no la dejó en paz. Recogió a toda prisa sus ropas y corrió al cuarto de baño. ¿Le habrían advertido a Eleni de lo que estaba pasando? ¿Habría vuelto para acusarlos? No se le ocurría ninguna excusa sobre lo que estaba

haciendo ella en la habitación de Theo, pero una vez estuvo vestida de nuevo, se sintió un poco mejor.

Cuando salió del cuarto de baño, Theo entró en el dormitorio muy pálido.

—¿Qué pasa? —le preguntó ella.

—Es papá, ha tenido un colapso —respondió él vistiéndose a toda prisa—. Han llamado a una ambulancia.

Megan lo miró horrorizada.

—¡Oh, cielos! ¡Otro ataque no!

—Eso parece. Está en su despacho.

—Voy ahora mismo.

No era el momento de preocuparse por que alguien la viera salir de la habitación de Theo, así que salió de allí corriendo.

Varios sirvientes estaban en la puerta del despacho, pero se apartaron para dejarla pasar.

Dakis estaba en el suelo con el rostro tan gris que ella pensó que estaba muerto, pero se arrodilló a su lado y vio que respiraba. Le tomó el pulso, pero poco más podía hacer por el momento, salvo ponerlo cómodo.

Le dijo a uno de los criados que la ayudara a ponerlo de lado y acomodarlo con unos almohadones.

Theo llegó entonces. Debía haberse vestido en un tiempo récord, y le preguntó:

—¿Cómo está?

—Es imposible decirlo —respondió ella—. Está respirando, y ya es algo. Lo importante es llevarlo inmediatamente al hospital. Si sobrevive a los primeros días…

Les pareció una eternidad el tiempo que estuvieron esperando a la ambulancia. Cuando llegó, Megan ayudó a los camilleros a instalarlo y lo acompañó en la ambulancia mientras que Theo los seguía en su coche.

Durante el trayecto, Megan le sujetó la mano a Dakis mientras trataba de animarlo a que resistiera.

Le pareció un poco extraño estar en un hospital sin formar parte del personal del mismo. La única diferencia entre ese hospital y el de cualquiera en Gran Bretaña era que los letreros estaban en

griego, pero lo demás era igual.

Habían instalado a Dakis en una habitación privada que daba a un pequeño jardín bañado por los rayos del sol de la tarde. Tenía los ojos cerrados y el rostro casi del mismo color que la almohada, pero Megan se sentía aliviada al ver el trazo verde y regular del monitor conectado a su corazón. Incluso la respiración parecía un poco menos trabajosa que hacía unas pocas horas.

Una enfermera acababa de tomarle la tensión arterial y los animó:

—No está demasiado mal. Creo que se recuperará. El doctor pasará por aquí tan pronto como tenga los resultados del electrocardiograma.

Theo asintió mientras observaba a su padre. Megan, que se había levantado de su silla para dejar trabajar a la enfermera, se sentó de nuevo y Theo la miró y sonrió.

—Gracias —dijo.

—¿Por qué?

—Por estar aquí. Me gustaría saber si él se da cuenta de que estamos a su lado.

—Probablemente pueda oírte. Sigue hablándole, no importa de qué.

Theo se encogió de hombros y pensó qué decirle.

—Papá, ¿recuerdas cuando yo era pequeño y me enseñaste a esquiar en el monte Olimpo? Algunos años había allí tanta nieve que podíamos hacer esquí de travesía y solías decirme que, algún día, me llevarías a Canadá a esquiar desde helicóptero.

Siguió hablando, contándole cosas de su infancia y Megan los observaba en silencio. Dakis no daba ninguna señal de responder, pero parecía que su cara reflejaba más tranquilidad.

Las primeras horas habían sido tensas, pero habiendo sobrevivido a la primera crisis, había bastantes esperanzas de que Dakis seguiría mejorando. Pero pasara lo que pasase, por lo menos en las últimas semanas él y su hijo se las habían arreglado para enterrar una enemistad muy duradera. Era triste que hubiera sido necesaria una enfermedad tan seria para que los dos se olvidaran de su orgullo, pero en eso, como en otras muchas cosas, eran iguales.

Los minutos pasaban lentamente y Megan estaba casi adormilada cuando se oyó fuera una súbita conmoción y se despertó

de golpe, oyendo la inconfundible voz del sobrino de Dakis, Giorgos. Intercambió una breve mirada con Theo y, entonces, la puerta se abrió y Giorgos entró en la habitación seguido de su esposa.

Allí se detuvo y sus ojos porcinos se fijaron en Megan antes de volverse a Theo.

—Kalispera Ksaderfos, Theo-dijo fríamente.

—Buenas tardes, primo Giorgos —respondió él sarcásticamente —. Qué solícitamente has venido al lado de mi padre. Aunque era de esperar, por supuesto.

Giorgos respondió en griego.

—Muy amable por tu parte decir eso —respondió Theo sonriendo sarcásticamente—. Por suerte, parece estar mejorando. Sin duda, dentro de pocos días podrá sentarse y gritarle a todas las enfermeras.

—¡Ja! —exclamó Giorgos, mirando fijamente a Megan—. Sin duda, eso será toda una decepción para vuestra pequeña poutana.

Megan parpadeó. No estaba completamente segura del significado de esa palabra, pero sí de que no era precisamente un cumplido. Theo intervino en su defensa.

—¿Semejante lenguaje saliendo de tus refinados labios, mi querido primo? Me sorprende que tengas esas palabras en tu vocabulario.

Giorgos se rió amargamente.

—Ninguna otra palabra sería mas apropiada. ¿Te crees que no sé lo que ha estado pasando? Los dos habéis sido unos tontos, tu padre y tú. ¿Qué pensarás cuando sepas que le ha dejado todo el dinero a esa… criatura?

Theo arqueó una ceja.

—¿Crees que ha podido hacerlo?

—¿Quieres decir que no sabes nada del nuevo testamento? Lo ha hecho cuando tú estabas en Londres. Todo va para ella, hasta el último penique. Si no me crees, pregúntaselo a los abogados, ellos te lo confirmarán.

—¿Papá ha hecho un nuevo testamento? —preguntó Theo, frunciendo el ceño y mirando a Megan—. ¿Sabías algo de eso?

Ella lo miró extrañada.

—¡Por supuesto que no! ¿Cómo puedes siquiera pensarlo?

Giorgos graznó entonces:

—¡Qué inocencia! Pero por supuesto que lo tiene que negar, ¿qué te esperabas? Te ha seducido, utilizando su cuerpo para cegarte. Y ahora está ahí sentada, con tanta simulada preocupación, mientras durante todo el tiempo ha estado contando los minutos que le faltaban para empezar a gastarse el dinero de tu padre.

Megan estaba tan anonadada por semejante acusación que le costó responder coherentemente. Pero miró a Theo, esperando que él asumiera su defensa y se quedó helada al ver la ira en sus ojos.

—¿Es eso cierto? ¿Me he equivocado contigo? ¿Ha sido todo esto un doble juego por tu parte? ¿Planeaste hacerme hacer el tonto desde el principio?

—¿Eres capaz de creerte eso?

Megan agitó entonces la cabeza lentamente para aclarársela.

Su frágil sueño había sido destruido antes de lo que le hubiera parecido posible. Se puso en pie no muy segura de que las piernas la sostuvieran.

—Bueno, si es así —dijo—, no me parece que tenga mucho sentido que me quede más tiempo aquí. Adiós, Theo.

Logró atravesar la habitación de alguna manera y salió al corredor. Fue allí donde la alcanzó Theo, la agarró por la muñeca y la hizo volverse.

—¡Respóndeme! ¿Lo sabías? ¿Ha tenido razón Giorgos sobre ti todo el tiempo?

Recogiendo toda la dignidad que le quedaba, lo miró fríamente a los ojos y le dijo:

—¿Te crees que me he estado acostando contigo y al mismo tiempo tonteando con tu padre para hacerle cambiar su testamento a mi favor? Siento lástima por ti. En algún momento de todo esto debieras haber aprendido algo acerca del amor y la confianza, pero no lo has hecho. Así que has acabado pensando que todo el mundo es como tú, que sólo estás interesado en utilizar a la gente. Debería haberlo sabido desde el principio, pero fui una tonta. Estaba enamorada de ti. Pero lo superaré.

Entonces se soltó de su agarre, se dio la vuelta y empezó a caminar por el pasillo, medio cegada por las lágrimas que no quiso que él le viera.

Capítulo 10

MEGAN?

Megan reconoció enseguida la voz y colgó el teléfono. Había dado instrucciones nada más llegar a casa hacía tres días, de que nadie le dijera a Theo dónde estaba. No quería saber nada de él.

Cathy entró en el salón bostezando, todavía no eran las once de la mañana, muy temprano para ella.

—¿Quién llamaba? —le preguntó.

Megan siguió leyendo la revista que había estado hojeando antes.

—Se han equivocado —mintió.

—Oh. Vaya, no hay copos de maíz. Hazme un favor, compra algunos si sales más tarde, ¿Quieres? De paso, ¿has visto mi blusa amarilla?

—¿La de seda? Está en el recibidor.

—¿Cómo ha llegado allí?

Cathy fue a recogerla y añadió:

—Vaya, le falta un botón y quiero ponérmela esta noche. Tengo una fiesta. ¿Por qué no vienes tú? Te lo pasarás bien, mejor que quedándote aquí sentada gimoteando.

—Yo no estoy gimoteando.

Carly se encogió de hombros.

—Llámalo como quieras, a mí me parece que eso es gimotear. Tu problema es que te tomas a los hombres demasiado en serio. Primero fue el pobre y aburrido Jeremy…

—No sabía que pensaras que Jeremy era aburrido.

—Bueno, no te lo iba a decir cuando estabas saliendo con él, ¿no? Pero dejarlo fue lo mejor que podías hacer. Y ahora este griego. Admito que está muy bien, pero ningún hombre se merece

que sufras por él. Olvídalo, sal y encuentra a otro. Los hombres son como los peces de colores, siempre es mejor tener a dos o tres nadando en la pecera al mismo tiempo.

Megan no pudo evitar reírse.

—Bueno, gracias por el consejo. Y, con respecto a lo de esta noche, sí, iré. ¡Aunque no estoy gimoteando!

Tal vez Cathy tuviera razón y debiera salir y divertirse, aunque en el estado de ánimo en que estaba, pasar la velada en uno de los clubs donde tocaba la banda de su hermana no era lo que más le apetecía. Pero por lo menos, si Theo la iba a buscar, no se la encontraría sentada y esperándolo.

Desafortunadamente, Theo la encontró cuando volvía de la compra en el coche de Cathy. Estaba abriendo la puerta para sacar los paquetes cuando él apareció de repente a su lado.

—Hola, Megan.

Ella dio un respingo y arañó la pintura con la llave.

—¡Maldita sea! ¡Mira lo que me has hecho hacer!

Él sonrió de esa manera que solía fundir toda su resistencia.

—Lo siento…

Pero cuando dio un paso hacia ella, Megan se tensó y le advirtió con la mirada que no se acercara demasiado..

—¿Qué quieres?

—Yo… sólo quería hablar contigo —respondió él como sorprendido por su reacción—. ¿Podemos ir a tomar algo?

—No, no podemos. No tienes nada que decir me que yo quiera oír.

Él frunció el ceño, no estaba acostumbrado a que su encanto no surtiera el efecto habitual.

—Dakis… te manda recuerdos.

—¿Oh? Me alegro de saber que está mejor. —No está bien del todo. Pero sí lo suficientemente como para hablar. Y me ha explicado por qué cambió el testamento.

—¿Sí?

—Estaba tratando de forzarme a mí. Quería que me casara contigo.

Megan se rió amargamente.

—No sabía que el ataque le hubiera afectado tanto al cerebro.

Theo agitó la cabeza y volvió a sonreír.

—Es un auténtico viejo metomentodo. Pero sucede que, en esto, no tiene por qué hacerlo. Quiero casarme contigo.

Ella hizo como si no oyera, tomó las bolsas y se dirigió hacia la puerta de su casa.

Theo la siguió inmediatamente, expresando en su rostro tina docena de emociones.

—Estoy enamorado de ti.

—¿De verdad? ¿Y qué piensa de esto tu novia?

Él hizo un gesto displicente con la mano.

—Eleni y yo nunca tuvimos intención de casarnos. El compromiso fue algo que nos convino a los dos. Eleni quería liberarse de la excesiva dominación de su familia y, para mí fue una buena oportunidad para demostrarle a mi padre que no iba a tolerar que tratara de manipularme.

Ella levantó una ceja.

—Puede que ésa fuera tu intención, pero no creo que fuera la de ella. Veía la forma en que solía mirarte, pensaba pegarse a ti con pegamento.

—Bueno, tal vez inicialmente se hiciera alguna idea como esa. Pero pronto cambió cuando le dejé muy claro que, aunque yo estaba dispuesto a hacer de novio, sería un marido de lo más autoritario. Ella está muy contenta ahora, ya que está utilizando la excusa del compromiso roto para quedarse una larga temporada en Nueva York con unos primos. ¡Está tomando todas las tiendas al asalto!

—Bueno, suerte para ella —le dijo Megan agriamente—. Ahora, ¿te importaría apartarte de mi camino? Esto pesa.

—Deja que te ayude…

—¡Vete! ¡Déjame en paz! No quiero tener nada más que ver contigo. —Exclamó ella, retrocediendo—.

—Pero te estoy pidiendo que te cases conmigo… —insistió él con la confusión de alguien acostumbrado a conseguir siempre lo que quería y que no se podía creer estar siendo rechazado.

—¡Vaya cosa! —dijo ella, echando chispas por los ojos—. Me temo que llegas un poco tarde. ¿De verdad te crees que voy siquiera a pensar en casarme contigo cuando me crees capaz de hacer las cosas de las que tu encantador primo me acusaba?

—Megan, lo siento. No te culpo por estar enfadada.

—Lo siento, eso no arregla nada.

Entonces vio la oportunidad de escapar y la aprovechó antes de que él se lo pudiera impedir.

—Megan, escúchame…

—No, te odio —exclamó ella con las lágrimas empezando a asomarse a sus ojos y desesperada por alejarse de allí antes de ponerse a llorar sin remedio—. Me hiciste ser tu amante.

—No recuerdo que tuviera que obligarte mucho.

—Ya sabes lo que quiero decir. Me mentiste con lo de que te ibas a casar con Eleni, me hiciste creer que yo sólo era… un asunto trivial.

—¿Y eso hirió tu orgullo?

—¡Pues claro! Me dijiste que tú tenías tu orgullo, ¡bueno, pues no eres el único que lo tiene! Yo también tengo, el suficiente corno para no aceptar tu generosa oferta de matrimonio. Así que adiós. ¡Vuélvete a Chipre… o a donde quieras! Déjame seguir en paz con mi vida. No quiero volverte a ver. Nunca.

A la mañana siguiente sonó el timbre de la puerta mientras Megan estaba en el baño.

—Voy yo —dijo Cathy desde su dormitorio.

—¡No!

Megan salió de la bañera y tomó una toalla. —No contestes.

—No sabemos quién es. Puede que sea el cartero.

Megan apretó los labios y maldijo la ocurrencia de su hermana de levantarse pronto precisamente ese día.

—Si es para mí, no estoy en casa.

—¿Te refieres a ese guapo millonario griego? —dijo su hermana y suspiró mientras agitaba la cabeza—. ¿Por qué no tendré yo la suerte de tener a un tipo como ése persiguiéndome por media Europa? ¡No me verías darle con la puerta en las narices!

—Por favor, Cathy. Yo lo he hecho muchas veces por ti. Sólo dile que no estoy.

—De acuerdo. No estás.

Megan dejó abierta una rendija de la puerta del baño para poder oír lo que se decía. No era el cartero y Cathy estaba tratando de poner algunas excusas, pero sin ninguna convicción. Entonces oyó una risa que le resultaba demasiado conocida.

—Eres tan mala mintiendo como ella —dijo Theo, riéndose—.

Vamos, Cathy, déjame pasar, sé perfectamente que está ahí. Necesito hablar con ella, por favor.

—Sinceramente, no está… ¡No, espera! —gritó Cathy y Megan oyó unos pasos decididos en el salón. Cerró la puerta y echó el cerrojo, pero él debió ver el movimiento porque en pocos segundos estaba allí, golpeando la fina madera de la puerta. Ella retrocedió con los ojos muy abiertos por el pánico, como si se esperara que él la fuera a tirar.

—¿Megan? Vamos, abre la puerta —dijo él insistentemente—. Sólo quiero hablar contigo.

—Ya te dije anoche que es demasiado tarde para eso. Vete, estás desperdiciando tu tiempo. No quiero volverte a ver.

—Megan, por favor. Nunca quise hacerte daño. Te amo. Abre la puerta…

—Si no te marchas, le diré a Cathy que llame a la policía.

—Oh, vamos —protestó él riéndose un poco inseguro—. No es necesario hacer eso.

—Sí que lo es. Y lo haré si no dejas de molestarme.

Se produjo una larga pausa y luego volvió a oír su voz.

—¿De verdad que he sido tan malo?

—Es demasiado tarde. Se acabó. Está muerto. De todas formas no habría funcionado.

—Sabes que eso no es cierto. No lo podemos dejar así. Te amo demasiado como para dejarte ir.

—No voy a hablar contigo, Theo. Es demasiado tarde.

—Megan, por favor…

Ella se sentó en el borde del baño y se quedó mirando la puerta, temiendo que él la echara abajo. Pero realmente no creía que se fuera a atrever. Si se quedaba así, sin hablarle, seguro que se marcharía. Era demasiado orgulloso como para suplicar por mucho tiempo.

Pero cuando lo oyó apartarse, tuvo que hacer un esfuerzo de voluntad para no abrir la puerta y correr a sus brazos. Por fin oyó cerrarse la puerta de la calle y, un momento más tarde, Cathy llamó a la puerta del baño.

—¿Megan? Se ha marchado.

Megan se levantó y abrió la puerta. Cathy la miró a la cara llena de lágrimas y la abrazó.

—¡Oh, hermana! ¡Eres una tonta! ¿Por qué lo has echado de esa forma si vas a llorar por él?

—Es una larga historia, Cathy, una muy larga historia. Y tengo una cita con la agencia de trabajo esta misma tarde. Tengo que prepararme. Ya te lo contaré todo por la noche.

—De acuerdo. Pero creo que estás loca. Él es muy guapo y está enamorado de ti. ¿Qué más puedes pedir?

Megan suspiró.

—Mi respeto hacia mí misma.

Megan devolvió las rosas a la floristería. Y se negó a aceptar los regalos que le llegaron por correo. No contestó al teléfono y, una vez que vio su coche delante de su casa, dio un rodeo y esperó una hora en un bar hasta que lo vio marcharse.

Cathy la compadecía, aunque no entendía nada. En el trabajo se las arregló para concentrarse lo suficiente, pero era como un zombi andante. Por fin, en una carta que Cathy insistió en abrir por ella, él le expresaba su arrepentimiento y le decía que se volvía a Chipre para vivir.

Después de eso no hubo más que vacío. Guardó la carta… que había tirado al principio a la basura, y las fotos de los dos en la cala donde se suponía que había nacido Afrodita.

Pasaron las semanas, aunque cada una pareció un siglo. El verano dio paso al gris otoño, que encajaba perfectamente con el estado de ánimo de Megan. Se mudó del piso de Cathy a un estudio que le costó casi la mitad de sus ahorros después de pagar la totalidad de sus deudas con el dinero que había ganado cuidando a Dakis. También se había enterado de lo que tenía que hacer para cambiar de trabajo y hacerse enfermera especialista en cuidar ancianos, pero no había encontrado las ganas suficientes como para hacerlo.

Una tarde, pocas semanas antes de Navidad, mientras se dirigía a su casa desde la parada del autobús, se vio detenida por un pasado que creía ya muy lejos. Dudó por un momento, pero incluso desde debajo del paraguas no podía hacer como si no viera el Rolls & Royce plateado que estaba aparcado delante de su casa. Cuando se acercó, el conductor se apeó inmediatamente y le abrió una de las puertas traseras.

—Perdóname por no salir yo —dijo la voz de Dakis desde el

interior—. Pero me temo que sigo siéndome un poco débil y aún me muevo con dificultad.

—¿Dakis? —preguntó ella al tiempo que entraba en el coche aceptando de mala gana la invitación—. ¿Cómo estás?

—Mejor de lo que estaba —respondió él, al tiempo que le indicaba al conductor que cerrara la puerta—. Y probablemente todo lo bien que pueda llegar a estar, por lo que me han dicho los médicos.

—¿Puedes andar? —le preguntó ella genuinamente interesada.

—No mucho. Y puedo usar muy poco el brazo. Pero no está tan mal, sobre todo teniendo en cuenta lo que podía haber sido.

—Bueno… me alegro de verte tan bien, de todas formas.

Él la miró con unos ojos oscuros y tan brillantes como siempre.

—Te has cortado el cabello.

—Sí. Por fin logré que me creciera lo suficiente como para quitarme todo lo teñido.

—Me gusta. Es elegante.

Ella se rió.

—Bueno, no en este momento. Necesita un cardado. Pero por lo menos ya no tengo ese horrible aspecto de antes.

Se produjo un momento de silencio entre ellos y, por fin, Dakis dijo:

—Sentí mucho que te fueras.

Ella se miró las manos, seguía sujetando el mango del paraguas, que estaba dejando un charco en la moqueta. Se moría de ganas de preguntarle por Theo, pero no lo hizo.

—Y yo sentí mucho no quedarme el tiempo necesario para despedirme o para terminar mi contrato, pero… tuve que marcharme.

—Lo sé. Mi hijo me contó lo que sucedió. He de decirte que me he arrepentido mucho de mi parte en todo eso. Quería que él se casara, que me diera nietos, pero él parecía preferir pasar el tiempo con esas tontas bonitas. Ninguna de ellas valía como esposa, él necesita una mujer que lo haga respetarla.

—¿Así que me elegiste a mí?

Dakis asintió.

—¡Exactamente! Tú eres perfecta para él, lo supe desde el primer momento en que te vi. Y sospeché que podías despertar su

interés con mucha facilidad; lo había visto mirarte en el hospital y, antes incluso de que yo le mencionara nada de ti, él empezó a preguntarme cosas.

—¿Sí? —le preguntó ella, sorprendida.

—Sí. Así que pensé hacerte ir conmigo a Chipre para que él tuviera la oportunidad de conocerte.

—Pero en vez de eso, se comprometió con Eleni.

—¡Bah! Supe desde el principio que aquello no era nada. ¿No te lo dije? Podía ver cómo crecía su interés por ti, y eso que no hice caso de los cotilleos de los sirvientes, pero decían que él iba todas las noches a tu habitación.

Megan se ruborizó fieramente y Dakis se rió.

—Ya te dije que mi hijo tiene muy buen gusto. Pero con mi salud, me impacienté… podía haber muy poco tiempo. Así que se me ocurrió la idea de cambiar mi testamento para dejártelo todo a ti, esperando que así él se diera cuenta de una vez de que yo estaba seguro de lo que sentía. Mi intención fue utilizar eso como un arma para obligarlo, ¿entiendes?

Ella le sonrió entonces.

—Pero te salió el tiro por la culata.

—Muy por la culata —suspiró Dakis—. Debería haberme dado cuenta de que no tengo que meterme en la vida de mi hijo. Lo hace todo a su manera. Y aquí estoy yo ahora, metiéndome de nuevo.

—¿Oh? —dijo ella, arqueando una ceja interrogativamente.

—He venido para pedirte que vuelvas conmigo a Chipre.

Ella lo miró sorprendida por un momento, pero luego agitó la cabeza.

—Lo siento, no puedo hacer eso.

—Mi hijo te necesita —insistió él, suplicándole—. Es muy infeliz.

—Ése es su problema —respondió ella brutalmente—. Me has dicho que te contó lo que sucedió.

—Me lo contó. Y estoy de acuerdo en que tuviste razón para enfadarte mucho. Pero si lo amaste una vez, ¿no podrías encontrar lugar en tu corazón para perdonarlo?

—No, ya se lo he dicho a él.

Dakis sonrió tristemente.

—Ah, tienes mucho orgullo. Es bueno tener orgullo, fue tu

orgullo lo que lo hizo amarte, creo. Pero hazme caso, tirar por la ventana el amor por causa del orgullo es un gran error. Yo lo sé mejor que nadie… Mejor que nadie.

Entonces se quedó en silencio, como recordando. Megan esperó pensando que había algo que le quería decir.

—¿Sabes que mi esposa me dejó cuando Theo era todavía un niño? Fue porque creía que yo estaba teniendo un romance con otra. No era cierto. Oh, admito que me gustaban las mujeres, pero nunca la habría engañado porque la amaba profundamente, y desde el primer momento en que la vi fue la única mujer que deseé o necesité. Pero me dolió que no confiara en mí, así que dejé que siguiera pensandolo y, cuando me dejó, yo fui demasiado orgulloso como para suplicarle que volviera.

Entonces algo le brilló a Dakis en la mejilla, si hubieran estado fuera bien podría haber sido una gota de lluvia.

—Y entonces —prosiguió—, antes de que yo tuviera posibilidad de recobrar el sentido común y darme cuenta de lo tontamente que estaba apartando de mí lo mejor que me había pasado en mi vida… ella se mató en un accidente de coche.

Megan sintió un nudo en la garganta.

—Eso es… muy triste —susurró tomando al anciano de la mano.

Dakis asintió lentamente y la miró intensamente. La joven lo miraba francamente impresionada con la historia.

—No cometas el mismo error. Mi hijo te ama y tú lo amas a él. No permitas que mi tontería y la estupidez de Giorgos se interpongan entre vosotros. Vuelve conmigo y dale otra oportunidad.

Ella lo miró pensativamente.

—¿Te ha pedido él que vengas?

—No. Pero creo que se ha imaginado que vendría a verte durante mi estancia en Gran Bretaña, y no me ha dicho que no lo haga. —Eso no es mucho.

—Él también tiene su orgullo. Ha estado ocultando su dolor trabajando mucho. Sabía que sería él quien se hiciera cargo de mis negocios. —Así que has conseguido lo que querías. El anciano agitó la cabeza.

—También quiero que sea feliz. Es mi hijo y no quiero que tenga que soportar largos y solitarios años sin la mujer que ama a su

lado… como hice yo por culpa de mi estúpido orgullo. Él también es como yo en eso, mientras que puede admirar a muchas mujeres por su aspecto, dará su corazón sólo una vez, irrevocablemente. Vuelve conmigo.

Ella suspiró tratando de resolver las confusas

emociones que le pasaban por la mente. —Lo… lo pensaré —admitió por fin. —¿Durante cuánto tiempo?

—¡Ya me estás volviendo a apresurar! —Es cierto. No sé cuánto tiempo tengo. —Realmente eres un manipulador, ¿no?

Dakis sonrió pícaramente.

—Ya te lo dije. Siempre me salgo con la mía.

Le gustó volver a ver el mar. Megan no se había dado cuenta de lo mucho que lo había echado de menos. Se quitó los zapatos y anduvo descalza por la cálida arena hasta la orilla. Era por la tarde y el sol casi se estaba poniendo, llenando el cielo de colores.

Oyó el sonido de unos pasos detrás suya, pero no se volvió. Sabía que era él. Se detuvo a unos pasos de ella y, por un largo instante, no habló.

—¿Has vuelto con mi padre?

—Sí.

—¿Pudo convencerte él cuando yo no pude?

—Sí. Y puedes pensar de eso lo que quieras.

—No —suspiró él—. No quiero pensar nada. Ya te dije que sabía que me había equivocado.

Se acercó entonces hasta que ella sintió el calor de su cuerpo y añadió:

—Te has cambiado el color del cabello.

—Sí. Ese rubio de bote no era el mío verdadero.

Theose rió y le acarició el cuello.

—Te amaría con cualquier color de cabello — murmuró.

—¿Sí? —dijo ella, alejándose un paso.

Pero entonces se encontró mirándolo a los ojos. Era curioso, creía que no se había olvidado de nada, pero sí que se había olvidado de lo brillantes que eran esos ojos azules. Y lo que vio en ellos era demasiado precioso como para dejarlo por simple orgullo.

—Me alegro de que hayas vuelto —dijo él mientras la abrazaba

fuertemente—. Oh, Cielos. Me alegro mucho de que hayas vuelto.

Ella pudo sentir las lágrimas corriéndole por las mejillas, lágrimas por tantos meses de amarga soledad. ¿Por qué el amor tenía que causar tanto dolor? Se puso de puntillas y levantó los labios para que él la besara, fundiéndose en ese beso como si nunca se hubieran separado.

—No me vuelvas a dejar —susurró él contra su boca—. He cometido muchos errores, pero te amo. Prométeme que te quedarás a mi lado. No podría volver a pasar por este infierno. Creí que te había perdido para siempre…

—Me quedaré. Me quedaré durante tanto tiempo como tú quieras.

—¿Tanto? —dijo él, sonriendo—. Podemos estar hablando de muchísimo tiempo, ya sabes. —Me parece bien —respondió ella con el corazón lleno de alegría.

Theo la volvió a besar con mucho cariño, un beso que le dijo a Megan que le había dado su corazón irrevocablemente.

Luego la hizo levantar el rostro y se lo llenó de besos.

—Siento haberte hecho daño. Tenías razón, el amor debe ser confianza, pero nunca antes había estado enamorado y no me gustó mucho. Siempre había sido yo el que tenía el control y tardé mucho en convencerme a mí mismo de que había sido un error, que me había equivocado contigo. Me sentía mucho más a salvo de esa manera.

Ella se rió un poco insegura.

—Tal vez fue por eso por lo que yo huí tan rápidamente. No te di la posibilidad de disculparte porque así me parecía más seguro. Amarte me parecía demasiado arriesgado, me parecía que siempre habría demasiadas mujeres a tu alrededor deseando tomar mi lugar.

—¿Qué otras mujeres? No hay más mujeres en el mundo. Sólo tú.

—¿Vas a ignorar al cincuenta por ciento de la población mundial?

—Sí. Bueno.., de acuerdo, no las puedo ignorar. Por lo menos no completamente. Pero nunca existirá la posibilidad de que alguna de ellas ocupe tu lugar. Eres la única mujer que quiero… ahora y siempre.

Ella le sonrió con el amor reflejándose en sus ojos. Entonces, por

encima de su hombro, vio a Dakis en la terraza, observándolos.

—Tu padre estará contento consigo mismo — le dijo ella—. Dirá que lo sabía desde el principio.

Theo se rió y la abrazó más fuertemente todavía.

—El viejo metomentodo. Ahora podrá tener su querido nieto.

—O nieta.

Theo se encogió de hombros, la tomó en brazos y la tiró al aire para recogerla inmediatamente como si no pesara nada.

—Nietos… nietas. Puede tener todos los que quiera. No se me ocurre nada mejor que hacer el resto de mi vida que pasarlo haciendo niños contigo.

Ella le pasó los brazos por el cuello y apoyó la cabeza en su pecho.

—Me parece perfecto —susurró.